



CAMINOS DE ORACION

MICHEL QUOIST

Michel Quoist

**C A M I N O S
D E O R A C I Ó N**

SEGUNDA EDICIÓN

Ediciones Sigúeme
Salamanca 1990

Maquetación y cubierta; Luis de Homa

rKMz

© Les Éditions Ouvrières, Paris 1988
©Ediciones Sigueme, S.A.
Apartado 332 - 37080 Salamanca (España)
Tradujeron: J. Sans Vila y M. T. San Martín
ISBN: 84-301-1081-X
Depósito legal: S. 741-1989
Printed in Spain
Imprime: Gráficas Ortega, S.A.
Polígono «El Montalvo». Salamanca 1989

Contenido

<i>Introducción</i>	9
1. Gloria a ti, Señor	13
2. Señor, ¿por qué hay que esforzarse siempre? . . .	17
3. El forúnculo no estaba maduro	23
4. Ábreme los ojos. Señor	29
5. La colada del lunes	37
6. Sería tan fácil, Señor	41
7. Señor, ¿vienes de compras conmigo?	45
8. El peso es excesivo. Señor, ¡ya no puedo más! ..	51
9. Dios mío, no creo	59
10. Esta noche ha muerto mi amigo	67
11. La vida está ante mí	71
12. Señor, eras tú el parado que me encontré	77
13. Oración en lo más profundo de mi soledad.	83
14. La vida es bella. Señor, y hoy es Pascua	89
15. En el tren de París, en el tren de la vida.	95
16. ¿Vienes a tomar una copa?	101
17. Temo por el hombre, porque crece demasiado aprisa.	105
18. Darte, Señor, el lugar que te corresponde.	111
19. Señor, anoche no cerré bien el grifo de la cocina.	117
20. He contemplado los rostros de los hombres.	121
21. Señor, hazme reír	129
22. ¿Realmente es por ti, Señor?	135
23. Me hago viejo, Señor	141

24.	Salía, pero se me hizo una carrera en la media.	147
25.	Había una losa grande y antigua. Señor.	151
26.	Oración con los trabajadores nocturnos.	157
27.	Te invitamos. Señor, a nuestra nueva casa.	163
28.	Pidió «una limonada para dos».	169
29.	Ya no te tengo miedo. Señor.	179
30.	Señor, quisiera estar seguro de que luchas conmigo.	187
31.	«¡Todo esto no soy yo!»	195
32.	Ella le dijo: «hijo mío, yo estaré contigo».	201
33.	Todavía, Señor, no he alcanzado la alegría.	207
34.	Señor, esos dos se aman.	215
35.	Me abrazó muy fuerte y me dijo: «te adoro».	221
36.	Oración por mis «hermanos desconocidos».	225
37.	Soy incapaz. Señor, de «dar mi vida» poco a poco.	231
38.	No hemos terminado de amarnos.	237
39.	Dejaré que me tomes en tus brazos. Señor.	243
40.	Dios te salve, María.	251

Introducción

Queridos amigos:

Con frecuencia nos decimos a nosotros mismos: «tengo que rezar, porque lo necesito», «tengo que rezar, pero no sé hacerlo», «querría rezar, pero no tengo tiempo», «quiero rezar más, pero la oración me aburre y me desanimo»...

Y pasan las horas, se amontonan los días y las semanas se alargan, y arrastramos este deseo incesante, esta necesidad que nos apremia, esta profunda insatisfacción que periódicamente nos atormenta, cuando, más allá de los avatares de la vida, una playa en calma nos ofrece un momento de paz, o, por el contrario, los fracasos y contratiempos nos arrojan al borde de la carretera y nos ponemos a gritar: «¡socorro!».

Buscamos a Dios y querríamos encontrarle para pedirle su ayuda. Intentamos rezar y rezamos, pero nuestra oración es dificultosa y los resultados no nos satisfacen.

¿Sabéis por qué nuestros esfuerzos humanos frecuentemente no son más que balbuceos que fracasan, oraciones demasiado pobres que no consiguen alcanzar a un Dios que aparece demasiado lejano o invisible a nuestros ojos?

¿Sabéis por qué nos desanimamos ante nuestras demandas sin respuesta, ante el denso silencio de Dios y la noche en nuestra alma?

¿Sabéis por qué nuestros esfuerzos por «aprender» a rezar no consiguen hacer de nosotros más que eternos aprendices?

¿Sabéis por qué todos los medios que ponemos y renovamos constantemente —palabras, cantos, gestos corporales, reuniones de oración ambientadas, luces, incienso, y las mil recetas que inventamos cada día— corren el peligro de no ser más que vanas ilusiones?

Porque todos los medios y esfuerzos que hagamos no suponen nada si no creemos previamente que es Dios quien «nos busca» desde siempre, antes de que nosotros le busquemos; que es él quien nos reza antes de que nosotros le recemos; que es él quien nos pide que le acojamos, antes de que nosotros se lo imploremos.

San Juan nos dice: «El amor no está en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo...» (1 Jn 4, 30).

Ahí está todo. Dios «amó tanto al mundo que envió a su Hijo» a nuestro encuentro. Plantó su tienda entre nosotros. Permanece con nosotros «todos los días hasta el final de este mundo» (Mt 28, 20). Nos acompaña. Nos pide sin cesar que trabajemos con él y su Espíritu de amor. Y nosotros, cerrados los ojos con demasiada frecuencia, le buscamos «en el cielo», en las nubes de nuestras maravillosas ideas o en la efervescencia de nuestros bellos sentimientos y emociones. Así corremos seriamente el riesgo de perdernos su paso.

¿Creemos, sí o no, que Dios ha venido en Jesucristo, hombre como nosotros, en medio de nosotros? Si es que sí, debemos acogerle. Y uno de los lugares privilegiados del encuentro ha de ser para nosotros el evangelio. Pero no un evangelio concebido como el registro de las palabras mismas de Jesús de Nazaret, sino como lo esencial de su mensaje, recogido por los apóstoles, meditado por las comunidades cristianas, autenticado por su Iglesia. A través de la Sagrada Escritura, y de una manera especial a través del evangelio, Dios dialoga con el hombre. Al hombre le toca responder, que es uno de los principios básicos de la oración cristiana.

Pero Jesús de Nazaret murió. Nosotros creemos que resucitó, que está vivo. Su historia no es una «historia pasada» de la que es preciso «acordarse». Es una realidad, ciertamente misteriosa, pero que se desarrolla en el tiempo. Jesucristo continúa naciendo, viviendo, sufriendo, muriendo y resucitando cada día en sus miembros. Nuestra vida cotidiana en sus menores detalles, la vida de nuestros hermanos individualmente, y colectivamente la historia de toda la humanidad, son el segundo lugar de encuentro y diálogo del hombre con Dios.

Con frecuencia estamos ciegos y no «vemos» a Jesucristo que nos hace señales a través de la vida. Estamos sordos y no «oímos» que nos llama por nuestros caminos de cada día. Tenemos que pedirle que nos cure de nuestra ceguera y nuestra sordera. Sólo entonces podremos hablarle, uniéndonos a todo el universo y a toda la humanidad con su acción en el mundo, y nuestras vidas serán poco a poco respuesta de amor al amor que invita.

Evidentemente existen otros «caminos de oración»: la liturgia, los sacramentos... Pero si «desvinculamos» nuestra oración del evangelio y de la vida, corremos el grave peligro de adentrarnos en un callejón sin salida, que nos llevaría a la ilusión y a la desilusión.

Estas páginas quisieran ahorrar a algunos este peligro.

Desde hace tiempo, muchos lectores de «Oraciones para rezar por la calle» estaban esperando una continuación.

Hasta ahora me había negado, no queriendo de ninguna manera sustituir con mis palabras las vuestras, vuestra oración con la mía. Además, se publican tantísimos libros que ofrecen numerosos textos... ¿Para qué uno más?

Si por fin he cedido, ha sido porque estoy convencido de que no os doy nada nuevo, sino que restituyo lo que el Señor y vosotros mismos me habéis dado.

Jesucristo me sedujo y trato de seguirle. El me «habla» en el evangelio y me alimento de su palabra. Pero me «habla» también a través de la vida, la que contemplo en mi propio

camino, y la que vosotros mismos me confiáis. «Lo guardo todo en mi corazón» y las palabras de mi oración no son más que un intento de responder a esta doble y urgente interpelación del Señor.

Os entrego revueltas algunas de estas palabras. Son las mías, las vuestras y a veces incluso las que Jesús mismo, me imagino, nos diría si pudiéramos oírle con nuestros oídos corporales. Creo que hay que ser osado y prestar palabras a Jesús, puesto que ya no las tiene para dirigirse a nosotros en el complejo caminar de nuestras vidas. Si nos alimentamos del evangelio poco a poco adquiriremos «reflejos de evangelio» y podremos lealmente plantearnos: «¿qué es lo que Jesucristo me dice hoy, a través de tal o cual momento de mi vida o de la de mis hermanos?, ¿qué espera de mí, de nosotros?». Hay que responderle con la oración y con los hechos.

Me hubiese gustado ofreceros palabras que fuesen hermosas, muy hermosas, dignas del Señor y de vosotros. Pero me hubiera hecho falta mucho tiempo, talento y sobre todo mucho amor para amasarlas y darles forma durante más tiempo antes de entregáros las. No lo tengo. Pero me consuelo diciéndome que estas oraciones son sólo algunos «camino s» para ayudaros, si es posible, a continuar vuestro peregrinar hacia Dios, que ha venido en Jesucristo al corazón de vuestras vidas.

¡El nos espera!

Adelante, amigos míos. Ojalá no perdamos el tiempo buscándole donde no está. Ojalá intentemos sin cesar unirnos a él a través de nuestra vida, la de nuestros hermanos y la vida del mundo. Entonces toda la historia humana en Jesucristo se convertirá en ORACIÓN.

MICHEL QUOIST

Gloria a ti, Señor

El hombre es feliz cuando se le admira por sí mismo, pero a menudo lo es aún más cuando se reconoce sinceramente el esplendor de su obra. Si es padre, su alegría llega al colmo cuando se le felicita por sus hijos.

¿Por qué Dios no iba a ser sensible, también él, a este reconocimiento? Es verdad que hay que darle gloria *por ser quien es*, pero no hay que olvidar alabarle *por lo que hace*, y especialmente por sus amados hijos, los hombres, por los que se desvive, feliz de que crezcan en la vida que les ha dado. Algunos lo olvidan, creyendo que le «dan gusto», al no pensar «más que en El».

Dar gloria a Dios a través del hombre que crece y se desarrolla, es llegar a tener la mirada amorosa y complacida de nuestro Padre, incapaz por un momento de dejar de mirar a sus hijos, hasta el punto de que «no cae un cabello de su cabeza sin que él lo permita».

La gloria de Dios, dice san Ireneo, «es el hombre viviente. La vida del hombre, es Dios».

* *

Vosotros sois la luz del mundo.

No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para taparla con una vasija de barro; sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en casa. Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres

*que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5, 14-16)*¹.

A Dios, que tiene poder sobre todas las cosas y que, en virtud de la fuerza con que actúa en nosotros, es capaz de hacer mucho más de lo que nosotros pedimos o pensamos, a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por siempre y para siempre. Amén (Ef 3, 20-21).

* *

Gloria a ti, Señor,
por el niño que aprende a caminar,
suelta la mano de su madre,
cae,
se levanta
e intenta de nuevo la aventura;
por el muchacho que monta en bicicleta,
trata de correr sin agarrar el manillar,
y así veinte veces hasta conseguirlo;
por el adolescente que sufre
con un problema de matemáticas,
pero obstinado
quiere encontrar él solo la solución.

Gloria a ti, Señor,
por los deportistas que se entrenan cada día
para correr más rápido,
saltar más lejos,
cada vez más alto,
y así batir su propio record;
por los artistas que luchan con la piedra o la madera,
los colores o los sonidos,
para crear obras nuevas;

1. Las citas bíblicas están tomadas siempre del *Nuevo Testamento* de La Casa de la Biblia, Sigüeme, Salamanca 1988.

por los investigadores que estudian en la sombra,
experimentan,
a fin de descubrir los secretos de este mundo
que juntos habitamos.

Gloria a ti, Señor,
por los mineros que arrancan el mineral de la tierra,
por los que lo funden
y los que hacen las herramientas
y las máquinas;
por los arquitectos y sus cuadrillas de albañiles,
que construyen casas, catedrales y ciudades;
por los sabios, los ingenieros, los técnicos,
la multitud de trabajadores
del espíritu y de las manos,
que lentamente dominan la tierra
y «domesticar» la vida;
por todos los que luchan
en favor del desarrollo del hombre y de los puebl
y construyen un mundo de justicia y de paz.

Gloria a ti, Señor,
por el hombre que lentamente «se eleva»
a través de la inmensidad del tiempo,
desde que emergiendo del barro
tú lo quisiste de pie,
desde que chispa de espíritu encendida en la carne,
tú lo quisiste pensante, amante
y participante en su propia creación,
desde que entre sus manos por fin liberadas,
tú le entregaste el universo,
para que tomara posesión de él,
lo acondicionara y lo transformara.

Gloria a ti, Señor,
por esta prodigiosa y maravillosa ascensión humana,

por tu alegría en vernos crecer,
por tu humildad,
tú que te eclipsas ante nosotros
en vez de ocupar nuestro lugar,
por tu paciencia ante nuestras morosidades,
nuestros errores y nuestras caídas.

Gloria a ti, por fin, Señor,
porque creaste al hombre libre
y digno de encontrarte,
capaz de conocerte
y de amarte,
porque no pensaste que venías a menos
al hacerte tú mismo
un HOMBRE,
en tu Hijo Jesús;
porque por El,
si lo deseamos,
podemos
todos juntos decirte *Padre nuestro*,
y llegar un día a tu casa,
vivir en tu amor
y en tu gozo eterno.

Señor, ¿por qué hay que esforzarse siempre?
...no tengo ganas

Muchos jóvenes, y a veces otros no tan jóvenes, organizan su vida en función de las ganas que tienen o dejan de tener. Para algunos, se trata, más o menos conscientemente, de rechazar todo esfuerzo; para otros, de la firme convicción de que en muchas circunstancias *no deben* hacer lo que no les viene en gana. Piensan que «esforzarse» no es auténtico, que es hacer comedia, sobre todo cuando se trata de los otros y más aún de Dios: «si no tengo ganas no voy a sonreír, rezar o ir a misa...».

Esta actitud procede de una falsa idea de la libertad y de una mala educación. Se cree que se respeta la libertad del niño cuando se respetan sus «ganas»: «no termina de comer lo que tiene en el plato», porque no tiene ganas; «no saluda», porque no tiene ganas; «no va a la catequesis», porque no tiene ganas...

La libertad que el Señor nos ofrece no es la libertad para hacer cualquier cosa, sino la libertad *para amarnos auténticamente* a nosotros mismos, amar a los otros y a Dios, *cualesquiera que sean nuestras ganas*.

Jesucristo «no tenía ganas» de morir por nosotros.

* *

¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Fue al primero y le dijo:

—Anda, hijo, ve a trabajar hoy en la viña.

El respondió:

—No tengo ganas.

Pero después se arrepintió y fue.

Fue al segundo y le dijo lo mismo. El respondió:

—Voy, señor.

Pero no fue.

¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?

Le contestaron:

—El primero.

Entonces Jesús les dijo:

—Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán más fácilmente que vosotros en el reino de Dios (Mt 21, 28-31).

Después reunió a la gente con sus discípulos y les dijo:

—Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga.

Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará.

Pues ¿qué aprovecha a uno ganar todo el mundo, si pierde su vida? ¿Qué puede dar uno a cambio de su vida? (Me 8, 34-37).

* *

Señor,

¿por qué hay que esforzarse siempre?

... no tengo ganas.

No tengo ganas de levantarme

y no tengo ganas de acostarme.

No tengo ganas de ir al trabajo

o de ir al colegio.

No tengo ganas de hacer las faenas de la casa

y no tengo ganas de planchar la ropa.

No tengo ganas de apagar el televisor

y de hacer «los deberes».

No tengo ganas de callarme

o no tengo ganas de hablar.

No tengo ganas de ir a verle,
de estrecharle la mano,
ni siquiera de sonreírle.
No tengo ganas de abrazarle.
No tengo ganas de prestar el favor que me han pedido,
de comprometerme,
y no tengo ganas de ir a la reunión.
No tengo ganas de resistir
a las voces que me invitan a apartarme de mi camino,
y no tengo ganas de apagar las doradas imágenes,
proyectadas sin cesar en la pantalla de mis sueños.
No tengo ganas de ir a contrat tiempo,
de pararme,
de reflexionar,
de meditar tu palabra
y no tengo ganas de rezar.

Señor,
¿por qué esforzarse siempre
para vivir cada día
como tú quieres que se viva?
No es fácil,
no es divertido.
Con frecuencia ¡tengo tantas ganas de hacer
lo que no debo hacer,
y tan pocas de hacer
lo que debo hacer!
Señor,
¿es verdad que hay que esforzarse siempre
...cuando no se tienen ganas?

*

*Hijo mío, dice el Señor,
es verdad
que hay que regar la semilla cada día
para que se convierta en árbol,*

*que la madre ha de sufrir para que nazca el hijo,
y los padres para educarle
hasta que llegue a hacerse hombre,
que el panadero ha de trabajar de noche
para amasar el pan,
y los obreros han de actuar en cadena
para que ruede el automóvil
... aunque no se tengan ganas.*

*Es verdad
que los sabios han de investigar pacientemente
para encontrar el medicamento que cura,
que los hombres han de sacrificar sus vidas
para que se haga justicia,
y que los enamorados han de morir cada día
a sus caprichos egoístas
para que viva el amor
...aunque no tengan ganas.*

*Porque ¿dónde quedaría tu dignidad, hijo mío,
tu bella libertad
y tu poder para amar,
si el Padre te diese el árbol y el hijo ya hechos,
y el pan cocido y servido en la mesa,
y el medicamento salvador, sin error posible,
y el universo como un paraíso para una humanidad apacible,
y los amores en flor, sin peligro de marchitarse?*

*Es difícil ser hombre
y difícil amar.
Lo sé.
Durante mi vida nunca tuve ganas
de subir la cuesta del calvario,*

*pero mi Padre deseaba que toda mi vida
se ofreciera por vosotros, mis hermanos,
a los que amaba.*

*Y si me esforcé
por subir hasta la cruz,
fue para que todos vuestros esfuerzos
fuesen un día coronados por la VIDA.*

*Venga, hijo mío,
no te preguntes si tienes ganas de hacer esto o aquello,
pregúntate si el Padre lo desea
para ti y para tus hermanos.*

*No me pidas que te obligue.
Pídeme, más bien, amar con todas tus fuerzas
a tu Dios y a tus hermanos.*

*Porque si amases un poco más,
sufrirías mucho menos,
y si amases mucho más,
de tu sufrimiento brotaría la ALEGRÍA
al mismo tiempo que la VIDA.*

El forúnculo no estaba maduro, Señor, lo apreté demasiado pronto

Los educadores quieren «formar» a los que están a su cargo. Los cristianos generosos y entregados desean «hacer el bien» a los que les rodean. Unos y otros piensan que «desde fuera» pueden aportarles lo que les falta y librarles de lo que creen que hay de malo en ellos.

Nuestra buena voluntad es a menudo orgullosa e indiscreta. Orgullosa, porque nos situamos como ricos que saben y que poseen, frente a los otros que son pobres. Indiscreta, porque el otro es el primer responsable de su vida y ninguna «presión» exterior queda justificada.

Tenemos que *creer*, primero, *en el otro*, en la vida que le habita. Hacer todo lo posible para que la valore a sus propios ojos. Ayudarle a que la desarrolle, más que emplear el tiempo en querer rectificarla, detectar el mal e intentar arrancarlo. La hierba que crece, poco a poco ahoga los abrojos, dice la sabiduría popular.

Y sobre todo, nosotros los cristianos, hemos de pensar y creer con todas nuestras fuerzas que el Señor nos precede *en el otro*. Es más bien a él a quien hay que pedir que actúe. Pues sólo él es el SALVADOR que puede destruir el mal «de raíz» y hacer que brote la vida, su VIDA, en nuestra vida.

* *

*No juzguéis, para que Dios no os juzgue.
¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano, y no adviertes
la viga que hay en el tuyo?*

O ¿cómo dices a tu hermano: deja que te saque la paja del ojo, si tienes una viga en el tuyo?

Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mt 7, 1.3-5).

Decía Jesús:

—Sucede con el reino de Dios lo que con el grano que un hombre echa en la tierra. Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo.

La tierra da fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.

Y cuando el fruto está a punto, en seguida se le echa la hoz, porque ha llegado la siega (Mc 4, 26-29).

* *

El forúnculo no estaba maduro, Señor,
lo apreté demasiado pronto.

El enfermo ha sufrido,
y su carne se ha inflamado,
pero sigue guardando el veneno.

Tenía que haber esperado
y haberle cuidado delicadamente.

Haber esperado que el cuerpo madurara
y *estuviera él suficientemente fuerte*
para rechazar el mal.

Así es, Señor,
como debería esperar con calma
y orar largamente
ante los que sufren
por tener en su corazón un manantial contaminado.

Pero soy,
ya lo sabes,
impaciente,
orgulloso.

Querría salvar a mis hermanos
antes de que lo consientan
y se inmunicen ellos mismos
contra el mal que hay en ellos.
Y lo que es más grave,
seguro de mi poder,
orgulloso de mi entrega,
me creo capaz yo solo de curar el mal
que sólo tú puedes curar.

Dame, Señor, la gracia
de respetar al otro
y su vida oculta
en su largo caminar.
No permitas nunca que me introduzca en casa extraña,
ni en la de mi hermano siquiera,
si desde dentro
él mismo no me abre la puerta.

Dame el valor de esperar,
y de no lanzar mis palabras,
en ráfagas opresivas,
hacia las ventanas de un corazón
apenas entreabierto,
porque entonces con demasiada frecuencia
las palabras se estrellarán contra los muros
sin alcanzar el corazón.
A menos que algunas,
más vivas y afiladas,
penetren en carne viva
y le hieran aún más cruelmente.

Enséñame, Señor,
el silencio,
no el silencio vacío
demasiado rápidamente poblado con mis locas fantasías,

sino el silencio que espera la palabra del otro,
antes de dar sosegadamente paso a las mías.

Concédeme la humildad,
a mí que me creo rico tan a menudo,
a pesar de mi modesto semblante,
seguro de mi buena voluntad,
de mi arte *de educador*,
de mi experiencia,
de mi generosidad,
e incluso de mi amistad
y mi omnipotente amor,
rico frente al otro,
que para mí es un pobre
al que debo enriquecer con mis generosas limosnas.

Ayúdame a reconocerme ante él
pecador como él,
yo que me creo puro,
que estoy satisfecho con mi vida
a mis ojos tan respetable,
y tan orgulloso de mis pequeñas virtudes,
parco capital recibido
mucho más que ganado.

Enséñame, por fin, Señor,
a orar ante el otro
exponiéndole al sol de tu amor salvador.
A rezarte *en el otro*.
a ti que quieres crecer en él
y en él deseas para siempre
establecer tu morada.

Porque yo, Señor,
sólo puedo ofrecerle
tu amor

en mi pobre amor,
y mi mano sencilla
suavemente posada sobre la suya,
y mi mirada apacible
como acompañante silencioso
al pie de la cama de un enfermo,
y algunas palabras, quizá,
que llegarán a florecer en su corazón
si eres tú quien de noche
las siembras en mis labios.

Porque yo no soy más que tu servidor, Señor,
y si debo llevar a cabo mi servicio,
fielmente,
humildemente,
a conciencia,
atento cada día a los enfermos del alma
que se cruzan en mi camino,
sólo tú puedes curar el mal
en ellos,
en mí,
mal tan profundamente oculto
que por muchos dedos humanos que le aprieten
no pueden hacerle salir.

Puesto que sólo tú
puedes expulsar los *malos espíritus*,
curar los corazones,
y a veces los cuerpos al curar los corazones,
puesto que sólo tú eres el SALVADOR
y para esto has venido.

Ábreme los ojos, Señor

El mundo y la humanidad nos cuestionan y nos inquietan. Querríamos poder descubrirlos en todas sus dimensiones, en su «más allá». Pero nuestra mirada sólo alcanza la superficie de las cosas y de los seres. Necesitamos otra mirada para penetrar más profundamente y *ver*, como ve Dios. Únicamente los «ojos de la fe», es decir, los ojos de Jesucristo incorporados a nuestros ojos de hombre, pueden darnos su luz y permitimos un largo peregrinar.

Veríamos entonces, poco a poco, a través de la historia humana, y en sus mínimos detalles, el espíritu de Jesús actuando y su gran Cuerpo que nace, crece, muere y resucita cada día. No contemplaríamos sólo a «Jesús de Nazaret» sino a Cristo desplegando en el tiempo su misterio de creación, de encarnación y de redención, y podríamos unimos a él *a través de toda nuestra vida y la de nuestros hermanos*, para trabajar con él y edificar el reino de su Padre.

Llegaron a Betsaida y le presentaron un ciego, pidiéndole que lo locara.

Jesús cogió al ciego de la mano, le sacó de la aldea y, después de haber echado saliva en sus ojos, le impuso las manos y le preguntó:

—¿Ves algo?

Alzando la vista, dijo:

—Veo a los hombres, pues veo como árboles que caminan.

Jesús volvió a poner las manos sobre sus ojos; entonces el ciego comenzó a ver con claridad y, quedó curado, de suerte que hasta de lejos veía perfectamente todas las cosas (Me 8, 22-25).

Viviendo la verdad en el amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, Cristo. A él se debe que todo el cuerpo, bien trabado y unido por medio de los ligamentos que lo nutren según la actividad propia de cada miembro, vaya creciendo y construyéndose a sí mismo en el amor (Ef 4, 15-16).

Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, por muchos que sean, no forman más que un cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo; y todos, también, hemos bebido del mismo Espíritu (1 Cor 12, 12-13).

* *

Señor,
quisiera que me diceses ojos inmensos
para mirar el mundo.
Porque yo miro, Señor,
me gusta mirar,
pero mis ojos son pequeños,
demasiado pequeños
para ver *más allá* de las cosas,
de los hombres y de los acontecimientos.

Miro y adivino la vida,
pero sólo veo la corteza dura,
y a veces salvaje.
El amor me hace guiños,
pero sólo contemplo
algunas flores y frutos,
mientras que la savia se me escapa.

Y sufro tras mis gruesos cristales,
tropiezo con mis límites
y a veces me hiero cruelmente,
cuando se levanta de mi corazón una niebla
que ensombrece mi camino.
¿Por qué, Señor, nos has dado unos ojos
que no pueden VER,
VER tu VIDA, más allá de la vida,
tu AMOR más allá del amor?

A veces me parece ver... un resplandor,
y misteriosamente
nacen entonces en mi corazón
palabras un poco más hermosas
que las palabras ordinarias,
palabras que danzan y bailan,
tratando de huir de su jaula dorada.

Echan a volar de mis labios
e intento capturarlas
para decirme y decir
lo que adivino...
lo que presiento...
lo que presagio...
sin poder conseguirlo.

Pero las palabras a su vez son pájaros demasiado pequeños
y les reprocho que no sepan,
para mí y para los otros,
cantar el canto de lo infinito.

Y acepto a veces
cerrar los ojos largo tiempo
y en lo profundo de mi noche,
entreveo
un poco de esa Luz
que el día obstinadamente me esconde.
Entonces VEO sin ver,
entonces CREO.

Pero tú me diste, Señor,
ojos para mirar a mis hermanos,
pies para caminar hacia ellos,
y con ellos pisar la tierra firme.
Señor, ¿puedo caminar con los ojos cerrados
rechazando la luz?

Quiero VER mirando,
pero mis ojos son pequeños,
demasiado pequeños,
para contemplar el *más allá*.
Señor, dame ojos inmensos
para mirar el mundo.

Ábreme los ojos, Señor,
para que pueda VER...
más allá de la luz del amanecer
que de repente colorea la naturaleza
con la dulce claridad de un rostro de muchacha;
más allá de la luz del atardecer
en la que jirones de noche dibujan sobre la tierra
la sombra de las arrugas,
como los años sobre un rostro marchito...
.. para que pueda VER por fin
algunos reflejos de tu LUZ infinita.

Ábreme los ojos, Señor,
para que pueda VER...
más allá de la rosa radiante y de su muda sonrisa,
más allá de la mano que me la alarga,
y del corazón más allá de la mano,
y de la amistad mucho más allá del corazón
...para que pueda VER,
por fin,
algunos reflejos de tu TERNURA.

Ábreme los ojos, Señor,
para que pueda VER. ..
más allá de los cuerpos de los hombres que atraen
o repelen,
más allá de sus ojos y de sus miradas
que se encienden o se apagan
...los corazones tristes,
los corazones alegres.
Y más allá de los corazones de carne,
las flores del amor,
e incluso las hierbas locas
que tan fácilmente llaman pecados,
... para que pueda ver por fin
a los hijos de Dios
que nacen y crecen despacio
bajo la mirada amorosa de nuestro Padre.

Ábreme los ojos, Señor,
para que pueda VER. ..
más allá de los polígonos industriales,
la noche,
en la que miles de luces se escapan de las fábricas en acción,
más allá de las bufandas de humo
que el viento agita
por encima de las chimeneas
apuntando hacia el inaccesible cielo,
más allá de esas inquietantes bellezas,
ciudades del año 2000,
en las que el hombre sin cesar rehace el rostro de la tierra,
.. para que pueda VER por fin y OÍR
el latido del corazón de miles de trabajadores
que contigo completan la creación.

Ábreme los ojos, Señor,
para que pueda VER...
más allá del inextricable embotellamiento

de las innumerables carreteras humanas,
carreteras que suben o que bajan,
carreteras rápidas o carreteras sin salida,
semáforos rojos,
semáforos verdes,
sin direcciones prohibidas y velocidades limitadas,
carreteras del este, del oeste, del norte o del sur,
caminos que llevan a Roma,
a Jerusalén
o a La Meca,
más allá de los miles de millones de hombres que los recorren
desde hace miles de años
y más allá de ese prodigioso misterio de su libertad,
que les arroja,
pensando,
amando,
por esos caminos de vida
donde se entrecruza su destino,
... para que pueda VER
tu calvario empinado
dominando el mundo en el cruce de todos los caminos,
y a TI
descendido de la cruz
recorriendo resucitado todos esos caminos de Emaús
en los que tantos hombres se codean contigo sin reconocerte
y algunos sólo en tu Palabra
y en la fracción del pan;
... para que pueda VER por fin
tu gran Cuerpo que crece
bajo el soplo del Espíritu
y el trabajo maternal de María,
hasta el día en que te presentarás al Padre,
al final de los tiempos,
cuando, oh mi gran Jesús,
hayas alcanzado tu talla adulta.

Pero sé, Señor, que en este mundo
he de ver sin VER
y que en esta tierra seré siempre
corazón insatisfecho, peregrino del invisible.

Sé también que sólo mañana
franqueando las puertas de la noche,
y VIENDOTE por fin tal como eres,
a tu luz
VERÉ tal como tú ves (1 Jn 3, 2).

Hay que aguardar todavía, y caminar en la penumbra...
Pero si tú quieres, Señor,

para que mi oración,
ofrecida aquí a los numerosos amigos
que la van a compartir,
no sea palabra vana llevada por el viento,
te pido,
te suplico:

*danos ojos inmensos
para mirar el mundo,*

y poder entrever un poco el más allá,
y los hombres que nos miran
verán que nosotros VEMOS.

Entonces, quizá por fin podamos decirles:

*Es El, Jesucristo,
la Luz del Mundo.*

La colada del lunes

Jesús, recorriendo los caminos de Palestina, contemplaba la vida. Sobre todo la de la gente sencilla: la mujer que amasa el pan, y la que busca la moneda perdida; el herido atacado en el camino, los niños que juegan en la plaza y la viuda que llora; el sembrador y su campo, las mieses y el pastor con su rebaño... Contemplaba, admiraba. Veía ya a través de toda esta vida cómo crecían las semillas del Reino.

Jesucristo continúa hoy recorriendo nuestros caminos humanos: «yo estoy con vosotros todos los días hasta el final del mundo» (Mt 28, 20). Discretamente nos hace señas. Está presente donde se vive el más mínimo gesto de amor auténtico: «porque el amor es de Dios» (1 Jn 4, 7). A nosotros nos toca seguir sus huellas a través de las mil pequeñas cosas que hacen fecunda una existencia, si se nutren de ese amor.

* *

Jesús les propuso una parábola:

—Sucede con el reino de los cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.

Les dijo otra parábola:

—Sucede también con el reino de los cielos lo que con la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta (Mt 13, 31-33).

Se levantó entonces un maestro de la ley y le dijo para tenderle una trampa:

—Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

Jesús le contestó:

—¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees tú?

El maestro de la ley contestó:

—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo (Le 10, 25-27).

* *

Señor,
hoy es lunes.
He salido, y he visto flotando en las ventanas
y en los balcones,
aquí y allá, salpicando el hormigón,
como un mosaico abigarrado,
estallando en colores sobre el gris de los edificios,
la ropa tendida.

El aire hacía cantar las notas multicolores
prendidas de los alambres,
y he sentido murmurar al oído de mi corazón
la canción de la pena
y del amor:

Ropa sucia,
ropa lavada,
ropa secada,
ropa planchada, y de nuevo sucia,
para ser lavada de nuevo,
secada de nuevo,
planchada de nuevo.
Ropa del marido,
ropa del hijo,
ropa de la hija

y mía también.

Ropa de la semana, hasta la semana siguiente,
de colada en colada,
de secada en secada,
de planchada en planchada.

Señor,
esta noche te ofrezco,
en nombre de todas las que no te conocen,
O de todas las que no se acuerdan de rezar,
esta ropa más blanca,
 más suave,
 más ligera,
esta ropa que huele a amor de madre
y a amor de esposa.

Te ofrezco todos esos gestos cotidianos,
 que mil veces repetidos
 tejen vidas dichosas en la sombra,
maravillosas vidas de los humildes
 que saben que amar es perseverar
 más allá de todo cansancio.

*

*Escúchame, hijo mío,
 te lo digo a ti
 para que lo digas a tus hermanos:
El reino de los cielos se parece a una mujer
 que durante toda una vida
 convierte la ropa sucia en ropa limpia,
 no por obra de una colada milagrosa,
 sino por el milagro del amor
 que se entrega cada día.*

Sería tan fácil, Señor...

Muchos militantes están cansados. Han tropezado con tantas y tantas dificultades e incomprensiones que desean retroceder, o descansar.

Los jóvenes, por su lado, proclaman que no piensan seguir con lo de sus padres. Quieren tomarse tiempo para vivir para sí mismos.

Y algunos «comprometidos» con el mundo piensan incluso que quizá se han equivocado de camino, que tendrían que rezar más y más y ...«dejar que Dios actúe».

Es grave. Muy grave. Dios no nos ha entregado un hombre, una humanidad, un mundo concluidos, sino que *hemos de hacerlos*. Bajo ningún pretexto un cristiano puede retirarse a su tienda y rehusar esta larea. Según sus medios, debe consagrarse a ello. Más que los otros. Es el criterio incontrovertible de la autenticidad de su amor por los hermanos.

Tener fe viva, no supone evadirse de la tarea para pedir a Dios que lleve a cabo nuestro trabajo, sino emplearnos a fondo con todas nuestras fuerzas, suplicándole que trabaje con nosotros.

* *

Llegaron su madre y sus hermanos y, desde fuera, le mandaron Humar.

La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron:

—¡Oye! Tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan.

Jesús les respondió:

—¿Quién es mi madre y mis hermanos?

*Miró entonces a los que estaban sentados a su alrededor. Y añadió:
—Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad
de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre (Mc 3, 31-35).*

*No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los
cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos
(Mt 7, 21).*

* *

Sería tan fácil, Señor,
abandonar la lucha en favor de un mundo mejor...
¡ese mundo que no acaba de nacer!

Sería tan fácil
renunciar a las reuniones agotadoras,
a las discusiones, a las revisiones,
a esas innumerables *actividades* y a esos *compromisos*
que parecen indispensables,
y de los que, algunas noches de extremo cansancio,
dudo cada vez más que sirvan a mis hermanos.

Sería tan fácil
escuchar las voces que me rodean,
voces que pasan por sabias, amigas,
incluso voces afectuosas,
voces que me dicen a la cara:
«vives inquieto», «luchas en vano»,
«dejas de lado lo esencial»;
voces que murmuran insidiosamente a mi espalda:
«le gusta hacerlo», «es su temperamento»,
«no puede prescindir de esto».

Sería tan fácil
ceder al desánimo,
y cubrirlo de buenas y piadosas intenciones,
las de los deberes olvidados y la falta de fe.

Sería tan fácil entonces,
retirarme a mi casa,
reencontrar mis noches libres
y mis fines de semana disponibles,
y la risa de los hijos
y los brazos de mi mujer.

Sería tan fácil sentarme
y cuidar las heridas después de tan duras batallas,
hacer que descansaran mis piernas,
mis brazos, mi cabeza,
y mi corazón, fatigados,
y acoger la paz lejos del estrépito de los combates
y escuchar por fin el silencio
en el que lejos del ruido,
dicen que tú hablas a los *fie les*.

Sería más fácil, Señor,
quedarse en la orilla y no mancharse,
mirar a los otros batirse y debatirse,
aconsejarles y compadecerles,
juzgarles... y rezar por ellos,
sería más fácil...

Pero, Señor,
¿es esto lo que realmente me pides?
No lo sé, no lo sé.

Señor, ilumíname, ayúdame,
no lo sé,
porque en el concierto de voces que me llegan,
las de los sabios,
las de los amigos,
y las de quienes me quieren,
oigo con frecuencia otra voz,
más grave y más profunda,

que me interpela, tenaz,
en mi turbado corazón:
«Ocupas el sitio del Señor.
Sólo él puede cambiar a los hombres y al mundo.
Abandónate a él
y él hará lo que tú,
desventurado orgulloso,
creías poder hacer».

Esta voz, Señor, ¿es la tuya?
No lo sé, no lo sé.
... pero si tú realmente lo quieres,
¡esta noche pongo la dimisión en tus manos!

*

*Rehusa tu dimisión, hijo mío, dice el Señor.
No escuches esas voces,
que no son la mía.
Yo nunca ocuparé tu lugar,
porque he sido yo quien te lo ha dado.
Nada se hará sin ti y sin tus hermanos,
porque yo os he querido a la vez responsables
de los hombres y del mundo.
Pero nada se hará sin mí...
y quizá sea esto
lo que olvidas a veces.*

*Venga, ahora duerme en paz, hijo mío,
y mañana,
tú y yo,
yo y tú,
juntos,
hermanos con tus hermanos
saldremos de nuevo a combatir.*

Señor, ¿vienes de compras conmigo?

Jesús nos espera fielmente en lo profundo de nuestra vida. Pero con demasiada frecuencia tenemos la impresión de que para rezarle hay que detenerse, dejar toda actividad, para estar sólo con él. Ciertamente tenemos que hacerlo en algunos momentos. «Estar» para alguien, incluso sin «hacer nada» para él o con él, ofrecerle simplemente el regalo de diez minutos, un cuarto de hora de nuestra vida, gratuitamente, es el summum del amor. Pero también hemos de acompañar a Jesús por los caminos del mundo. Toda la vida podría ser «oración» si pensáramos que él ha venido a estar entre nosotros, no para quedarse habitualmente a un lado, sino para mezclarse totalmente con «la pasta» de nuestra vida y la de nuestros hermanos para hacerla fermentar.

* *

*Jesús recorría todos los pueblos y aldeas,
enseñando en sinagogas,
anunciando la buena noticia del reino
y curando todas las enfermedades y dolencias.
Al ver a la gente, sintió compasión, porque estaban cansados y
abatidos como ovejas sin pastor.*

Entonces dijo a sus discípulos:

*—La mies es abundante, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al
dueño de la mies que envíe obreros a su mies (Mt 9, 35-38).*

Jesús volvió a enseñar a la gente, diciendo:

-Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras,
sino que tendrá la luz de la vida (Jn 8, 12).

* #

Tengo que salir a hacer unas compras imprescindibles,
Pero una vez más
lamento el tiempo que empleo
que me parece malgastado.
¡Tiempo tiránico,
esposo impuesto,
compañero implacable de mis días y de mis años,
que fracciona mi vida,
me empuja y me manda,
obligándome a correr,
él que corre tan aprisa!
¿No soy su esclavo?

Pero esta mañana, Señor, tú me avisaste
recordándome que estás aquí
disponible,
apacible,
inmóvil.
Entonces decidí dominar el tiempo,
tomarme tiempo,
abandonar el coche y salir a pie.
Y te dije, Señor:
¿Vienes de compras conmigo?

Las hicimos juntos
Y quiero agradecerte esta noche el haberme acompañado,
Porque *he visto* lo que sin ti
ni siquiera habría entrevisto.
He visto la vida que corría a raudales
por las calles de mi barrio,
los coches circulando

y los conductores que se impacientaban,
la gente apresurada
y la que callejeaba.
He visto a la mamá enfadada
que arrastra a su hijo lloroso,
y a la que
se detiene unos instantes
para sonreír y hablar con su bebé,
el parado que mendiga
y la señora que saca de paseo a su perrito,
los jóvenes que se abrazan
y los crios que gritan y se pelean
al salir de la escuela.
He visto los escaparates de los almacenes,
acogedores,
incitantes,
y las miradas consumistas que perforan los cristales
para acariciar mil objetos de paraíso terrenal,
los carteles que cantan los placeres de la vida
y los que anuncian la lucha
de quienes tratan de sobrevivir.

Y te decía:
Mira, Señor,
mira a éste,
mira a aquél,
diles que les quieres,
díselo,
viven sin saber que les acompañas
paso a paso,
cada día.
Y a mí, tú me prestabas, Señor, tu mirada
y les *veía* un poco como tú,
como tú los ves.

Veía sus alegrías, sus penas,
 más allá de sus miradas
 y del murmullo de sus pasos,
veía tu vida en su vida,
 tu amor en sus amores,
 a pesar de su ignorancia
 y quizá incluso de su rechazo.
A través de ti, les veía hermanos y hermanas,
llamados a decir juntos, un día:
«Padre nuestro, que estás en el cielo».
En algunos momentos
 ya no pensaba que tú estabas conmigo...
La culpa no es mía, Señor,
¡estás tan silencioso con frecuencia!
Sabes que te lo reprocho,
 porque me hace sufrir
 tanto...

Pero afortunadamente ahora
estoy seguro de que los mayores amores
 no son los más clamorosos
y creo en tu amor.

Al regresar a casa,
 había vencido al tiempo,
 no había perdido el tiempo,
y tú estabas contento,
 tú también,
 estoy seguro,
porque aunque hay sabios que dicen, Señor,
que para rezarte es preciso
 pararse,
 aislarse,
 ponerse de rodillas o estar bien firme,
 los brazos así
 y las manos allá,

cerrar los ojos para verte mejor,
los oídos para oírte mejor,
y comenzar por...
y seguir con...
y terminar con...
sin embargo, olvidan decir, Señor,
que de vez en cuando es necesario salir
a hacer las compras contigo,
y contemplar el mundo,
y contemplar a los hombres,
y contemplar la vida,
para acoger las alegrías de todos
y sus secretas penas,
y hacer que cargues con ellas,
tú que quieres cargar con los fardos más pesados
mientras que a nosotros
nos dejas los paquetes más livianos.

Señor,
que diste vista a los ciegos
y oído a los sordos,
te lo suplico, una vez más,
ábreme los ojos,
ábreme los oídos,
porque con frecuencia me ronda la tentación de cerrarlos,
y cuando salga de compras de cosas,
contigo,
haré mis compras para el corazón.
Y al regresar volveré rico
no de lo que haya comprado,
sino de lo que haya mirado,
acogido,
cargado.
Al caer el día abriré mi bolso delante de nuestro Padre
para ofrecerle las compras de vida,

y —perdóname, Señor-
si encuentro algunos frutos dañados,
con los que me había encandilado
creyéndolos comestibles,
te los daré a ti
para que los quemes en la hoguera de tu amor.

El peso es excesivo, Señor, ¡ya no puedo más!

La «mochila» de nuestro corazón con frecuencia está llena de recuerdos penosos, de sufrimientos, de pecados, que hemos reunido a lo largo de los caminos de nuestra vida y que arrastramos con nosotros. Pequeños sufrimientos o grandes pruebas, a veces incluso pesados secretos que creíamos definitivamente encerrados.

Intentamos «olvidar» por virtud: «no hay que encadenarse al pasado», o por tener paz: «no quiero pensarlo más». «Rechazamos» y sin embargo todo lo vivido permanece en nosotros, y *continúa viviendo*, aunque nuestros esfuerzos hayan conseguido arrojar los recuerdos en el inconsciente.

La vida encerrada en nosotros se pudre, actúa sobre nuestros comportamientos e incluso... nos enferma.

Los cristianos somos como un niño que quiere cargar él solo una carga que apenas puede levantar del suelo. Su padre lo acompaña, camina a su lado. Pero el niño rechaza la ayuda que se le ofrece. Padece, sufre, a veces cae y se hiere cruelmente.

Nuestro padre es Dios. En su hijo Jesucristo, ha venido para «cargar» nuestros sufrimientos, nuestros pecados... *Pero hay que dárselos*. Y para dárselos, ante todo no hay que «olvidarlos», sino tener el coraje de desenterrarlos, de mirarlos cara a cara, y *aceptarlos*. A este precio seremos libres, viviendo nuestra vida por Jesucristo resucitado.

*Encomienda a Dios tus afanes,
que él te sustentará (Sal 54).*

*A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás (Sal 30).*

*Venid a mí todos los que estáis fatigados por el peso de vuestra
carga* y yo os aliviaré.*

*Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sufrido y humilde,
y hallaréis descanso para vuestras vidas (Mt 11, 28-29).*

*Mientras callé se consumían mis huesos,
rugiendo todo el día,
porque día y noche tu mano
pesaba sobre mí;
mi savia se me había vuelto un fruto seco.
Había pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: «confesaré mi culpa»,
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado (Sal 31).*

*En paz me acuesto y en seguida me duermo,
porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo (Sal 4).*

* *

El peso es excesivo, Señor,
¡ya no puedo más!
Pero esta noche por fin creo haber encontrado
lo que desde hace tiempo
esperabas de mí.

El camino de mi vida, no es muy largo, Señor,
pero sí muy pesado.
He recibido tantos golpes en mi diario caminar
y he vivido tantos acontecimientos

que me han hecho daño,
que me han sublevado,
o han abierto en mi alma remordimientos tenaces,
que los sufrimientos se han acumulado
en mi corazón demasiado grande.
Los graneros están que rebosan
y mis bodegas llenas.
Y en lo más profundo, como cadáver enterrado,
ese pesado secreto...
—el mío o el de un ser querido—
mil veces pisado,
mil veces recubierto
pero que se sigue agitando
cuando por fin lo creía enterrado para siempre.

El peso es excesivo, Señor,
¡ya no puedo más!

El peso es excesivo
y me duele la espalda.
Me sulfuro
y se me enferma el hígado.
No puedo digerir esas pruebas
y me duele el estómago.

Y todos esos acontecimientos, Señor,
que *me quitan el apetito*,
que *me hacen mala sangre*,
que *me paralizan*,
que *me descomponen*
que me dejan *sordo o ciego...*,
todos esos *males del corazón*
que me *hacen daño al cuerpo*,
y me debilitan,
me deprimen,

me impiden dormir...
y despertarme...
Señor, tendría que librarme de ellos,
porque el peso es excesivo,
¡ya no puedo más!

Lo he intentado todo...
en vano.

Me dijeron, Señor,
que los sufrimientos pequeños desaparecen pronto
y que los grandes dolores
con el tiempo se borran,
que hay que *ser valiente y no pensar en ellos*,
porque *el pasado ha pasado* y hay que *olvidarlo*.
Y he luchado, tú lo sabes.
Y muchísimas veces he intentado *volver la página*
para no mirar ya más,
pero de nuevo una ráfaga de viento ha vuelto a abrir
el álbum de fotos de mis antiguos recuerdos.

He intentado cicatrizar mis heridas
con mil bálsamos.
Hermosas ideas,
bellos sentimientos,
e incluso con grandes fervores y repetidas oraciones.
Pero al menor choque de la vida
las heridas han vuelto a abrirse.
Han sangrado.
¡Y a empezar de nuevo!

Creí durante un tiempo haberlo conseguido al fin.
Dije orgullosamente: «Lo conseguí»,
porque *lo he aceptado todo y ya no pienso en ello...*
Pero los recuerdos y los sufrimientos enterrados
segúan *viviendo* en mí.

Como plantas salvajes
sus raíces permanecen,
y cuando intento arrancar
sus hojas y sus frutos,
rebrotan vigorosas
en el campo de mi corazón.
Mis lágrimas las riegan.
Crecen.
Me invaden.
Me ahogan.
Comen mi vida,
me dejan deprimido.
Y penetran incluso entre las piedras
de mis cimientos,
muros anchos,
que creía sólidos,
pero que brutalmente
se vienen abajo tras cuartearse.

Y sin embargo, Señor,
a veces me siento liberado.
¡Ya no tengo recuerdos dolorosos!
Por fin puedo *dormir*.

Pero de noche
mi cuerpo se agita bruscamente,
porque los fantasmas de los recuerdos
salen de sus madrigueras,
y disfrazados de mil locas maneras,
en mis sueños o en mis pesadillas
danzan su zarabanda.
Me despierto cansado.
Me levanto agotado.

El peso es excesivo, Señor,
¡ya no puedo más!

Pero esta noche...
¿estaré soñando, Señor?
creo haber encontrado
lo que desde hace mucho tiempo esperabas de mí.
Porque he leído casualmente
esta frase de un salmo
impresa en una estampa:
Encomienda a Dios tus afanes,
que él te sustentará.
Y creo que a través de estas palabras
eres tú quien me ha hablado.

Perdón, Señor,
por todo el tiempo perdido,
por los mil sufrimientos
y desánimos,
por las siniestras quejas
y las locas rebeldías
a causa de una vida *encerrada*,
reprimida,
malgastada,
que se pudría en mi corazón,
estercolero privilegiado de mis malas hierbas.

Perdón, Señor, porque tú estabas ahí,
me esperabas para cargar conmigo
...y llevar lo más pesado,
como un padre que ayuda a su pequeño
y le deja en sus manos solamente
lo que puede levantar.
Pero yo no te veía
porque miraba mis sufrimientos.
No te oía
porque escuchaba el ruido de mis lágrimas,
orgullosamente

quería guardarlo todo
a solas.

Perdón, Señor, porque tú estabas ahí.
Me esperabas para tomarme en tus brazos,
levantarme,
llevarme,
llevando al mismo tiempo mi carga.

Pero hacía falta, Señor,
que aceptara por fin *haber vivido lo que he vivido*
y que libremente te *lo diera*
porque tú no tomas a la fuerza
lo que no se te quiere dar.

Heme aquí por fin,
ante ti, Señor,
sin aliento,
sin fuerzas.
Quiero dártelo TODO.
...pero sin ti, Señor,
sé
que no podré hacerlo.

Ayúdame, Señor, te lo suplico,
porque hará falta mucho tiempo
para desarraigarlo todo
sin arrancar nada,
muchos esfuerzos para trasladarlo todo
sin conservar nada
de lo que a mi pesar quisiera conservar,
mucha humildad para mostrar todo
lo que quería ocultar.
Hará falta mucho tiempo
para acostumbrarme a darte cada día
todas las pequeñas y pesadas piedras de mi camino,
con las que tropiezo,

las que me tiran
por descuido o maldad,
las que yo lanzo a los otros
y que vuelven sobre mí.

Ayúdame, Señor,
ante las dificultades de la vida,
las de ayer
y las de hoy,
a mirar sin temor
más que a desviar la mirada,
a desterrar
más que a enterrar,
a atreverme a recordar
más que a tratar de olvidar,
e incluso a sentir y volver a sentir lo que he experimentado
más que a reprimirlo.
Porque sólo podré darte
lo que consienta darte,
lo que tengo entre mis manos temblorosas
y que tú
esperas para librarme para siempre.

El peso era excesivo, Señor,
ya no podía más...
pero tú me has invitado
a vaciar cada día el bolso de mi corazón.
De ahora en adelante seré
como el pequeño en brazos de su padre,
en brazos de su madre,
a los que *confía totalmente* sus penas
y que se duerme en paz,
porque se sabe amado
y sabe que el amor de sus padres
es más fuerte que todo.

Dios mío, no creo...

Muchos creyentes sinceros pero ignorantes o ingenuos, han caricaturizado la imagen de Dios. Los hombres de nuestro tiempo cada vez rechazan más esta caricatura. Tienen razón. Es un dios falso.

Pero para nosotros, ¿quién es Dios? ¿El todopoderoso a la manera de los hombres o el todopoderoso del amor?

En el primer caso, y bajo el pretexto de fe, corremos el peligro de desentendernos: como Dios lo hace todo, «allá él». Y lo que es peor, corremos el peligro de montar poco a poco una religión de servidumbre y de temor. Hay que conseguir «el favor» de Dios, obedecer para evitar los castigos y sobre todo la condenación eterna. Y aún más grave, arrastramos a Dios a un callejón sin salida, convirtiéndolo en responsable o cómplice de las muertes injustas y de los sufrimientos de toda clase que aplastan a la humanidad.

En el segundo caso, tratamos de vivir nuestra vida paso a paso como una respuesta de amor al Amor, que se propone pero que nunca se impone. Descubrimos entonces maravillados hasta qué punto somos libres frente a Dios, responsables de nuestra vida, de la de nuestros hermanos y de la del mundo.

Lo esencial de la fe está en creer que *somos infinitamente amados*. Si acogemos ese Amor, entonces nuestra conducta cambia totalmente. Nos sentimos «recreados» y de siervos pasamos a hijos libres de un Padre «adorable». E intentamos «por amor» y no por «obligación» colmar todos los deseos de ese Padre.

*El nos eligió en Cristo
antes de la creación del mundo, para ser su pueblo
y mantenernos sin mancha en su presencia.
El nos destinó de antemano, llevado de su amor
y conforme al beneplácito de su voluntad,
a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo,
para que la gracia que derramó sobre nosotros,
por medio de su Hijo querido,
se convierta en himno de alabanza a su gloria (Ef 1, 4-6).*

*El que no ama no sabe nada de Dios,
porque Dios es amor.
Y el amor que Dios nos tiene se ha manifestado
en que envió al mundo a su Hijo Unigénito,
para que vivamos por él.
El amor no está en que nosotros hayamos amado a Dios,
sino en que él nos amó a nosotros,
y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados (1 Jn 4, 8-10).*

* * *

Dios mío, no creo
que tú hagas caer la lluvia o brillar el sol,
a la carta,
por encargo,
para que brote el trigo del labrador cristiano
o resulte la fiesta organizada por el señor cura;
que tú encuentres trabajo para el parado
que *es buena persona*
y dejes que los otros sigan buscando
sin encontrarlo jamás;
que tú libres de un accidente
al hijo cuya madre ha rezado
y dejes que muera el hijo
que no tiene madre para implorar al cielo;
que des tú mismo de comer a los hombres
cuando te lo pedimos,

y dejes que mueran de hambre
cuando no te lo pedimos.
Dios mío, no creo,
que nos *llevés* a donde tú *quieres*
y no tengamos más que dejarnos llevar,
que nos *envíes* esta prueba
y que no tengamos más que aceptarla,
que nos ofrezcas este triunfo
y que no tengamos más que agradecértelo,
que cuando tú lo decides, por fin, *llames a ti*
a quien amamos
y que no tengamos más que *resignarnos*.

No, Dios mío, no creo
que seas un *dictador*
que disfruta de *todos los poderes*
para imponer tu *voluntad*
por *el bien de tu pueblo*;
que seamos marionetas
y a tu antojo
tires de los hilos,
y que nos hagas representar un misterioso drama
en el que tú desde siempre has determinado
los más mínimos detalles de la representación.
No, no lo creo,
no lo creo ya,
porque sé ahora, Dios mío,
que tú *no lo quieres*,
y que *no lo quieres*
porque eres AMOR,
porque eres PADRE
y nosotros somos tus hijos.

Perdón, Dios mío,
por haber desfigurado tu adorable rostro
durante demasiado tiempo,

por haber creído que
para conocerte y comprenderte
era preciso imaginarte
adornado hasta el infinito
de dominio y poder,
como te imaginamos siempre
al estilo humano.

Hemos empleado palabras precisas
para pensar en ti y hablar de ti,
pero en nuestros corazones cerrados
estas palabras se han convertido en trampas,
y hemos traducido:
omnipotencia,
voluntad,
mandato,
obediencia,
juicio...

a nuestro lenguaje de hombres orgullosos
soñando en dominar a nuestros hermanos;
y te hemos atribuido
castigos,
sufrimientos y muertes,
siendo así que tú querías para nosotros
el perdón,
la felicidad y la vida.

Sí, Dios mío, perdón,
porque no nos hemos atrevido a creer
que por amor
desde siempre nos has querido LIBRES,
no sólo libres para decir sí o no
a lo que tú previamente habías decidido,
sino libres para pensar,
escoger,
actuar

en cada instante de nuestra vida.
No nos hemos atrevido a creer
que hasta tal punto quisiste nuestra libertad
que has corrido el riesgo
del pecado,
del mal,
del sufrimiento,
frutos podridos de nuestra libertad desviada,
horrible pasión de tu amor escarnecido,
que has corrido el riesgo de perder
a los ojos de muchos de tus hijos
tu aureola de bondad infinita
y la gloria de tu *omnipotencia*.

No nos hemos atrevido a comprender, por fin,
que cuando quisiste revelarte definitivamente
a nuestros ojos,
viniste a la tierra
pequeño,
débil,
desnudo.

Y que moriste clavado a una cruz,
abandonado,
impotente,
desnudo,
para indicar al mundo que tu sola potencia
es *la potencia infinita del amor*,
amor que nos libera
para que podamos amar.
Dios mío, ahora sé que tú lo puedes todo
.. *excepto privarnos de la libertad*.

Gracias, Dios mío, por esa hermosa y tremenda libertad,
regalo supremo de tu amor infinito.
¡Somos libres!
¡Libres!

Libres para adueñarnos poco a poco de la naturaleza
para ponerla al servicio de nuestros hermanos,
o libres para desnaturalizarla
explotándola para nuestro único provecho;
libres para defender y desarrollar la vida,
para combatir todos los sufrimientos
y todas las enfermedades,
o libres para malgastar inteligencia, energía, dinero,
para fabricar armas
y matarnos entre nosotros;
libres para darte hijos o para negártelos,
para organizarnos y compartir nuestras riquezas
o dejar que millones de hombres
mueran de hambre sobre una tierra fértil;
libres para amar
o libres para odiar,
libres para seguirte
o para rechazarte.

Somos libres...
pero INFINITAMENTE *amados*.

Dios mío, creo
que porque nos amas y porque eres nuestro Padre,
desde siempre sueñas para nosotros
una felicidad eterna,
que constantemente nos propones,
pero que nunca nos impones.

Creo que tu Espíritu de amor
en el corazón de nuestra vida,
cada día nos inspira fielmente
los *deseos* de tu Padre,
y creo que en medio del inmenso barullo
de las libertades humanas,
los acontecimientos que nos afectan,

los que hemos escogido
y los que no hemos escogido,
sean buenos o malos,
fuente de alegrías o de crueles sufrimientos,
todos pueden,
gracias a tu Espíritu que nos acompaña,
gracias a ti que nos amas en tu Hijo,
gracias a nuestra libertad que se abre a tu AMOR,
*llegar a ser para nosotros y por nosotros
siempre providenciales.*

Dios mío, tan grande y enamorado,
tan humilde, tan discreto ante mí,
que sólo puedo alcanzarte y comprenderte
siendo pequeño,
concédeme la gracia de creer con todas mis fuerzas
en tu única «omnipotencia»:
la omnipotencia de tu AMOR.
Así, un día podré, con mis hermanos,
orgulloso de haber permanecido un hombre libre,
desbordando de felicidad,
oír que me dices:
Hijo mío, tu fe te ha salvado.

Esta noche ha muerto mi amigo, Señor...

Toda criatura nace, vive y muere. Dios lo ha querido así. Pero todos tendríamos que morir de muerte «natural»... al final de nuestra vida. Los muertos prematuros, por accidente o enfermedad, no son obra de Dios, de su «voluntad», como tampoco del «azar».

Los accidentes en su mayoría son consecuencia dolorosa de nuestra libertad. Sólo a la luz de Dios podemos descubrir qué parte de responsabilidad nos corresponde a nosotros y cuál a nuestros hermanos en el inmenso entramado de nuestras vidas. Muchísimos «accidentes» se evitarían si viviéramos como Jesús nos pidió que viviésemos.

Muchas enfermedades siguen sin ser vencidas. Son el fruto de la naturaleza que todavía no hemos dominado, amaestrado. Nuestra tarea de hombres consiste en llegar a conseguirlo. Dios, que nos ha entregado la tierra para que la conquistemos y la pongamos al servicio del hombre, confía en nosotros. Salvo excepción, él no ocupa nuestro lugar a base de «milagros». Los investigadores, los médicos... tienen que luchar. Pero desgraciadamente nosotros mismos nos causamos muchas enfermedades viviendo mal en nuestro cuerpo y más aún en nuestro corazón, y con demasiada frecuencia dedicamos mucho más dinero, inteligencia, energía, a inventar medios mortíferos, que a encontrar y poner en práctica medios para defender y desarrollar la vida.

Afortunadamente, Dios no nos deja solos, vino en Jesucristo a luchar con nosotros. En nuestro combate él nos ofrece la fuerza omnipotente de su amor, y el sufrimiento mismo que *es y sigue siendo un mal* puede ser, por él, la ocasión de un suplemento de amor salvador.

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos, los reptiles de la tierra (Gen 1,26).

Porque la creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente (Rom 8, 19-22).

Marta dijo a Jesús:

—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero, aun así, yo sé muy bien que todo lo que pidas a Dios él te lo concederá.

Jesús le respondió:

—Tu hermano resucitará.

Marta replicó:

—Sé muy bien que volverá a vivir cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al fin de los tiempos.

Entonces Jesús afirmó:

—Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y ninguno de los vivientes, que tenga esa fe en mí, morirá para siempre. ¿Crees esto? (Jn 11, 21-26).

* *

Esta noche, ha muerto mi amigo, Señor,
sin aliento, sin vida,
luchando contra el cáncer
hasta el último instante,
con su familia y los amigos médicos.

No digo, Señor,
puesto que tú lo has querido, que se haga tu voluntad
y menos aún tu *santa* voluntad,
sino que te digo, en voz baja...
en voz baja porque muchos a mi alrededor
lamentablemente nunca lo comprenderían,

...te digo, Señor, mi amigo ha muerto
y *tú no pudiste hacer nada.*

Nada de lo que locamente yo soñaba,
nada de lo que yo locamente esperaba.

Y lloro, desgarrado, amputado,
pero mi corazón está en paz,
porque he comprendido un poco más esta mañana
que *tú llorabas conmigo.*

Sí, Señor, he comprendido...
gracias a ti, gracias a mi amigo,
pero ayúdame, por favor, a *creer*
que tú no quieres la muerte sino la vida,
y que, más aún que nosotros,
porque tú amas más,
sufres al ver que muchos de tus hijos
mueren antes de tiempo.

He comprendido que salvo raras excepciones,
y ahí está tu misterio,
en las batallas libradas contra las enfermedades,
por respeto, por amor,
tú nunca querías tomar nuestro lugar,
pero siempre nos ofrecías sufrir
y luchar con nosotros.

He comprendido...
porque mi amigo, Señor,
no te ha pedido un *milagro*
sino que ha pedido para los médicos amigos
la fuerza de buscar y de luchar hasta el final.

Ha implorado para sí mismo el valor de sufrir,
de aceptar dos operaciones,
el tratamiento y todas las *experiencias*
para que otros después de él

*puedan sufrir menos
e incluso curarse un día.*

No ha pedido para los suyos
la gracia de *resignarse*
sino la de defender la vida,
respetarla, desarrollarla,
y arrullado hasta el final por su música preferida
ha pedido para todos...
la alegría de vivir.

Mi amigo, Señor, no ha *ofrecido su sufrimiento*
porque el sufrimiento, decía, es un mal,
y Dios no quiere el sufrimiento.

Ha ofrecido su largo y doloroso *combate*
contra el sufrimiento.
Esa energía prodigiosa,
esa fuerza salida de ti,
gracias a ti, Señor,
ese suplemento de amor y de fe necesarios
para no desesperar,
sino creer en la vida, por ti resucitada,
más allá de la muerte.

Mi amigo, finalmente, Señor,
no ha *dado* su sufrimiento,
sino que como tú,
contigo, Jesús salvador mío,
ha dado *su vida* para que *nosotros vivamos.*

Esta noche ha muerto mi amigo, Señor, y lloro,
pero mi corazón está en paz.
Porque mi amigo ha muerto esta noche,
pero contigo me ha dado la vida.

La vida está ante mí, Señor, ...pero tú caminas conmigo

Muchos jóvenes tienen miedo del futuro, sobre todo de su futuro profesional y familiar. No saben qué camino tomar y a dónde les llevará el camino desconocido. Algunos están angustiados y se niegan a crecer para evitar tener que elegir.

El miedo es nocivo. Paraliza. La grandeza del hombre consiste en ser capaz de «arriesgar la vida» y por supuesto tras haber reflexionado, pero sin esperar un «seguro a todo riesgo», imposible de conseguir.

Si arriesgarse es peligroso, comprometerse consciente y lealmente con Jesucristo no evita el esfuerzo pero garantiza la paz. El no puede desear más que nuestra *verdadera* felicidad y ayudarnos a conseguirla cualesquiera que sean los obstáculos del camino.

* *

Pues si a la hierba que está en el campo y mañana se echa al horno Dios la viste así, ¿qué no hará con vosotros, hombres de poca fe?

Así que no os inquietéis diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? Esas son las cosas por las que se preocupan los paganos. Ya sabe vuestro padre celestial que las necesitáis.

Buscad primero el reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás.

No andéis preocupados por el día de mañana, que el mañana traerá su propia preocupación.

A cada día le basta su propio afán (Mt 6, 30-34).

*Jesús subió a una barca y sus discípulos le siguieron.
De pronto, se alborotó el lago de tal manera que las olas cubrían
la barca.*

Jesús entre tanto dormía.

Los discípulos se acercaron y le despertaron diciendo:

—Señor, sálvanos, que perecemos.

El les dijo:

— ¿Por qué tembláis, hombres de poca fe?

*Entonces se levantó, increpó a los vientos y al lago, y sobrevino
una gran calma (Mt 8, 23-26).*

* *

La vida está ante mí, Señor,
como un fruto cautivador,
pero la vida con frecuencia me da miedo,
porque para recoger los frutos
hay que salir de casa
y salir a los caminos,
caminar,
seguir caminando,
pero por un camino que da vueltas y más vueltas sin cesar,
y que no deja ver delante de uno
ni el paisaje que espera,
ni el obstáculo oculto,
ni las manos que se nos tienden
o los rostros que se vuelven.

Partir, Señor,
es una aventura apasionante.
Tengo ganas de vivir...
pero con frecuencia tengo miedo.

Tengo miedo de entrar mañana en el inmenso taller
donde se afana la multitud de constructores del mundo.
¿Encontraré un sitio,

cuando tantos brazos jóvenes permanecen desocupados
y tantas mentes dispuestas
esperan un empleo?

Tengo miedo de ese mundo misterioso
que me fascina y me aterra,
porque oigo los estallidos de risa
y veo los placeres
que de lejos me hacen señas,
pero oigo también
el inmenso clamor de los sufrimientos humanos
y esos gritos, que no puedo acallar,
me sublevan.

Tengo miedo del amor
que, en las mañanas sonoras
igual que en lo profundo de mis noches,
ansio con todo mi ser.
Misteriosa energía que me anega el corazón
y se desborda por mi cuerpo,
obsesivo deseo, cuando los días se alargan,
por encontrar, al fin, un *rostro*,
rostro que reconocería y me reconocería,
como el único buscado.
Hambre de acariciarlo con la mirada
y rodearlo suavemente con mis manos
para probar sus labios y que saboree los míos.
Hambre ya de que este amor nuestro
un día se haga carne,
y lance un grito,
el grito de la vida nueva
cuando el amor fructifica.
Pero mi deseo y mi miedo van juntos, Señor,
por tantos amores abortados ante mis ojos,
ilusiones de felicidad
estalladas como pompas de jabón,

por tantos amores intentados
que terminaron en fracaso,
por tantos matrimonios de amigos
que se creían unidos para siempre,
y tan pronto desgarrados.

Sí, tengo miedo, Señor,
me atrevo a confesármelo
y me atrevo a decírtelo,
pero si ahora cierro los ojos
no es para rehusar
el VER ante mí el camino,
sino para encontrarte, para rezarte,
porque *tengo ganas de vivir*, Señor,
tengo ganas,
y tengo *confianza en ti*.

Dios mío,
haz que nunca olvide darte *gracias por la vida*,
porque la vida es tuya,
tú que eres Padre
y Padre de toda vida,
y que me has hecho tu hijo,
tu hijo nacido para la ALEGRÍA.

Concédeme el orgullo de ser hombre,
todo un hombre como tú deseas,
aceptando de ti la maravillosa *vocación*
de hacerme a mí mismo,
de *elevarme*, de crecer
para caminar enriquecido y LIBRE
por el camino que avanza ante mí.

Concédeme acoger la vida,
con todo el corazón,
a manos llenas,
porque mis padres me la han transmitido por amor,
aunque el amor

quiza
fuera frágil,
y de la que soy responsable,
porque ellos me la dieron.

Ayúdame a no malgastar nunca mi vida,
vida de un cuerpo que se derrama
y de un alma que se pierde,
a no robar nunca la vida de los otros,
sino a acogerla sólo
cuando el otro me la ofrece,
a negarme a encerrarla en un corazón que la retiene,
en vez de ofrecerla
a mis hermanos *necesitados*
con los que no la he compartido.

Pon en mí el deseo de buscarte siempre
para encontrarte, conocerte y amarte
y llegar a ser contigo el amigo que deseas,
acogiendo tu VIDA en la mía,
para que mis flores y mis frutos,
sean los tuyos,
y al mismo tiempo los míos.

Ayúdame a avanzar
sin querer saber
lo que en cada recodo,
me reserva el camino,
sin tener la cabeza en las nubes,
con los pies en la tierra
y mi mano en tu mano.

Entonces, Señor, saldré de mi casa,
confiado y alegre,
y avanzaré sin miedo por el camino desconocido,
porque la vida está ante mí
pero tú caminas conmigo.

Señor, eras tú el parado que me encontré hace una hora...

Hace dos mil años, Jesús de Nazaret, fue traicionado, apresado, injustamente condenado, torturado, ejecutado. Muriendo en cruz «tomó sobre sí» todos nuestros pecados, todos nuestros sufrimientos. Su pasión «histórica» ha terminado. Pero, en sus miembros, prosigue en el tiempo.

Todo hombre que sufre es Jesucristo que continúa sufriendo por él, en él. En este sentido se puede decir que el camino de la cruz no ha terminado.

Jesús murió víctima de nuestros pecados. A causa de ellos fue crucificado. Nosotros somos también víctimas de nuestros pecados. Dios no nos «castiga» por nuestras faltas. Somos nosotros quienes nos castigamos a nosotros mismos, individual y colectivamente. Hay que repetirlo.

Los grandes azotes como el subdesarrollo de los pueblos y el largo cortejo de atroces sufrimientos que arrastra consigo, las guerras... el paro... son todos, en diverso grado, fruto de los «pecados colectivos» de la humanidad.

Dios «no cambia las piedras en panes», pero nos da su «Palabra». Fortalecidos con esa Palabra, hemos de ayudar a las «víctimas del pecado», pero además tenemos que luchar *con nuestros hermanos y nuestro Hermano para destruir las causas* de tantos y tantos sufrimientos.

*Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria...
el rey dirá a los de su derecha:*

*—Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado
para vosotros desde la creación del mundo.*

*Porque tuve hambre, y me disteis de comer;
tuve sed, y me disteis de beber;
era forastero, y me alojasteis;
estaba desnudo, y me vestisteis;
enfermo, y me visitasteis;
en la cárcel, y fuisteis a verme.*

Entonces le responderán los justos:

*—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos;
sediento y te dimos de beber?*

*¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos,
o desnudo y te vestimos?*

¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

Y el rey les responderá:

*—Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos
más pequeños, conmigo lo hicisteis (Mt 25, 31-40).*

*Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús,
para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (2 Cor 4, 10).*

*Ayudaos mutuamente a llevar las cargas, y así cumpliréis la ley de
Cristo (Gal 6, 2).*

* *

Señor,
tienes que estar cansado esta noche,
porque has estado haciendo cola mucho tiempo
en la oficina de colocación;

tienes que sentirte humillado esta noche,
porque has estado oyendo hoy
muchos comentarios hirientes;

tienes que estar desanimado esta noche,
porque mañana...

se terminan tus derechos:

tu derecho a comer,
tu derecho a alimentar a tu familia,
tu derecho a vivir...
y sólo te quedará el derecho a morir.

Señor,
¡cuánto tienes que sufrir esta noche!
Porque eras tú el parado
que me encontré hace una hora.
Eras tú,
lo sé,
porque me lo dijiste en tu santo evangelio:
«Estaba desnudo,
extranjero,
enfermo,
prisionero...»
¡parado!
Eras tú, lo sé,
pero no lo recordaba.

Señor,
¡qué largo es tu camino de la cruz!
Yo lo creía terminado,
yo te creía por fin llegado
a la cima del Gólgota,
tras largas horas de torturas,
en el año treinta y tantos.

Sabía que habías venido a estar con nosotros,
como nosotros,
uno de entre nosotros,
y que te habían visto emprender el camino con nosotros,
ocupando fielmente tu sitio
en la larga hilera de los que sufren,
pero no sabía
que tu camino de la cruz se había iniciado

desde hace mucho tiempo,
desde el comienzo de los tiempos,
cuando los primeros hombres
sobre las primeras tierras
sufrían sus primeros sufrimientos.
Y no sabía que no terminaría
hasta que los últimos hombres
no hubiesen lanzado sus últimos gritos
sobre las últimas cruces.

Porque,
si hace dos mil años, Señor,
cumpliste tu parte hasta el final,
fielmente, perfectamente,
el camino de la cruz de tus hermanos es largo,
muy largo,
y tú no has terminado de ser, con ellos, por ellos,
explotado, rechazado,
humillado, encarcelado,
despojado, torturado,
crucificado,
cuerpo y corazón estallados,
haciendo visible en el tiempo tu sufrimiento supremo
sobre todas las cruces del mundo
que los hombres han levantado.

Tú me has enseñado ahora, Señor...
*que el que ama
sufre el sufrimiento del amado.*

Y cuanto más ama más sufre,
y tú que amas infinitamente
tú sufres infinitamente al vernos sufrir.

Y así
desposándote perfectamente con todos nuestros dolores,
tú estás, Señor, en tus miembros
crucificado hasta el fin de los tiempos.

*Y esta es tu gran pasión
de sufrimiento y de dolor.*

Señor,
yo no estaba en el camino del Gólgota
hace dos mil años,
como tu madre que lloraba
pero lo ofrecía en su corazón;
como las santas mujeres que gemían,
como la muchedumbre que callaba por miedo;
como los que gritaban con odio,
y como Simón de Cirene que por deber te servía,
pero hoy estoy aquí y te veo
cuando veo a los que sufren,
te hablo cuando les hablo,
y te ayudo a llevar tu cruz
cuando les ayudo a llevar la suya.

Señor,
quisiera ser
Simón Cirineo en el camino de la cruz de los hombres,
porque, ¿de qué sirve derramar lágrimas por ti,
muerto hace dos mil años,
si no sufro con mis hermanos
que sufren hoy?
porque, ¿de qué sirve meditar
y gemir en las ceremonias piadosas,
si no te veo cada día
penando en mi camino?

Pero esta noche, al rezar,
delante de ellos, delante de ti,
pienso también, Señor, que las cruces de los hombres
no surgen solas,
las fabricamos nosotros mismos, cada día,
con nuestros egoísmos, nuestro orgullo

y la gran panoplia de nuestros múltiples pecados.

¡Somos *fabricantes de cruces!*

Artesanos por nuestra cuenta
o bien juntos,
industriales perfectamente organizados.
Produciendo cruces en cadena,
cada vez más numerosas,
cada vez más perfeccionadas.
Cruces para hogares rotos,
cruces para niños abandonados,
cruces para quienes mueren de hambre,
cruces para los que combaten en los campos de batalla,
cruces para... los parados.
Y cruces...
y cruces...
siempre cruces,

de todas las formas y de todos los tamaños.
Y si es necesario, Señor, ser Simón de Cirene
para nuestros hermanos que sufren,
es necesario también
que luchemos todos juntos
para *desmantelar nuestras innumerables fábricas de cruces.*

Gracias, Señor,
porque eres tú
el parado
que encontré hace una hora,
y eres tú
quien por él,
hoy,
una vez más me has hablado.

Oración en lo más profundo de mi soledad

Dios es «relación subsistente», Padre, Hijo, Espíritu santo, tan unidos que sólo son uno. El hombre «hecho a imagen de Dios», también es «relación», pero incompleta e imperfecta. Ha de hacerse progresivamente en una relación de conocimiento, de respeto y de amor con todos los hombres, empezando por los más cercanos.

Sin embargo, uno de los peores dramas del mundo actual es la ruptura de los lazos entre los hombres. Se amontonan en las ciudades, los inmuebles, los transportes... pero frecuentemente se codean sin encontrarse en profundidad. De ahí la soledad de muchos, y muy especialmente de ciertos grupos como los ancianos, los enfermos, minusválidos, prisioneros... Es algo muy grave porque el hombre sin relación se marchita, se destruye lentamente, y puede morir de soledad.

Quien aguarda que alguien se le acerque «en lo más profundo de su soledad» a veces corre el peligro de esperar mucho tiempo. Si quiere vencer la soledad, que salga de él y *vaya hacia los otros*. Jesucristo lo acompaña porque ha venido para que en él toda la humanidad forme un solo cuerpo.

* * *

Jesús fue con ellos a un huerto llamado Getsemaní, y les dijo:

—Sentaos aquí mientras voy a orar un poco más allá.

Llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo; comenzó a sentir tristeza y angustia, y les dijo:

—Siento una tristeza mortal: quedaos aquí y velad conmigo.

Después, avanzando un poco más, se postró rostro en tierra y estuvo orando así:

—Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú.

Volvió donde estaban los discípulos y los encontró dormidos. Entonces dijo a Pedro:

—¿Con que no habéis podido estar en vela conmigo una hora? Velad y orad, para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil (Mt 26, 36-40).

*Queridos míos,
si Dios nos ha amado así,
también nosotros debemos amarnos unos a otros.
Nadie ha visto jamás a Dios;
si nosotros nos amamos los unos a los otros,
Dios permanece en nosotros,
y su amor ha llegado en nosotros a su perfección (1 Jn 4, 11-12).*

* *

Estoy solo,
solo, Señor, ¿me comprendes?
Y fuera están de fiesta.

He cerrado la radio,
que para mí con tanta frecuencia remeda una presencia,
y bruscamente el silencio
ha entrado en la habitación,
y la angustia solapada
se ha instalado en mi corazón.

Durante un momento he aguzado el oído
ante unos ruidos en la escalera,
me parecían pasos...
¿subía alguien?
Por qué esa loca espera
puesto que no espero a nadie,
... ¡y nadie vendrá!

Si tú quisieras, Señor,
me enviarías a alguien.
Tengo necesidad de alguien,
de una mano, Señor,
sólo una mano sobre mi mano
como se posa el pájaro en la rama;
de unos labios en mi frente
por el calor de un beso;
de una mirada,
una sola mirada desinteresada,
para demostrarme
que por lo menos existo para alguien;
de unas palabras, en definitiva,
y en esas palabras
los latidos de un corazón que se ofrece.

Pero no vendrá nadie.
Estoy solo,
solo.
Y fuera están de fiesta.

Sí, tú puedes hablarme, Señor,
te oigo en lo profundo de mi corazón.
Pero conozco tu canción,
la que me repiten los curas:
tú no estás solo, puesto que yo estoy contigo.
Sí, tú estás conmigo,
pero sin manos,
sin labios,
sin mirada y sin palabras,
y yo no soy un ángel,
puesto que me hiciste cuerpo.

¿No me dices nada, Señor?
¿Tampoco tú?
¿Estás enfadado?...

I Jurante mucho tiempo he caminado en mi prisión de soledad
y las palabras cruzadas,
atrapadas en su casillero,
no han podido encontrar la puerta
para hacerme salir,
prisionero como estoy, sin haberlo merecido.

Pero pienso de repente,
a menos que seas tú quien de nuevo me habla,
pienso que además de mí
otros languidecen en soledad.
Conozco algunos cerca
y conozco ese mundo duro
en el que millones de hombres,
cuerpos contra cuerpos apilados,
en los pisos o en medio de la masa
se codean,
se rozan,
tropiezan,
sin encontrarse jamás.

Algo que no quisiste, Señor,
tú que dijiste que habías venido
a *reunir a tus hijos dispersos*
y por tu vida hecha entrega
hacer de ellos una sola familia.

Mi sufrimiento ahora, Señor,
me habla ampliamente del sufrimiento de los otros,
y oigo sus lamentos,
más fuertes que los míos,
y comprendo por fin,
que sólo hay un remedio
para curar mi soledad:
ir hacia los otros
para curar la suya.

He encontrado mi vocación, Señor.
Yo, que con tanta frecuencia me siento cruelmente inútil
y capaz de tan poco,
pese a mi corazón tan grande,
seré en la Iglesia *artesano recogedor de puntos*:
intentaré apretar los lazos que se iban aflojando
y quizá consiga anudar de nuevo
los que estaban rotos.
Así recompondré un poco el tejido de familia,
porque dado que tú no tienes ya, Señor, en esta tierra,
ni manos, ni labios,
ni miradas, ni palabras,
yo me ofrezco como *suplente*
para todos los que igual que yo
necesitan de un cuerpo,
aunque sea un cuerpo senescente,
para decirles que no están solos
y que *Alguien les ama*.

Adiós, soledad mía.
Esta noche es tarde, pero mañana, Señor,
te lo prometo,
empezaré mi trabajo
con una visita a mi vecina.
Buenas noches, Señor...
Y puesto que una vez más
estoy huérfano de besos
y no tengo ninguno a mano,
mañana tendré uno a punto
para poder darlo.

La vida es bella, Señor, y hoy es Pascua

Jesús dijo a sus discípulos que tenían que «tomar su cruz» y seguirle. Pero hay que seguirle hasta el final. Y Jesús no se detuvo en el Gólgota ni en el sepulcro. Creemos que está vivo, resucitado. Llevados con él en su muerte —nuestra muerte al pecado— resucitamos con él, viviendo con una vida nueva, la suya.

Así como, en cierta manera, la pasión de Jesucristo no ha terminado, porque continúa en sus miembros sufriendo y muriendo cada día, se puede decir que la resurrección no ha alcanzado aún su plenitud. Pascua no es sólo un acontecimiento del pasado —el más grande acontecimiento de la historia—, cada día es Pascua cuando aceptamos, en Jesucristo salvador, el «paso» de la muerte al pecado a la vida que él nos ofrece.

Ciertamente, toda «ascensión humana» no supone automáticamente una entrada en el Reino, pero es misterio de creación que se desarrolla en Cristo, porque «en él fueron creadas todas las cosas... todo lo ha creado Dios en él y para él. Cristo existe antes que todas las cosas y todas tienen en él su consistencia» (Col 1, 16-17).

La humanidad crece en Cristo, en él resucita cada día y resucitará hasta el fin de los tiempos.

* *

Aquel domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos.

V presentó Jesús en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

) les mostró las manos y el costado.

Los discípulos, al verle, se llenaron de alegría.

Jesús volvió a decir:

—La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió a mí, así os envió yo a vosotros (Jn 20, 19-21).

Ya que habéis acogido a Cristo Jesús, el Señor, vivid como cristianos. Enraizados y cimentados en él, manteneos firmes en la fe, como se os ha enseñado, y vivid en permanente acción de gracias.

Porque es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad.

Habéis sido sepultados con Cristo en el bautismo, y con él habéis resucitado, por haber creído en el poder de Dios que le ha resucitado de entre los muertos (Col 2, 6-7.9.12).

Vosotros que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios (Col 3, 1).

* *

La vida es bella, Señor,
y quiero cogerla
como se cogen las flores en la primavera.
Pero sé, Señor,
que la flor sólo nace
al final de un largo invierno en el que ha reinado la muerte.

Perdóname, Señor,
que no crea mucho en la primavera de la vida,
porque la vida con demasiada frecuencia me parece
un largo invierno,
que no deja de llorar
hojas muertas
y flores caducas.

Aunque, con todas mis fuerzas
creo en ti, Señor,
sin embargo, tropiezo con tu sepulcro, y lo encuentro vacío.

Y cuando los apóstoles hoy me dicen
que *te han visto con vida*,
soy como Tomás,
necesito *ver* y necesito *tocar*.

Te pido, Señor,
me des suficiente fe
para esperar la primavera, en medio del duro invierno,
para creer en la Pascua triunfante
más allá del Viernes de muerte.

Porque, Señor, *¡tú has resucitado!*
¡Tú estás vivo!
Tú, el hermano mayor
solidario para siempre con todos nosotros;
tú que tanto nos amas,
que formas un cuerpo con nosotros,
sacándonos contigo de la muerte al pecado,
la verdadera muerte;
tú nuestra «cabeza»,
primer salido del vientre de la tierra,
primer hombre nacido para el cielo,
ahora arrastras hacia delante uno a uno a todos tus hermanos,
los *miembros* de tu cuerpo,
hasta que la humanidad entera por fin reunida,
sea introducida por ti,
contigo,
en ti,
en la Trinidad santa.

Señor, *¡tú has resucitado!*

Gracias a ti la VIDA
ha salido triunfante de la tumba.
El manantial en adelante jamás se secará,
vida nueva ofrecida a todos
para recrearnos para siempre,
hijos de un Dios que nos espera
para la pascua diaria
y la ALEGRÍA ETERNA.

Ayer era Pascua, Señor,
pero hoy también es Pascua,
cada vez que aceptando morir a nosotros mismos
contigo abrimos una brecha
en el sepulcro de nuestros corazones,
para que brote el Manantial y corra tu vida.
Y si tantos y tantos hombres
lamentablemente no saben
que tú estás ahí,
con su esfuerzo humano,
más tarde en tu luz, lo descubrirán.

Ayer era Pascua,
pero hoy también es Pascua,
cuando el niño comparte sus caramelos
tras haber luchado secretamente
para no quedarse con todos;
cuando el esposo y la esposa se abrazan de nuevo
tras una pequeña discusión o una penosa ruptura;
cuando los adversarios por fin tras un largo combate
firman el tratado de verdadera justicia;
cuando los investigadores encuentran el remedio salvador
y el médico reanima la vida
que sin él se apagaría;
cuando las puertas de la cárcel se abren,
terminada la pena,

y cuando en su celda el encarcelado
comparte los cigarrillos con sus compañeros;
cuando el hombre tras un largo esfuerzo
encuentra trabajo
y regresa a casa con un poco de dinero ganado;
cuando el periódico anuncia que la conferencia internacional
ha hecho que mejoren los problemas del mundo.

Es Pascua cada día,
mil y diez mil Pascuas,
pero, Señor, yo no acabo de saber
mirar a mi alrededor
y ver las flores de primavera
en vez de las hojas muertas.

No quiero esta noche, Señor,
al rezar,
lamentarme sin parar,
llorando mis pecados
y los pecados del mundo,
que te han llevado al sepulcro,
engendrando nuestra muerte.
No quiero detenerme, implorando tu perdón,
por todos esos encierros
y esos entierros,
que con demasiada frecuencia hacen que desespere de la vida.
Contigo, Señor,
no acamparé esta noche en el jardín de los olivos
para despertarme mañana
con una cabeza de viernes santo;
porque yo, que con frecuencia me exaspero
ante los aluluyas demasiados fáciles,
haré de mi oración esta noche
una profunda acción de gracias
por las piedras removidas,
por las salidas del sepulcro

y por esta nueva vida
que brota hoy bajo mis pies.

Sí, Señor, la vida es bella,
porque es tu Padre quien la hizo.

La vida es bella
porque eres tú quien nos la has devuelto
después de haberla perdido.

La vida es bella
porque es *tu propia vida* ofrecida por nosotros...

Pero tenemos que hacerla florecer
y yo debo ofrecerla por ti cada noche,
recogerla por los caminos de los hombres
igual que el niño que pasea
y coge las flores de los campos
para hacer un ramillete
que ofrece a sus padres.

La vida es hermosa, Señor,
hoy es Pascua.

En el tren de París, en el tren de la vida

¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Nos hemos embarcado en el «tren de la vida» sin saber en qué estación hemos subido y qué estación nos espera? Lamentablemente muchísimos hermanos nuestros lo ignoran. Y nosotros olvidamos con frecuencia que Jesucristo está presente en el tren, con nosotros.

Nuestro viaje nunca es un viaje solitario. Estamos en «un transporte público». En el tren de París, en un autobús, pero también en un piso, en una oficina, un equipo deportivo, en una «organización»... ¡es lo mismo! Podemos aislarnos buscando una tranquilidad artificial. Podemos también abrirnos a los otros y crear vínculos para que circule la vida. Finalmente, si hemos comulgado un poco con los otros, podemos en la oración conducirles con Jesucristo hasta la estación de llegada.

* *

Jesús le respondió (a Tomás):

Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí.

Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre.

Desde ahora le conocéis, pues ya le habéis visto (Jn 14, 6-7).

Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, porque tú me amaste antes de que el mundo existiese (Jn 17, 24).

Señor,
hace calor en el tren de París.
No pocos viajeros dormitan,
algunos leen.
Uno de mis vecinos hace crucigramas,
y muchos entrecruzan ruidosamente
palabras y risas.

Yo, contemplo el paisaje,
que huye a nuestra espalda
antes de que pueda hacerme con él.
Así es la vida.
Pienso.

He escogido cuidadosamente un asiento para estar solo,
si hubiese alguien a mi lado estorbaría mis movimientos,
y si él sonriese tendría que sonreír,
y si me hablase tendría que responder.

Aquí estoy,
encerrado en mi cuerpo,
encerrado en mi cabeza,
encerrado en mi corazón.
Veo a los otros, pero no quiero mirarles,
les oigo, pero no quiero escucharles.
Quiero estar solo.
Tranquilo.

Ahora me dispongo a leer.
¡No hay que perder tiempo!
Pero, he aquí que tú, Señor,
me haces una señal.
Estás ahí también,
viajando en todos mis viajes,
acompañándome discretamente,
y yo como enamorado llevado por la costumbre,
una vez más
olvidaba tu presencia silenciosa.

Estás ahí, y poco a poco me abres los ojos,
me abres los oídos,
me despiertas suavemente
como se despierta a un niño que quiere seguir durmiendo.
¿Por qué no me dejas en paz,
Señor?
¿Es preciso ver a los otros constantemente,
oír a los otros,
pensar en los otros?
¿Y yo?
¿Quién pensará en mí si no pienso yo?...
¿y mi libro?...
empecé a leerlo hace tiempo,
¡y querría terminarlo!
Es un buen libro, Señor,
me brinda buenas ideas,
ideas para mi mente,
que dan vueltas y vueltas
y que alimentan el espíritu,
y buenos sentimientos
que nutren mi corazón.
Te aseguro, Señor, que leyéndolo
no pierdo el tiempo...
Pero sé que lo pierdo discutiendo contigo.
Es inútil insistir,
tú siempre tienes razón.

He cerrado el libro y he abierto los ojos.
Saliste con la tuya, Señor.

...Ya no estoy solo,
y tampoco estoy tranquilo.
Ahí están mis vecinos,
y los vecinos de mis vecinos,
los de mi departamento,
de mi vagón, y los otros.

Están ahí vivientes,
 en carne y hueso,
 en risas, en palabras,
 en silencios,
 cargados de alegrías y de penas,
 mil libros abiertos, para mí,
y cada uno es un capítulo...
Ahí están, embarcados en el mismo tren,
 para el mismo viaje,
avanzan conmigo, al mismo ritmo,
 juntos durante dos horas,
 y hacia el mismo destino.

Así es el tren,
así es la vida.

 Una mirada,
 una sonrisa,
 una palabra,
y he conectado con lo que no quería conectar
y he vuelto a anudar lo que no quería anudar.

Ahora estoy con ellos, Señor,
 en medio de ellos,
 uno de ellos.
Los acojo por fin,
y hoy te los presento
 presentándome a ti,
 yo con ellos,
 ellos conmigo,
y el domingo, te los ofreceré
en tu eucaristía,
 donde todos los trenes convergen
 hasta la estación de la eternidad.

Así es el tren,

así es la vida.

Pero, Señor,
mis compañeros ¿no están, ellos también,
ciegos y sordos?
Embarcados un día sin que lo hayan solicitado,
muchos de ellos no conocen
ni el sentido ni la meta del viaje.
Avanzan
en el tren de la vida.

Querría decirles a dónde vamos,
querría decirles que el camino es hermoso,
aunque sea difícil,
y que lo sería menos
si estuviéramos juntos, UNIDOS.
Querría decirles que no estamos solos,
puesto que tú has querido viajar con nosotros,
pero que hemos de conocerte,
reconocerte y seguirte,
a ti que dijiste:
Yo soy el camino.

#

Ten confianza, hijo mío, dice el Señor.
Hoy tenía necesidad de ti,
de tus ojos abiertos,
de tus oídos abiertos,
y de tu corazón abierto.
Tenía necesidad de un sí
aunque sólo fuera el tuyo,
para que estuvierais todos unidos.
Tenía necesidad de un sí
aunque sólo fuera el tuyo,
para tomar los mandos y conducir el tren,

*y que el viaje no fuera un viaje
que no lleve a ninguna parte.*

*Es verdad, por desgracia, que muchos viajeros,
en el tren de París,
en el tren de la vida,
habrán hecho el viaje sin haberme encontrado.
Habéis abierto tantos y tantos túneles
en las vías de los hombres
que avanzan a oscuras
sin verse y sin verme,
y vuestra luz, la de mis amigos,
la de mis discípulos,
con excesiva frecuencia está oculta para poder iluminarles.*

*Pero puesto que he venido a tomar el tren con ellos,
puesto que por fin tú has aceptado verme
y verles,
acogerles
y presentármelos,
te digo, que un día en mi LUZ,
muchos me reconocerán,
cuando llegados a la estación,
deslumbrados exclamen:*

¡ESTABA AHÍ!

y viéndome griten:

¡ERAS TU, QUE ESTABAS CON NOSOTROS!

*En el tren de París,
en el tren de la vida,
yo estoy con ellos,
pero te necesito.*

Mis amigos me han dicho: «¿vienes a tomar una copa?»

Los hombres necesitan encontrarse. «Tomar una copa» es uno de los gestos más socorridos.

Detrás de esta búsqueda de la amistad se esconde una sed más profunda que la busca de una satisfacción legítima y humana. El hombre tiene necesidad de Dios y tiene sed de un agua que refresque su corazón. Jesucristo nos ofrece el «agua viva», su vida, que brotará para nosotros y para nuestros hermanos hasta la eternidad.

Tendríamos que acercarnos con más frecuencia a beber en ese manantial.

* *

Jesús replicó a la samaritana:

—Todo el que bebe de este agua, volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial del que surge la vida eterna (Jn 4, 13).

Hubo una boda en Cana de Galilea.

La madre de Jesús estaba invitada. También lo estaban Jesús y sus discípulos.

Se les acabó el vino, y entonces la madre de Jesús le dijo:

—No les queda vino.

Jesús le respondió:

—Mujer, deja de intervenir en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

—Haced lo que él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra, de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. Jesús dijo a los que servían:

—Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. Una vez llenas Jesús les dijo:

—Sacad ahora un poco y llevádselo al responsable de la organización de la fiesta.

Ellos cumplieron sus órdenes.

El organizador responsable de la fiesta degustó el vino sin saber su procedencia; sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua (Jn 2, 1-9).

* *

Mis amigos me han dicho:

«¿vienes a tomar una copa?»

Y he pensado, Señor, en las innumerables invitaciones,
renovadas cada día:

«¡Vamos a beber algo!»,

«¿Qué quieres que te sirva?»,

«Venga, ¡vamos a mojar mi cumpleaños!»,

«Y ahora... ¡bebamos la copa de la amistad!»

Beber, beber siempre...

Señor, ¿es que los hombres siempre tienen sed?

Tienen sed, lo sé.

Quizá a veces, sed en su cuerpo,

pero sobre todo en su corazón.

Hombres solitarios

que buscan la compañía de sus hermanos,

oír palabras,

risas en cascada para ahogar sus penas,

miradas cruzadas, divertidas o cómplices,

gestos que les *lleguen al corazón*,

para saber *que existen*
y que se les reconoce,
para experimentar, *sentir*
que a través de esa red de vínculos,
creados en un instante,
circula un poco de vida que da calor y une.

Tienen sed.
Invitan a beber,
pero la sed no se apaga.
Mañana, empezarán de nuevo.

Yo también tengo sed, Señor,
sed de vida compartida.
Pero sé que mi sed humana oculta otra sed:
la de TU VIDA en mi vida.
Te busco, Señor,
pero con demasiada frecuencia
lejos, muy lejos,
siendo así que tú me esperas muy cerca,
... tan cerca, que no te veo.
Y sin embargo tú me dijiste:
«El que guarda mi palabra,
mi Padre le amará, yo lo amaré,
y vendremos a él
y *haremos nuestra morada en él*» (Jn 14, 23).

¿Por qué, Señor,
por qué con tanta frecuencia
camino solo en mi árido desierto,
con los miembros resacos
y las manos vacías de frutos,
por qué vivo sin vida,
cuando tú me ofreces la tuya?

Concédeme, te suplico,
oír con más frecuencia
más allá del ruido de mis días
tu silenciosa invitación.
Porque tú, también, Señor, me das de beber.
Me das de beber agua
que me quitará la sed para siempre.

Y puesto que me aguardas junto a mi corazón
como un día a la samaritana junto al pozo de Jacob,
ojalá pueda sumergirme frecuentemente,
muy frecuentemente,
en lo más profundo de mí,
y llegar a la FUENTE
y beber en esa FUENTE
que nunca se seca.

Se me quitará entonces la sed, Señor,
quedaré renovado,
mis aguas profundas purificadas,
y mis palabras y mis gestos refrescados.
Y podré volver a mis hermanos
para beber con ellos la copa de la amistad.
Ya no iré *de mala gana*,
lamentando el tiempo perdido,
sino a *corazón abierto*,
corazón vivificado, saciado de tu VIDA.

Yo también
proferiré gritos, risas, miradas y gestos,
y si al despedirme dicen mis amigos:
«Muchas gracias, hemos pasado un rato delicioso juntos»,
te ofreceré, Señor, este agradecimiento,
porque gracias a TI, por mi medio,
habrán podido saborear
unos sorbos de tu AGUA VIVA.

Señor, temo por el hombre, porque crece demasiado aprisa

Estamos orgullosos de los maravillosos descubrimientos científicos y técnicos de los sabios de hoy, pero nos estremecemos a veces ante su creciente poder. ¿A dónde vamos? El hombre orgulloso ¿no se convierte en un aprendiz de brujo que, manipulando el universo y la vida misma, terminará por destruirse?

Sin embargo, la hermosa y cautivadora vocación del hombre consiste en continuar la creación del mundo y de la humanidad. Al comienzo, Dios le confió esta tarea. Pero él no es dios y «creador», sino «con-creador» con Jesucristo «por quien todo fue hecho y sin él nada se hizo».

El filósofo Bergson pedía hace tiempo para nuestro mundo «un suplemento de alma». A medida que crece el hombre y su responsabilidad, se precisa también un «suplemento de amor» en Cristo Jesús.

* *

Es cierto que algunos anuncian a Cristo movidos por la envidia y la rivalidad, pero otros lo hacen con recta intención. Estos lo hacen por amor sabiendo que se me ha encargado la defensa del evangelio; aquellos, en cambio, anuncian a Cristo haciéndome una competencia desleal y creyendo aumentar así la dureza de mi prisión (Flp 1, 15-17).

La creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Condenada al fracaso —no por propia voluntad, sino

por aquel que así lo dispuso—, la creación vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente (Rom 8, 19-22).

* *

Una vez más, Señor,
al escuchar la radio,
me entero que el hombre lleva a cabo,
por primera vez,
una de las maravillas que ayer
nadie podía imaginar
que pudiera conseguirse un día.
Y ya no sé, Señor,
si he de admirar el poder del hombre,
o temblar ante él,
incluso a veces condenarle.

Porque los hombres han descubierto y dominado
la prodigiosa energía escondida en la materia.
Lanzan al espacio centenares de satélites,
exploran los planetas,
se preparan para habitarlos.
Inventan y fabrican instrumentos
que calculan
y realizan en unos minutos
lo que miles de cerebros humanos
serían incapaces de conseguir en miles de horas.
Trasplantan miembros nuevos
en cuerpos gastados.
Hacen nacer niños en el fondo de una probeta
y pronto, a su antojo,
conseguirán modelar su rostro.
Guardan la vida en conserva,
y harán que florezca

cuando lo decidan
y como quieran.
Hacen... siguen haciendo...
y harán mucho más...
y descubrimos estupefactos
que el hombre logra hacer
lo que creíamos
que sólo Dios podía hacer,
y que aún ayer le pedíamos
con inútiles plegarias.

El hombre es tan grande,
Dios mío,
y tan grande su poder,
que de ahora en adelante ocupa tu lugar,
relegándote al cielo...
¿un cielo que cada día se aleja más?
¿El hombre es un dios,
sin saberlo hasta ahora,
pero que al crecer,
descubre por fin su verdadera identidad?

Algunos lo piensan y lo dicen
y no puedo creerlo,
pero temo por el hombre,
porque crece demasiado aprisa.

Y sin embargo creo...

Creo que ningún sabio de este mundo,
nunca,
cualquiera que sean sus máquinas,
sus cálculos
y los cálculos de sus máquinas,
descubrirá de dónde viene el *tren de la vida*¹,

1. Ver «En el tren de París, en el tren de la vida», pág. 95.

a dónde va,
quiénes son los viajeros embarcados
y hacia qué misterioso viaje.

Creo también que los mayores sabios,
como todo hijo de vecino,
Señor,
buscan alguien que les ame
y a quien puedan amar,
porque sin pan,
sin agua,
quizá puedan un día hacer que vivamos
mucho mejor y mucho más tiempo,
pero nunca podrán hacer
que un hombre pueda crecer sin amor
...y el amor,
nunca lo podrán fabricar.

Creo, finalmente, que los mayores sabios,
como todo hijo de vecino,
lloran cuando se les muere un hijo,
aunque hayan conseguido retrasar su muerte
durante mucho tiempo.
Y creo que también ellos buscan en la noche,
si algo de él
vive en alguna parte,
...pero ninguno de sus colegas se lo dirá jamás,
porque no lo saben
y su ciencia nunca se lo enseñará.

Señor, ¿qué haremos mañana,
si orgullosamente
el hombre se aleja de ti
y... te pierde de vista?
¿Si algunos, cada día más numerosos,
terminan incluso por creer que eres inútil

... y, otros, que no existes?
¿Quién nos enseñará la verdad sobre nosotros,
si no eres tú,
tú que dijiste:
Yo soy la verdad...
la luz del mundo...
El que viene a mí
no caminará a oscuras? (Jn 8, 12)
¿Quién podrá recibirla
puesto que tú nos dijiste también
que la verdad nunca
será una conquista de la ciencia ni de los sabios,
sino que sólo es accesible
para quienes tienen corazón de pobre? (Mt 11, 25)

¿Cómo el hombre, que ha llegado a ser tan grande,
podrá acceder a ponerse de rodillas
para acoger esta verdad
en la noche de la fe?

Sí, Señor, temo por el hombre,
porque crece demasiado aprisa.

*

Hijo mío, dice el Señor,
la ciencia no es un mal.
No tenéis que tener miedo de buscar
y descubrir los secretos de la materia
y de la vida.
Ver cómo crecéis es la gloria del Padre,
vuestra obligación de hombres consiste
en hacer todo lo posible
para crecer lo más posible.
Pero no olvidéis nunca que vuestro espíritu

*aunque se desarrolle prodigiosamente,
siempre permanecerá limitado.
Sólo vuestro corazón puede abrirse hasta el infinito
abriéndose a mi VIDA,
y sólo mi VIDA puede hacer que lleguéis a ser,
no como dioses (Gen 3, 3-5),
sino verdaderos hijos de Dios.*

*No temas ya por el poder de los hombres
que crece prodigiosamente.
El padre del cielo
no tiene envidia de la grandeza de sus hijos,
porque al crear a los hombres creadores,
quiso desde siempre
compartir su poder con ellos.*

*Mira, no es el poder
lo que hay que temer,
sino lo que hacen y harán con su creciente poder.
Porque si su espíritu
se enriquece con conocimientos,
sin que su corazón
se enriquezca aún más de mi amor,
entonces construirán de nuevo otras torres de Babel
para llegar hasta el cielo (Gen 11, 4-8)
que se vendrán abajo
y ellos se matarán entre sí.*

*Hijo mío, ¿temes el sufrimiento
para ti y para tus hermanos,
fruto del orgullo del hombre?
Te comprendo,
yo mismo lo padecí,
pero cargué con este sufrimiento.
No dudes de la victoria final,
porque yo vencí al mundo.*

Estoy lejos de darte, Señor, el lugar que te corresponde

Somos sinceros al pensar que si los hombres quieren construir el mundo y desarrollar la humanidad sin Dios, están abocados al fracaso. Pero, nosotros mismos ¿qué lugar le dejamos *en nuestra vida*? ¿Es Jesucristo quien da todo el sentido a nuestra existencia? ¿Podemos decir que el evangelio ilumina plenamente nuestro caminar de cada día? El tiempo que ofrecemos al Señor, ¿no es con frecuencia el que nos queda —si es que queda— una vez cumplidas nuestras «obligaciones»? Y al educar a los hijos, ¿qué prioridades elegimos para su vida?

No estaría mal ponernos de vez en cuando delante de nuestra vida y delante de Cristo, para oír que nos dice: «¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su vida?» (Mt 16, 26).

* *

Les dijo una parábola:

—Había un hombre rico que tuvo una gran cosecha en sus campos.

Entonces empezó a pensar: «¿Qué voy hacer? Porque no tengo donde meter la cosecha. Bien —dijo— haré esto: derribaré mis graneros, construiré otros más grandes, meteré en ellos todas mis cosechas y mis bienes, y me diré: Bien: ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y pásalo bien».

Pero Dios le dijo: «¡Insensato! Esta misma noche te van a arrancar la vida. ¿Para quién va ser todo lo que has acumulado?»

Así es el que atesora para sí, en lugar de enriquecerse en Dios (Le 12, 16-21).

*Vosotros sois la sal de la tierra.
Pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?
Para nada vale, sino para tirarla fuera, y que la pisen los hombres
(Mt 5, 13).*

* *

Ya te lo dije, Señor:
temo que el hombre
al hacerse *omnipotente* por la ciencia
acabe por olvidarte,
y poco a poco se destruya a sí mismo
al prescindir de ti¹.
Pero pienso hoy que *en mi vida*
concretamente
estoy lejos de darte, Señor,
el lugar que te corresponde.

Dedico tiempo a instruirme,
a informarme y formarme,
porque echo de menos a veces
no *saber* más.
Leo libros,
algunos profundos...
y otros mucho menos.
Ojeo periódicos y revistas.
Escucho la radio,
miro la televisión...
No me faltan razones para hacerlo.
Hay que estar *al corriente*
y en buena forma en este mundo exigente...
Es necesario para *vivir bien*

1. Ver «Señor, temo por el hombre, porque crece demasiado aprisa», pág. 105.

y sacar adelante la familia.
Y encuentro tiempo,
dedico mucho tiempo,
del que me queda para vivir.

Pero ¿para ti, Señor,
para estar *al corriente* de ti,
para *informarme* de ti,
para *mejor vivir* de ti?
Tú, Señor, quedas... para después,
...¡para cuando me quede tiempo!

¿Y mis hijos, Señor?
Quiero que triunfen en la vida,
pero ¿con qué triunfo?
Que aprendan *primero*,
tanto como yo,
o más que yo.
Se lo pido,
lo exijo...
y a veces les castigo.
Les fijo objetivos prioritarios:
este año tienes que pasar de clase,
este año tienes que aprobar,
no estoy en contra de que
pertenezcas a un movimiento,
vayas a una convivencia el fin de semana,
hagas un retiro espiritual...

Pero... luego.

Así es, Señor, como vivo en concreto
y como actúo con mis hijos.
Y me espanta la hipócrita distancia que media
entre lo que pienso,
lo que digo
y lo que *vivo*.

Señor,
que viniste
a *revelarnos* el secreto de la vida
y el camino de amor que conduce a la felicidad,
aumenta en nosotros el deseo de encontrarte
para conocerte mejor
y el hambre de conocerte mejor
para mejor seguirte y servirte.
Haznos *buscadores* de Dios
no sólo con la inteligencia
sino también con el corazón.
Ayúdanos a *encontrar tiempo para ti*,
no sólo un tiempo arrancado
a las futilidades que lo ocupan,
sino un tiempo inédito,
un tiempo nuevo,
como el enamorado lo descubre de pronto
para un amor que surge de repente
en su vida repleta.

Señor, concédenos
a nosotros padres
que hemos dado la vida a nuestros hijos
sin que nos la pidieran,
la ambición primera de hacerles comprender
que esta vida no es un regalo
para consumir sólo por placer
sino un tesoro que hay que hacer fructificar
para poder darlo.
Ayúdanos a transmitirles el gusto por el estudio,
no para que *triunfen*
ni para conseguir más dinero,
sino porque *son responsables delante de Dios*
de los dones que han recibido
y que han de desarrollar

para mañana
servir mejor.

Danos mucha fe verdadera
para hacer que descubran
que *la religión* no es una lección
que se aprende o se sabe de memoria,
o un reglamento que hay que cumplir
para vivir con más tranquilidad,
sino Alguien a quien hay que encontrar,
a quien hay que conocer,
a quien hay que amar.

Ayúdanos, Señor, te lo suplico,
porque si desgraciadamente
les enseñamos *falsas razones para vivir*
les orientaremos por caminos sin salida.

Conseguirán quizá
recoger algunos placeres engañosos,
pero nunca encontrarán la verdadera FELICIDAD
para la que han sido creados.

Ayúdanos, Señor
porque, ¿para qué sirve,
nos dijiste,
ganar todo el mundo si se pierde la vida?
Y ¿para qué sirve ayudar a los hijos
a *conquistar* el mundo
si pierden la suya?

Señor, anoche no cerré bien el grifo de la cocina

Una vida espectacular a base de actuaciones de película no supone obligatoriamente que se trate de una existencia lograda. Teresa del Niño Jesús, entre otros, mostró en cambio que una vida oscura, tejida de minúsculas pequeñas cosas, podía llevar a la santidad, y brillar hasta los confines del mundo. La Iglesia la declaró patrona de las misiones.

Con frecuencia necesitamos un gran esfuerzo para no «soñar» con acciones extraordinarias y hacer a conciencia lo que tenemos que hacer. Soñar la vida no es lo mismo que vivirla.

Es Dios quien da a nuestra existencia, si estamos disponibles, su dimensión de infinitud.

* *

Decía Jesús:

—Sucedee con el reino de Dios lo que con el grano que un hombre echa en la tierra. Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo.

La tierra da fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.

Y cuando el fruto está a punto, en seguida se le echa la hoz, porque ha llegado la siega (Me 4, 26-29).

Una mujer samaritana se acercó al pozo a sacar agua. Jesús le dijo:

—*Dame de beber.*

La samaritana dijo a Jesús:

—*¡Cómo! ¿No eres tú judío? ¿Y cómo te atreves a pedir agua a una samaritana?*

Jesús le respondió:

—*Si conocieras el don de Dios y quién soy yo que te pido de beber, sin duda que tú misma me hubieses pedido a mí y yo te daría agua viva.*

Contestó la mujer:

—*Pero, señor, ni siquiera tienes con qué sacar el agua, y el pozo es hondo. ¿Cómo puedes darme «agua viva»?*

Jesús replicó:

—*Todo el que bebe de este agua, volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial del que surge la vida eterna (Jn 4, 7-13).*

* *

Señor, anoche
no cerré bien el grifo de la cocina.
El lento goteo
que normalmente cae en el fregadero
no supone nada.
¿Qué representa una pequeña gota de agua?

Pero por la mañana encontré la pila llena,
que ha rebasado durante la noche.

Tú sabes, Señor, que me desespero
ante los mil gestos repetidos de mi vida de cada día.
Tantas y tantas *pequeñas cosas* como hay que hacer,
en casa,
en el trabajo,
en mis *compromisos*,
pequeñas cosas que parecen insignificantes,
inútiles,

en comparación con *todo lo que habría que hacer*,
en comparación con lo que hacen *los grandes personajes*
de los que hablan los periódicos
y que salen en la televisión
porque hacen *grandes cosas*.

Señor,
puesto que por los acontecimientos me invitas
a vivir sin ruido
allí donde estoy,
ayúdame a ser fiel,
como María tu madre, que no hacía grandes cosas
pero hacía cada día
muy bien las cosas pequeñas.
Y así llenaré mi vida
con miles de gotas de agua minúsculas
pero colmadas.
Mi vida será fecunda.
Porque aún de noche brotará
—en la noche de mis días
y en la noche de mis noches,—
desbordará
fuera de mi corazón que no quiere retenerla.
Y la tierra agostada
volverá a florecer a mi alrededor
y mis prójimos que tienen sed
beberán en mi vaso
porque las gotas de agua de mi vida,
se convertirán por ti, Señor,
en manantial de AGUA VIVA.

He contemplado largo rato, Señor, los rostros de los hombres

El hombre es unidad de cuerpo y espíritu. Y creemos que Dios nos ha hecho «a su imagen y semejanza». Por tanto, el hombre «entero», cuerpo y «alma», es reflejo de Dios, y en él especialmente el rostro, misterioso exponente de su ser más profundo.

Dios habló en el Antiguo Testamento, pero nadie le «vio» jamás (Jn 1, 18). Pero un día Dios tuvo ROSTRO. Un rostro como nosotros, hecho de la misma tierra. Desde entonces podemos decir en cierta manera que si Dios nos ha hecho «a su imagen y semejanza», él a su vez, en su hijo Jesús, se hizo «a imagen y semejanza del hombre».

Más aún, por su amor, Jesucristo «incorporó» a sí mismo a todos los hombres. Nos hemos convertido, como dice san Pablo, en «miembros de su cuerpo». Nos ha dado su vida en nuestra vida, y nuestra vida, no lo olvidemos, es nuestro espíritu y *nuestro cuerpo* unidos. Somos los hermanos de Jesús. De la misma familia. *No es de extrañar que nos parezcamos*. No por los rasgos particulares de nuestro rostro —Jesús era de raza judía— sino por el «aire de familia», esa misteriosa luz en la que consiste la verdadera belleza. Este parecido, hemos de acrecentarlo en nosotros, en nuestros hermanos, acogiendo cada vez más, por Jesús, la vida de Dios, nuestro Padre. Entonces pasaremos de un rostro anónimo —a veces incluso desfigurado— a un rostro transfigurado, y un día a un rostro resucitado.

Y ahora, en la tierra, Jesucristo no tiene más rostro que el nuestro y el de nuestros hermanos.

*Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...
y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre
y mujer los creó (Gen 1, 26-27).*

*Cristo es la imagen del Dios invisible,
el primogénito de toda criatura.
En él fueron creadas todas las cosas,
las del cielo y las de la tierra (Col 1, 15-16).*

*El ojo es la lámpara del cuerpo.
Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo está iluminado.
Pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo está en tinieblas.
Y si la luz que hay en ti es tiniebla,
¡qué grande será la oscuridad! (Mt 6, 22-23).*

*Iba a ponerse en camino cuando se le acercó uno corriendo, se
arrodilló ante él y le preguntó:*

—Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?...

Jesús fijó entonces en él la mirada, le tomó cariño y le dijo:

—Una cosa te falta:

vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres;

tendrás un tesoro en el cielo.

Luego ven y sígueme (Mt 10, 17.21).

* *

He contemplado largo rato, Señor,
los rostros de los hombres,
y en los rostros los ojos,
y en los ojos la mirada,
lenguaje más profundo que las palabras y los gestos.
Vuelvo a ti deslumhrado y lleno de satisfacción,
pero cada vez más ávido.

Rostros,
libros abiertos donde he aprendido tanto,
y tanto he recibido de mis hermanos,
mi alimento,
mi comunión,

rostros únicos, obras privilegiadas,
que ningún disfraz,
ni las faltas,
ni las heridas
han podido desfigurar definitivamente
a los ojos de quienes saben mirar.
¿De qué misteriosa pasta habéis sido hechos,
para que en vuestros surcos estén inscritas
las brisas y las tempestades,
las lluvias o el sol,
vidas al aire libre
o vidas escondidas?

He admirado, Señor,
la arquitectura de los rostros,
catedrales,
capillas
o discretos oratorios,
y a través de ella he conocido las riquezas
y las pobrezaas del artista,
que desde dentro las modelaba
con cada uno de sus pensamientos
y con cada uno de sus gestos.

He sufrido cruelmente ante los rostros estropeados,
desfigurados,
midiendo la hondura de los dolores ocultos,
los solapados ataques del mal.
He visto algunos de esos rostros perdidos,
a la deriva,
azotados por la lluvia tormentosa,
mientras que en otros sólo he podido recoger
algunas lágrimas escurridas
de torrentes ocultos.

He bebido a grandes sorbos
la luz de rostros iluminados por el sol
y mi sed se ha saciado.
Pero he esperado mucho tiempo,
como centinela que aguarda la aurora,
que apuntara una sonrisa en rostros taciturnos.
He recorrido las arrugas
de rostros ancianos,
senderos,
avenidas o grietas,
para encontrar las huellas
de alegrías y penas,
que han moldeado la arcilla de tantas vidas humanas.
Y vuelvo a ti,
deslumbrado y colmado,
pero cada vez más ávido.

¿Por qué, Señor,
por qué me siento fascinado hasta tal punto?
¿Y por qué he emprendido tan frecuentemente
esas largas peregrinaciones
hacia el santuario de los rostros?

Comencé, Señor,
lo confieso, llevado por la curiosidad.
Los libros nos revelan tan poco de los misterios de la vida,
que hay que buscar en otro sitio
la luz que nos obsesiona.

Presentía un tesoro oculto
en esa arcilla de la que estamos amasados,
polvo,
tierra viviente,
habitada.
Tierra mezclada de espíritu,
hasta tal punto que ya no se sabe,

en esos cuerpos, en esos rostros,
dónde está la tierra,
dónde está el espíritu.
Tan desposados están el uno con la otra.

Buscaba la VIDA, Señor,
más allá de la armonía,
de las formas y de los colores.
Buscaba la «persona»
más allá de todos los personajes.
Y más allá de las personas buscaba,
insondable misterio,
buscaba...
y bruscamente me di cuenta
que mi hambre de rostros era hambre de Dios.
*...Te buscaba, Señor,
y tú me hacías una señal.*

¿Es posible, Señor,
que algunos creyentes
que sinceramente querrían encontrarte
con frecuencia se pierdan todavía,
elevando los ojos hacia las nubes,
cuando podrían cada día descubrirte
al cruzarse con sus hermanos por los caminos de la tierra?
Porque desde que tú viniste a vivir entre nosotros,
Dios, amasado con la misma arcilla que nosotros,
Dios que se ha hecho ROSTRO en Jesús nuestro hermano,
*nadie puede encontrar al hombre
sin descubrir en él algo de ti.*

Tú, el niño de Belén,
en el rostro de los niños,
sonriente o lloroso.
Tú, perdido en el templo,
en el rostro de los adolescentes

que ya no saben
si son hombres o niños.
Tú, el tentado en el desierto,
en el rostro de los hombres atormentados,
divididos,
desgarrados
por el mal siempre presente.
Tú, el transfigurado,
en los rostros de los hombres que oran.
Tú, el condenado desfigurado,
en el rostro de los hombres torturados,
gimiendo bajo los golpes,
los golpes al cuerpo,
los golpes al corazón.
Tú, el resucitado,
en el rostro de quienes
están totalmente poseídos por el amor
y que brilla cantando el aleluya de Pascua.

Yo quisiera, Señor,
proseguir fielmente
esta peregrinación inacabada
hacia el rostro de mis hermanos,
hasta el día de ALEGRÍA
en que contemplándolos por fin a todos en tu LUZ
te contemple a ti.
Pero es preciso todavía
contigo,
caminar larga, duramente,
y conocerte mejor
para reconocerte mejor
en el rostro de mis hermanos.

Dame, Señor,
la gracia de respetar los rostros,
de no desfigurarlos nunca

tratando de acaparar para mí
la belleza pasajera
o recoger al borde de su carne viviente
los frutos que maduran para otros.

Dame la gracia de no cerrar nunca los ojos
ante rostros de colores extraños,
ante rostros oscuros o repelentes para mí.
Y que en mi corazón nunca desespere,
y menos aún condene,
cuando el orgullo,
el egoísmo o el odio
labren sobre algunos rostros
máscaras gesticulantes para carnavales de muerte.

Dame, en cambio, Señor, el valor
de no detenerme nunca en las orillas de los rostros,
orillas atrayentes
o tristes terrenos baldíos,
sino que peregrino del más allá,
franqueando las fronteras de lo visible,
sepa llegar
hasta la clara fuente de la vida,
allí donde en el lago apacible de los corazones,
tu imagen, lentamente se dibuja.

Dame, sobre todo, Señor,
la gracia de mirar los rostros
un poco como tú
los mirabas antaño
según tu evangelista decía de ti:
fijó en él la mirada y le tomó cariño.

Concédeme, Señor,
un poco de tu infinita ternura,
aunque sólo sea un poco, por favor,

Y mi mirada sobre los rostros
será como caricia que reanima.

Concédeme, Señor,
un poco de tu pureza,
y mi mirada sobre los rostros
será como zafiro sobre cera blanda
y despertaré canciones desde hace mucho dormidas
y haré que salgan gritos largo tiempo encerrados,
y las lágrimas correrán,
las sonrisas florecerán,

y yo

oiré cómo cantan o lloran los rostros,
y, misterio inefable,
te oiré, Señor,
que me invitas a cantar o a llorar
con ellos,
contigo, Señor.

Señor, hazme reír

Muchos cristianos piensan que reír en la iglesia es una falta de respeto. En cambio, llorar no está mal, e incluso está bien visto. ¿Por qué lo uno y no lo otro?

No se trata de confundir distracciones ruidosas, risas nerviosas —que con frecuencia no son más que vanas tentativas para huir de uno mismo, de los otros y de la dureza de la vida de cada día— con la alegría sana que se expresa y estalla en risa tonificante.

¿Por qué no expresar a veces la alegría de ser cristiano? Frecuentemente ofrecemos a nuestros hermanos rostros serios, preocupados. Nuestras eucaristías son tristes, dicen los jóvenes. Generalmente se aburren. Y no les falta razón.

Estar siempre alegre no es fácil. ¿Es posible en la tierra? Pero no es imposible acoger a corazón abierto ciertos momentos de verdadera felicidad y compartirlos con los hermanos.

Para oír una risa clara que estalla y se abre como castillo de fuegos artificiales en la última noche de las fiestas... hay que acudir a un convento de religiosas a la hora del recreo. Y contemplar los rostros. Escuchar. ¿Por qué?

¡Y si fuera Jesucristo, totalmente acogido en un corazón puro, quien nos diera... ganas de reír!

* *

*Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,*

*lo que hemos contemplado
y han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida,
—pues la vida se manifestó y nosotros la hemos visto
y damos testimonio,
y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre
y se nos manifestó—,
lo que hemos visto y oído os lo anunciamos
para que también vosotros estéis en comunión con nosotros.
Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesu-
cristo.*

*Os escribimos estas cosas
para que vuestro gozo sea completo (1 Jn 1, 1-4).*

*Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores (Sal 99).*

* *

No sé por qué, Señor,
al rezar esta mañana
bruscamente me he dado cuenta
de que nunca te había imaginado
riendo.

Riendo con verdadera risa sonora que produce eco
en ondas sucesivas,
hacia los otros que la acogen,
ricos con esta alegría entregada.

Te imagino apacible
y a veces con una discreta sonrisa,
pero sobre todo serio y grave
y llorando a veces.

Y tú sabes, Señor, que me hace feliz
saber que a veces lloraste.

Pero tus evangelistas no juzgaron oportuno decirnos
que un día en tal o cual circunstancia
reiste con ganas.

Y lo siento.

También te veo, Señor, hermoso, luminoso,
transfigurado por la oración,
o con los ojos brillantes de cólera,
fustigando a los hipócritas de la moral
y de la religión.

Te veo desfigurado,
temblando de soledad y de miedo,
ensangrentado por la tortura.
Pero estallando de risa... ciertamente no.

Y sin embargo tú reías, estoy seguro.
Aunque las almas piadosas piensen,
quizá,
¡que es poco edificante!

Tú reías, de niño, en Nazaret,
cuando jugabas en la plaza con tus compañeros.

Tú reías, adolescente, con tus primos,
en la caravana, volviendo del templo.

Tú reías con tus discípulos,
en las bodas de Cana en Galilea
y cantabas,
y bailabas si los otros bailaban.
Pero luego...
¡me cuesta imaginarlo!...

He buscado por qué.
Creo haberlo encontrado...
es debido *¡a mi falta de fe!*

Sin gran dificultad,
creo que tú eres Dios.
Tu Padre me lo ha inspirado,
estoy seguro,
porque tú nos dijiste que por uno mismo
no se puede creerlo,

y te doy gracias por este regalo maravilloso
que transforma mi vida.
Pero, lo confieso,
no me resulta fácil
creer que tú eres hombre.
No un superhombre, un hombre.
Un hombre verdadero.
Y que no has jugado a hombre,
disfrazado de hombre,
para dar la impresión de estar con nosotros,
solidario con toda nuestra vida.

Y sin embargo, Señor,
si me cuesta creerlo
cuando medito este misterio con sólo mi «cabeza»,
es la más maravillosa de las noticias,
la que me llena de agradecimiento y de alegría,
cuando la contemplo en mi corazón.
Porque es a mis ojos
la prueba más segura,
la más conmovedora,
de que nos amas por encima de todo,
y que este amor es tan cercano,
tan cercano que nos *toca*,
que se enraiza en nosotros
en esta humanidad creada por ti,
pero tan lejana,
tan lejana de ti,
si no hubieses venido.

Porque tú podrías haber amado desde arriba, Señor,
y enviarnos un embajador
que fuera distinto de ti.
Pero tú te desplazaste *personalmente*.
Podrías haber venido *a nuestro lado*,

tú, *Dios*, para arrastrarnos,
permaneciendo nosotros *hombres* para seguirte.
Pero viniste a estar con nosotros,
hombre con nosotros,
hombre como nosotros,
tan como nosotros
que nos hemos convertido en hermanos.

Hermanos del bebé que lloraba
y tomaba la leche de su madre.
Hermanos del pequeño que aprendía a leer,
a orar.

Hermanos del hombre que predicaba tan bien...
demasiado bien,
hasta el punto de morir torturado,
ofreciendo su vida por nosotros.
Hermano,
nuestro hermano Jesús,
que sabía llorar... y *reír*...
porque era un hombre.

Tengo curiosas ideas, Señor,
pero, a pesar de los pesares,
el pensar en ti tan cercano a nosotros...
tan semejante a nosotros
para que nos asemejáramos a ti,
me hace feliz
tan feliz
que me extraña que no lo seamos más,
y sufro al vernos tan serios
cuando hablamos de ti,
y no comprendo por qué hemos de tener un aspecto tan triste
cuando nos reunimos para pedirte
y ofrecer contigo al Padre
tu sufrimiento... y tus lágrimas,
tus alegrías... y tus risas,
¡tu vida!

Los hombres que nos rodean
creerían quizá más en ti
si nosotros fuéramos más alegres,
y se notara.

Perdóname mis chiquilladas,
pero tengo ganas de decirte esta noche,
como los pequeñines
en las rodillas de su hermano mayor:
«*Hazme reír*».

Sí, es mi inesperada oración,
Señor, ¡hazme reír!
Para que a mi vez
pueda hacer reír a mis hermanos.
¡Lo necesitan tanto!

¿Realmente es por ti, Señor?

No ha sido el «gusto» lo que nos ha llevado a «comprometernos» con tal o cual movimiento o servicio en la Iglesia o en el mundo. Al contrario, a veces estamos hartos de todas esas reuniones y actividades que «disipan» nuestro tiempo y nos acarrearán incluso muchos reproches, sobre todo de parte de nuestros seres queridos. Pero hemos de constatar fielmente la autenticidad de nuestra acción. Con frecuencia puede ir muy mezclada con búsqueda de uno mismo, con orgullo...

Los cristianos hemos de estar más atentos todavía en lo que se refiere a la presencia de Jesucristo en lo profundo de nuestra acción. Nosotros trabajamos con él.

Nos cuesta mucho vivir bajo esa «mirada de fe» y en nuestras reuniones compartirla en equipo. Sin embargo «sin "El" no podemos hacer nada».

* *

Os aseguro que el que cree en mí, hará también las obras que yo hago. Hará aún cosas mayores, porque yo voy al Padre. En efecto, cualquier cosa que pidáis en mi nombre, os lo concederé, para que el Padre manifieste su gloria en el Hijo.

Os concederé todo lo que pidáis en mi nombre (Jn 14, 12-14).

Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros.

Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo, sin estar unido a la vid; lo mismo os ocurrirá a vosotros, si no estáis unidos a mí.

*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.
El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce
mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. (Jn 15, 4-5).*

* *

¿Realmente es por ti, Señor,
por lo que he salido esta noche
a una reunión?

Era tarde,
hacía frío,
la casa estaba caliente, y mi esposa cautivadora.
Sin una palabra, me ha dejado partir.
Sólo una pálida sonrisa en su rápido beso,
pero en su mirada
—mirada en la que puedo leer—
un sombrío cansancio
en el que he percibido un persistente reproche
¡otra vez!

Ella estará dormida cuando vuelva,
y evitaré todo ruido para no despertarla,
deseando,
en el fondo,
que cuando yo me deslice en la cama,
se vuelva hacia mí
y comente semidormida:
«¿Estás contento de la reunión?».
Me dormiré entonces un poco más tranquilo,
así lo espero,
un poco comprendido y un poco perdonado...

Pero ¿realmente, Señor,
he salido esta noche por ti?

Al ir, conduzco rápido,
voy con un poco de retraso y mis amigos me esperan.
A mi alrededor la ciudad se duerme silenciosamente,
y me doy cuenta de que me siento satisfecho,
al pensar que yo estoy despierto,
y trabajo
al servicio de mis hermanos.
Sin embargo la duda me ronda,
me siento inquieto,
intranquilo conmigo mismo y ante ti, Señor.

¿Realmente he salido esta noche por ti?
¿No será por costumbre?
¡Hoy toca!
¿No será para «que triunfe» mi movimiento
o el programa que tenemos ahora?...
¡Somos tan pocos!
¿No será por orgullo?...
¡Sin mí no saldrían adelante!
¿No será para defender y hacer que triunfen mis ideas?...
¡Las considero las únicas válidas!
¿No será por presumir de fidelidad?...
¡Yo nunca fallo!
¿No será para tranquilizar mi conciencia?...
¡En la iglesia se nos dice
que hay que comprometerse!
¿Realmente es por ti?

A veces tengo miedo de vivir de ilusión,
con el valor de mi acción,
con mis intenciones,
con mi generosidad,
con mi fe,
y correr,
actuar,
agotarme,

por mí,
sin ti.

Avanzo con mis dudas, Señor,
y a medida
que tú me invitas a pensar en ti,
las dudas
dan cada vez más vueltas en su zarabanda irónica,
suscitando en mí un ardiente deseo de recogimiento
para encontrarte en el silencio...
Pero corro hacia el ruido,
el estrépido de las palabras
y el estallido de la acción,
...y sé que dentro de unos instantes,
una vez más,
te olvidaré,
a ti, a quien querría servir.

Perdóname, Señor,
porque aunque creo con todas mis fuerzas
que tú has querido necesitarme,
necesitarnos,
para construir un mundo fraterno,
olvido con frecuencia que te necesito para conseguirlo
y trabajo solo,
lucho solo,
combato solo,
y los otros también, me temo,
porque con frecuencia no pensamos
invitarte a la reunión,
y cuando finalmente decimos que tú estás ahí,
porque es la costumbre,
evitamos buscar
y pedirte tu opinión,
porque es más fácil contentarnos con la nuestra
y más difícil meditar tu evangelio

y pedir tu Espíritu santo.
Sin embargo, Señor,
*¿no estamos edificando en vano
si edificamos sin ti?*

Tú estás aquí y te hablo, Señor,
te confío esta reunión,
y ahora mismo
me atreveré a hablar de ti.
Será auténtica y yo seré auténtico,
porque habremos dialogado
y alimentado nuestro amor
y cuando regresemos,
juntos,
en el coche,
seguiremos hablando de la reunión,
de los que han participado
y de *nuestro* trabajo.
Y si de vuelta a casa, mi esposa se despierta,
Señor,
tú le darás un beso
cuando yo le dé el mío.

Me hago viejo, Señor

La vejez es para muchos una prueba terrible. Aunque la vida sea con frecuencia difícil, en el momento en que se escapa, muchos tratan de retenerla. Creemos que el mayor sufrimiento está en verse condenado a la inutilidad, causando pena a los otros cuando todavía queríamos servirles.

Es el tiempo de la humildad y de la fe purificada.

La vejez no es camino hacia la muerte sino *camino hacia la vida*. La vida por fin plenamente desarrollada y en Cristo por siempre divinizada. Pero es preciso aceptar la dura transformación, el paso a una vida distinta, como el grano de trigo que enterrado ha de morir para convertirse en espiga.

Para la persona de edad ha pasado el tiempo de correr hacia los otros, pero no el de «permanecer en Cristo como él permanece en nosotros» (Jn 15, 4), condición para que el fruto madure.

* *

Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros.

Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo, sin estar unido a la vid; lo mismo os ocurrirá a vosotros, si no estáis unidos a mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada (Jn 15, 4-5).

Jesús dijo:

—Os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, parientes o hijos por el reino de Dios, quedará sin recibir mucho más en este mundo, y la vida eterna en el futuro (Le 18, 29).

Si yo hablo las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe. Y si tengo el don de hablar en nombre de Dios y conozco todos los misterios y toda la ciencia; y si mi fe es tanta que podría trasladar montañas, pero no tengo amor, nada soy. Y si reparto todos mis bienes a los pobres y entrego mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me sirve (1 Cor 13, 1-3).

* *

Me hago viejo, Señor,
y ¡qué duro resulta envejecer!

Ya no puedo correr
ni andar deprisa,
ya no puedo llevar pesadas cargas
ni subir rápidamente la escalera de mi casa.
Mis manos comienzan a temblar
y mis ojos se cansan muy pronto
sobre las páginas del libro.
Flaquea mi memoria y rebelde
me oculta fechas y nombres
que hasta hace poco retenía.

Me hago viejo, y los lazos de afecto
anudados durante largos años
se aflojan uno a uno
y a veces se rompen.
Se alejan y desaparecen,
más allá del tiempo,
tantas personas conocidas,

tantas personas amadas,
que mi primera mirada al periódico
es para buscar inquieto las esquelas.

De día en día, Señor,
me encuentro más solo,
solo con mis recuerdos
y mis penas de antaño
siempre vivas en mi corazón,
mientras que con frecuencia muchas alegrías
parecen haber desaparecido.

Compréndeme, Señor,
tú que quemaste tu existencia
en treinta y tres años intensos,
tú que no sabes qué es envejecer lentamente
y ver cómo la vida se escapa implacable
del pobre cuerpo herrumbroso,
vieja máquina de ruedas chirriantes
que se niega ya a servir.
Y vivir sobre todo para estar
y *esperar*.
Esperar que pase el tiempo,
un tiempo que algunos días corre tan lentamente
que parece mofarse de uno
y da vueltas y más vueltas
delante de mí,
alrededor de mí,
sin querer dejar sitio a la noche que llega
y permite por fin... *dormir*.

Señor, ¿cómo es posible que el tiempo de hoy
sea el mismo de antes,
que corría tan rápido algunos días,
algunos meses,

tan rápido que no podía alcanzarse,
y que se me escapaba
antes de que pudiera llenarlo de vida?

Hoy tengo tiempo, Señor,
demasiado tiempo,
un tiempo que se amontona a mi vera,
inutilizado,
y yo estoy ahí, inmóvil,
y *sin servir para nada*.

Me hago viejo, Señor,
y resulta duro envejecer,
hasta tal punto que algunos de mis amigos, lo sé,
te piden a veces que termine de una vez esta vida
que, piensan, resulta
ya inútil.

*

*Se equivocan, hijo mío, dice el Señor,
y también tú
que aunque no lo dices
a veces estás de acuerdo con ellos.
Para todos los hombres, vuestros hermanos,
sois necesarios.
Y os necesito hoy
igual que os necesitaba ayer.
Porque un corazón que late, por muy gastado que esté,
da vida todavía
al cuerpo que habita,
y el amor puede brotar en ese corazón,
con frecuencia, más potente y más puro
cuando el cuerpo fatigado le deja sitio por fin.
Ciertas vidas desbordantes,
bien lo sabes,*

*pueden estar vacías de amor,
mientras que otras,
aparentemente muy banales,
irradian hasta el infinito.*

*Mira a mi madre María,
llorando,
inmóvil al pie de la cruz.
Estaba allí.
De pie, es verdad,
pero impotente también,
trágicamente impotente.*

*No hacía NADA,
sólo estaba allí.
Totalmente recogida,
totalmente acogedora,
totalmente ofrecida,
y así conmigo
salvó al mundo,
devolviéndole
todo el amor perdido por los hombres
a lo largo de los caminos del tiempo.*

*Recoge, con ella, hoy
al pie de las cruces del mundo,
los inmensos sufrimientos de la humanidad,
leño muerto para quemar en la hoguera del amor.
Pero acoge también los esfuerzos y las alegrías,
porque las flores cortadas son hermosas,
pero no sirven para nada
si no son al punto ofrecidas,
y muchos hombres tratan de vivir
olvidando dar.*

*Créeme,
tu vida hoy
puede ser más rica que ayer,
si aceptas velar,
centinela inmóvil al caer el día.
Y si sufres por no tener ya en tus manos
nada que dar,
ofrece tu impotencia
y juntos, créeme,
seguiremos salvando al mundo.*

Salía, Señor,
pero se me hizo una carrera en la media

Con frecuencia estamos demasiado seguros de nosotros mismos, y cuando se presenta un imprevisto en nuestra vida —incidentes anodinos o violentas tormentas— quienes nos creíamos invulnerables nos venimos abajo. Constatamos entonces nuestra debilidad.

Porque únicamente contamos con nuestras fuerzas.

Sólo Dios, a través de nuestros esfuerzos, puede asegurar la fidelidad que le habíamos prometido.

Pedro insistió:

—Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Estoy dispuesto a dar mi vida por ti.

Jesús le dijo:

— ¡De modo que estás dispuesto a dar tu vida por mí! Te aseguro, Pedro, que, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces (Jn 13, 37-38).

Os dejo mi paz, mi propia paz. Una paz que el mundo no os puede dar (Jn 14, 27).

Salía, Señor,
pero se me hizo una carrera en la media.
Iba con retraso para llegar al trabajo,
pero se me rompió el cordón del zapato.
Seguía el partido por televisión;
mi equipo iba a meter gol,
pero sonó el teléfono.
Iba con prisa por la calle,
pero me encontré con un amigo,
me contó...
se explayó...
sin poder decirle
que me esperaban.
Me estaba durmiendo, por fin,
pero llamó el niño,
se había desvelado.

Lo imprevisto, Señor,
en mi vida tan bien ordenada.
Como bola lanzada contra los bolos,
quedo desbaratado.
Me exaspero,
me irrito,
a veces incluso
ataco a los que me rodean
haciéndoles responsables.
Y súbitamente desaparece la paz de mi corazón.

Hago enormes esfuerzos, Señor,
para intentar seguir tus pasos.
Demasiado seguro de mí mismo,
con frecuencia creo haberlo conseguido.
Pero decepcionado,
humillado,
me doy cuenta ahora

que sólo acepto seguirte
cuando conozco de antemano el camino
y las etapas del viaje.
Choco violentamente
ante lo imprevisto,
y mis buenos sentimientos
se esfuman o se vienen abajo.
Me creía fiel,
y me descubro infiel.

Aún no vivo suficientemente
cerca de ti,
contigo.
Y sin embargo, Señor, tú estás ahí,
tanto en lo previsible de mi vida
como en lo imprevisible.
Tú no te regodeas con las dificultades que surgen,
sino que estás siempre disponible,
si te lo pido,
y me ayudas a vivir cada instante.

Dame, Señor, por favor,
la paz que un día prometiste a tus discípulos,
no *mi* paz,
la que orgulloso de mí mismo
me fabrico a golpes de voluntad,
en la que orgullosamente
me creo instalado,
sino *la tuya*.
La que de ti recibo,
cuando humildemente te la pido,
a la que no conmueven
ni el vendaval,
ni las fuertes tormentas.
Entonces lo imprevisto será para mí,
gracias a ti,

un test de fidelidad,
un criterio,
una pregunta de amor que espera
mi respuesta de amor.
Y a través de ella te diré, Señor:
 «Tú sabes bien que te quiero».

Había una losa grande y antigua, Señor

El hombre, tan poca cosa, ¿cómo no va a sufrir un terrible vértigo cuando toma conciencia de su «pequenez» frente a los miles de millones de hombres de la humanidad pasada, presente y futura? ¿Quién es? ¿Qué vale su vida, minúscula gota de agua en un inmenso océano, puro instante frente a millones de años?

Sólo una perspectiva de fe puede conjurar la angustia.

Así como en una familia numerosa cada hijo goza del amor «total» de los padres y un recién nacido lo obtiene igualmente sin quitar nada a sus hermanos, de la misma manera el amor de «nuestro Padre que está en el cielo» nos alcanza a todos personal e ...infinitamente.

Como miembros «únicos» en el gran cuerpo de la humanidad, somos *indispensables*, cada uno en su lugar, y nuestra vida no es una vida que pasa, dejando sólo una huella, sino que en Jesucristo y por él es vida eterna.

* *

Jesús les propuso otra parábola:

Sucede con el reino de los cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace como un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas (Mt 13, 31-32).

Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros y no todos los miembros tienen una misma función, así también no-

sotros, aunque somos muchos, estamos injertados en Cristo en orden a formar un solo cuerpo, y somos miembros los unos de los otros. Puesto que tenemos dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada (Rom 12, 4-6).

* *

Había una losa grande y antigua, Señor,
en un viejo camino que llevaba al pueblo,
situado a lo alto.
Dicen que era un camino
trazado desde la más remota antigüedad,
lugar de paso de una muchedumbre de invasores,
de caminantes y de peregrinos,
y que centenares
y centenares de miles de personas,
antes que yo, habían pisado la losa
sin poder borrarla.
La miro,
gastada como luna menguante,
pulida como canto rodado,
y contemplando esa piedra dura, que dura,
impasible testigo,
sufro un terrible vértigo ante mi pequenez.

¿Quién soy yo, Señor, yo que paso tan rápido,
frente a ella que permacece?
Ha cargado con el peso de centenares
y centenares de miles de hombres,
desde hace cientos y cientos de años,
y yo no soy más que un paso
entre millones de pasos,
pasos que se han desvanecido,
mientras que ella vigila, inmóvil,
piedra dura, que dura, para recordarme mi pequenez.

¿Qué huellas han dejado, Señor,
tantos viajeros del tiempo,
muchedumbre innumerable de hombres
que han vivido antes que yo?
Tantos millones juntos, apenas han conseguido
que ceda el dorso de esa piedra dura.
¡Todos esos transeúntes han pasado!

¿Dónde están ahora, minúsculas hormigas,
cuando una vez alcanzado el pueblo,
situado a lo alto,
uno a uno ha caído fuera del tiempo,
al final de su camino de vida?
¿Dónde están ahora esos miles de millones de *desaparecidos*?
No consigo verlos,
no consigo oírlos
...mientras veo esa piedra dura que dura
para recordarme mi pequenez.

¿Quién soy yo, Señor,
que me encuentro tan pequeño y quisiera ser tan grande?
Yo que cuento mis días, mis años,
¡y sólo soy un instante!
¿Para qué vivir,
si mi vida sólo es un segundo entre millones de años?
¿Para qué luchar,
si mis esfuerzos y mi sufrimiento
sólo son imperceptibles suspiros
en el inmenso clamor de la humanidad innumerable?
¿Para qué reír, si el estallido de mi risa,
apenas comenzada, se apaga,
fulgor fugitivo en la terrorífica noche de los tiempos?

¿Cuál es el peso de mi vida, Señor,
y el peso de cada uno de mis pasos,

de mis palabras, de mis gestos,
de mis lágrimas y de mis sonrisas,
yo que los quería grandes y consistentes,
hasta el punto de soñar para ellos
la dimensión de eternidad?

Pero sobre todo, Señor, sí, sobre todo,
¿cómo creer, yo que me encuentro tan pequeño,
que a tus ojos sea tan grande?
¿Cómo has podido desearme y esperarme
entre los millones de hombres posibles?
¿Cómo puedes hoy distinguirme,
minúsculo grano de arena en las playas del mundo,
gota de agua en el río inmenso
que corre y desaparece en el océano?
¿Cómo puedes amarme
entre todos los otros seres que amas,
y cómo podrás acordarte de mí,
cuando se extinga de mi vida
la minúscula llama,
y vaya a juntarse, eso espero,
con los miles de millones de llamas
que delante de ti, arden todavía
y seguirán ardiendo hasta la eternidad?

Dímelo, Señor,
ante esta piedra dura, que dura,
que me emociona y me provoca con insolencia.
Necesito oírte decir de nuevo
que me amas,
como dijiste que me amabas...
a pesar de mi pequenez.

*Sí, te amo, hijo mío, dice el Señor,
y tu vida me es preciosa
porque se trata de una sola vida,
salida tiempo ha del corazón de mi Padre.
Pero la vida, fíjate bien,
no es como los pasos de los hombres,
separados unos de otros,
es río que fluye en cada uno de vosotros,
por muchos miles de millones que seáis.
Tú la recibes de los otros, y tú has de darla,
y los otros la reciben de ti
para seguir dándola.
Esto es el amor, hijo mío: la vida dada.
Si la guardas para ti, mueres,
si la das, vives,
... y tus pasos, tus palabras, tus gestos y tus sonrisas,
vivirán en tus hermanos hasta el fin del mundo.*

*Pero, escucha todavía,
tu vida me es tan preciosa
que te ofrezco la mía;
si aceptas acogerla en la tuya,
entonces tus pasos, tus palabras,
tus gestos y tus sonrisas vencerán la muerte,
y franqueando las puertas del tiempo
desembocarán en mi eternidad.*

*Vete en paz, te repito que te amo
y que mi Padre te ama, a ti personalmente,
como a los miles de millones de tus hermanos,
porque el amor auténtico nunca disminuye
cuando se comparte entre todos,
y tu Padre es Dios
su amor es INFINITO.*

Gracias, Señor, gracias por tu amor,
...y gracias a ti, piedra dura que dura;
 si pudiese te llevaría conmigo,
 y te convertiría en piedra de altar.

Oración con los trabajadores nocturnos

Una muchedumbre inmensa de hombres y mujeres se turnan de noche en el trabajo. La mayoría *no lo han elegido*, sino que lo hacen empujados por la necesidad.

Hay mujeres y hombres que se levantan de noche para acudir a la iglesia de su monasterio. *Han elegido* velar delante de Dios en favor de sus hermanos.

A los primeros, en su inmensa mayoría, no se les ocurre ofrecer sus esfuerzos al Señor. Pero los segundos los acogen para presentárselos. Gracias a ellos, cabe esperarlo, Dios escucha ese dramático canto del dolor humano que desde la tierra, cada noche, sube hacia él.

* *

Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todas las cosas en todos. A cada cual se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos (1 Cor 12, 4-7).

Sentado Jesús frente al lugar de las ofrendas, observaba cómo iba echando la gente dinero en el cofre. Muchos ricos depositaban en cantidad.

Pero llegó una viuda pobre, que echó dos monedas de muy poco valor.

Jesús llamó entonces a sus discípulos y les dijo:

—Os aseguro que esa viuda pobre ha echado en el cofre más que todos los demás. Porque todos han echado de lo que les sobraba; ella, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo lo que tenía, todo su sustento (Me 12, 41-44).

Luego mandó a sus discípulos que subieran a la barca y que fueran delante de él a la otra orilla, mientras despedía a la gente.

Después de despedirla, subió al monte a solas para orar.

Al llegar la noche estaba solo allí (Mt 14, 22-23).

* * *

Es tarde, Señor,
y quisiera dormir,
necesito dormir.

Pero, esta noche, pienso en los trabajadores nocturnos,
esa muchedumbre de hombres y mujeres que trabajan
mientras nosotros dormimos,
fabricando para nosotros
lo que nos hace falta para vivir.

Con frecuencia me he cruzado en mi camino
con autocares de obreros
que recogen en los suburbios de las ciudades
y en las aldeas alejadas
la mano de obra sumisa
a las exigencias de la fábrica.
Implacables metrónomos para ballets sin entreacto,
que ponen ritmo a la vida de un ejército de trabajadores.

He encontrado hombres
con el cuerpo y los nervios agotados,
que no han podido seguir ese ritmo.
Arrastran una vida rota
que nada ni nadie podrá reparar.
He conocido parejas reventadas,
en las que el esposo y la esposa

sólo se comunican entre sí
con palabras apresuradas
en la mesa de la cocina.
He jugado *bajito* con niños
condenados al silencio durante el día
.. porque *papá duerme*.

No entiendo nada, Señor.
¿No inventaste tú la noche
para dormir?
Cuando tu sol se acuesta prudentemente el primero,
apagando su luz, invita al descanso.
Pero los hombres han inventado el trabajo de noche
y el sueño de día.
Encienden luces de neón,
después corren las persianas
para hacer creer que la noche es el día
y el día la noche.

Dicen que para responder
a las exigencias del mundo moderno
es preciso aprovechar la naturaleza *hasta exprimirla*.
Dicen que lo primero es la economía,
que es la que manda y hay que obedecer,
y que hay que servir a la máquina
día y noche.
Dicen, en fin, que aquí o allá
se estudian nuevas *condiciones de trabajo*,
intentando rehumanizar
lo que se ha deshumanizado.
Pero tú sabes por qué, Señor...
¡para que el rendimiento sea mejor
y mayor la producción!
El hombre continúa esclavo
y el sufrimiento permanece,

ese inmenso sufrimiento
y los lamentos tan pronto ahogados,
y la costumbre que hace que ya no lo pensemos
cuando nos vamos a dormir:
¡siempre ha sido así!
y !no hay remedio!

Pero esta noche, *oigo*, Señor,
ese inmenso clamor,
y antes de cerrar mis párpados
abandonándome en ti,
quiero presentarte
no los injustos sufrimientos,
que tú condenas,
sino el cúmulo de esfuerzos
que imponen a los hombres,
y la maravillosa generosidad
que cada día reclaman.

Porque si los obreros se levantan de noche
es para ganar el pan de su esposa y de sus hijos,
y aunque algunos se vean seducidos
por la atracción de placeres,
que los ricos tan fácilmente califican de *superfluos*,
cuando se trata de los otros,
todo ese trabajo es un prodigioso canto de amor
que se eleva cada noche
...mientras nosotros dormimos.

Pero, ¿llega hasta ti, Señor?
Muchos hombres lamentablemente
no saben para quién canta su vida
más allá,
mucho más allá
de sus amores terrenos,
Afina el oído, Señor,
escucha, te lo suplico,

para que no se pierda tanto esfuerzo,
tanta pena
y tanto amor vivido.

Perdóname, Señor,
por dudar de ti,
y no creer que ese himno de la noche,
quizá,
suba hacia ti mucho mejor
que nuestros fáciles cánticos
en fervorosas asambleas,
porque son, más que nuestras dulces palabras,
palabras de vida,
marcadas por la sangre del esfuerzo.

Perdóname, Señor,
por dudar de ti
y por dudar de ellos,
cuando mezclados con ese coro nocturno
se elevan algunas voces muy nítidas,
las de las mujeres
y los hombres
que se levantan
antes de que amanezca,
vigilantes nocturnos de la noche,
que cantan tus alabanzas,
escondidos en el monasterio,
solistas de amor puro,
embajadores de humanidad,
que acompañan a boca cerrada
e incluso quizá a corazón cerrado
la muchedumbre de los trabajadores nocturnos.

Creo, Señor,
creo,
...pero dime, esta noche,
que tú los oyes a TODOS.

*Sí, hijo mío, dice el Señor, los oigo,
porque todo hombre es mi hermano,
aunque él no lo sepa,
y no hay canto de amor que se eleve de la tierra
que no llegue hasta mí.
Y yo los acojo todos,
incluso las notas falsas,
para transmitirlos al Padre
en alabanza infinita.*

Te invitamos, Señor, a nuestra nueva casa

El sueño de muchos hombres, de todo matrimonio especialmente, está en tener por fin una casa propia, un «hogar», donde la familia pueda encontrarse, enraizarse y vivir. Pero esta aspiración oculta con frecuencia no pocas trampas. La casa durante mucho tiempo deseada puede convertirse en una preocupación acaparante: hay que pagarla, amueblarla. Exige a veces de sus habitantes mucho tiempo y muchas energías con peligro de sustraerlos de otras tareas necesarias. Finalmente puede convertirse en cárcel para quienes se «encierran» en ella.

Ser «rico», de una u otra manera, no es malo —si se trata evidentemente de un justo bienestar—, pero es *una responsabilidad*. Tener casa «propia» es una riqueza legítima si permite «educar» mejor a la familia y servir mejor a los hermanos.

* *

—Os diré a quién es semejante todo el que viene a mí, escucha mis palabras y las pone en práctica.

Es semejante a un hombre que, al edificar su casa, cavó hondo y la cimentó sobre roca.

Vino una inundación, y el río se desbordó contra esa casa; pero no pudo derruirla, porque estaba bien construida.

Pero el que las oye y no las pone en práctica, es como el que edificó su casa a ras de tierra, sin cimientos; cuando el río se desbordó y las

aguas dieron con ella, se derrumbó en seguida, convirtiéndose en un montón de ruinas (Le 6, 47-49).

—El que me ama, se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre le amará, y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él (Jn 14, 23).

* *

Hemos soñado con una casa, Señor,
he soñado con una casa,
y ahí está la casa,
nuestra casa.

Asentada sobre tierra recientemente removida todavía,
ha crecido con rapidez.
Me espera cada día, fiel,
y los amplios postigos, como brazos abiertos,
de lejos me hacen señas y me llaman.
Es nuestra casa,
es mi casa.
Nuestra casa, Señor,
nueva del todo, muy hermosa.

Ahora, hay que pagarla,
nos sacrificaremos.
Ahora hay que amueblarla,
nos dedicaremos a hacerlo.
Ahora hay que habitarla,
... y no es tan fácil,
porque las paredes de nuestra casa esconden trampas,
Señor,
el enemigo las puso,
como en las embajadas,
y si al reflexionar,
esta noche hemos detectado
algunas hábilmente camufladas,
otras han escapado al radar de nuestro corazón,

mientras que no pocas lamentablemente son tan cautivadoras
que ya nos hemos dejado atrampar.

Compréndenos, Señor,
tú que sufriste ciertamente
por no tener *donde reclinarse la cabeza*,
nosotros hemos sufrido también
con aquel apartamento demasiado angosto,
en el que el ruido habitaba con nosotros,
en común,
con las escaleras sucias
que al caer el día apenas podíamos subir,
con los muros grises delante,
detrás de nosotros,
que nos ocultaban el cielo,
con aquellos vecinos —perdón, Señor...—
tan difíciles de aguantar.

Compréndenos, Señor,
hemos esperado tanto,
hemos soñado tanto,
...y esperado tanto por haber soñado tanto,
que nos morimos de ganas ahora
de *regresar a casa*,
de descansar,
de acurrucarnos al calor interior,
como en un seno de madre,
de encender de vez en cuando el fuego de leña
que canta y baila riendo,
en contraste con el semblante triste de los radiadores,
que calientan sin sonreír,
de mirar en el jardín las flores
plantadas en tierra de verdad,
verdadera tierra, Señor,
tierra alejada de las capas de cemento
y del negro alquitrán.

Tenemos tantas ganas de *quedarnos en casa*,
entre nosotros,

de no salir ya algunas noches
para tomar parte en tal o cual reunión,
de no responder a veces a la llamada
de quienes fuera nos esperan
en sus casas,
y de no abrir la puerta de *nuestra casa*
más que a los amigos entrañables
que vendrán a añadir algunas flores
al manojito de nuestras alegrías.

Y sin embargo, Señor,
tú lo sabes,
nuestros sueños de casa eran frecuentemente generosos.
Queríamos una morada que nos brindara reposo,
pero reposo para servir mejor.
Queríamos una casa abierta,
a la que los otros,
todos los otros,
pudieran venir
como si fueran a la suya.
Casa a la que se llama,
se entra,
se instala,
se descansa,
se toma un refrigerio.
Casa de la que se sale más ligero,
porque se comparten las cargas,
y a veces incluso se abandonan.
Casa de la que se parte finalmente
más enriquecido,
porque la comida de amistad ha sido servida.

Pero, Señor,
esta noche nos sentimos inquietos

porque hemos descubierto *las trampas*
de nuestra casa.

Te necesitamos para no caer en ellas
y para aceptar ver
lo que no queremos ver.

Quédate con nosotros, Señor,
porque es tarde,
y anochece,

densa y pesadamente sobre nuestros corazones fatigados.

Quédate con nosotros, y encuéntrate en tu casa,
de todo corazón *te invitamos a nuestra nueva casa.*

*

Hijos míos, dice el Señor, sed dichosos,
porque vuestra casa es hermosa,
y os felicito.

¿*Por qué hablar mal de ella,*
belleza inocente?

Las trampas están en vuestros corazones
y no en sus muros.

Si vuestro corazón se cierra, se cierran puertas y ventanas,
y quedáis aprisionados.

Si vuestro corazón se abre, puertas y ventanas se abren también
y podéis salir,
y los otros, entrar.

Abrid del todo vuestro corazón
y vendré a vuestra casa,
como un día a casa de Marta y María,
y su hermano Lázaro,
y si lo deseáis
compartiré con vosotros mi Palabra
y vosotros compartiréis conmigo el pan,
y estaré a gusto con vosotros
si los otros están a gusto también.

*Vendré,
con más frecuencia de lo que imagináis...
pero vendré de incógnito...
y algunas noches de fatiga,
¿me reconoceréis
en el importuno que se presente?*

Pidió «una limonada para dos»

En nuestro mundo de hoy, el drama que domina es el del subdesarrollo de una gran parte de la humanidad, frente al desarrollo y al superdesarrollo de la otra.

La persistencia del problema hace que nos acostumbremos a él, y sólo de vez en cuando un choc intolerable despierta nuestra sensibilidad. Además, su enormidad y su progresión nos dejan con frecuencia sin capacidad de reacción: «¿Qué podemos hacer?».

Los países desarrollados sólo piensan en desarrollarse más. Se encierran en sus problemas, dando la impresión de no querer comprender que nunca podrán solucionarlos sin resolver todos los que tiene la humanidad.

No se puede construir un mundo de paz sobre una inmensa injusticia. La Iglesia, en lo que le concierne, también se repliega frecuentemente sobre sí misma. Se ahoga en sus problemas internos, en detrimento de las tareas misioneras. No da ejemplo de compartir. Pese a las sucesivas llamadas de los papas, las diócesis relativamente mejor provistas de sacerdotes sólo han enviado algunos a las diócesis pobres de África, de América latina, de Asia. La Iglesia organiza la caridad, sirve heroicamente a veces a «las víctimas» del subdesarrollo e incluso las ayuda... a morir. Pero no lucha contra las causas del subdesarrollo. Dice que no es su tarea. Cuando algunos sacerdotes se arriesgan a ello, surgen con frecuencia las llamadas al orden, incluso las condenas.

Finalmente, si la Iglesia está pronta para recordar nuestras responsabilidades morales en el campo de la sexualidad, por ejemplo, en general —a pesar de algunos textos oficiales valientes, pero poco conocidos por el débil eco que encuentran en los medios de comunica-

ción— es menos prolija y vehemente en lo que se refiere a nuestra responsabilidad económica, política... frente a los problemas mundiales.

El drama del subdesarrollo de los pueblos y su espantosa secuela de sufrimientos y de muertes es *el mayor pecado colectivo de nuestro tiempo*. Para el cristiano, Jesucristo es quien muere diariamente en sus millones de hermanos.

Todos somos responsables.

* *

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino, y todos los días celebraba espléndidos banquetes.

Y había también un pobre, llamado Lázaro, tendido en el portal y cubierto de úlceras, que deseaba quitar el hambre con lo que caía de la mesa del rico. Hasta los perros venían a lamer sus úlceras (Le 16, 19-21).

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y faltos del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les da lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe: si no tiene obras, está muerta en sí misma (Sant 2, 14-17).

Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor.

Entonces dijo a sus discípulos:

—La mies es abundante, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (Mt 9, 36-38).

* *

Pidió:

«una limonada para dos, por favor».

Y el camarero contestó:

«no es posible, señor».

Ella y él se miraron,
él dudó,

luego resignado pidió dos limonadas.

Tendrían unos treinta, treinta y cinco años quizá,
se veía que eran pobres, pero no vagabundos.

Les observé, Señor,
durante unos largos instantes.

No intercambiaron ni una sola palabra,
apenas unas miradas.

Salí, llevándolos en mi corazón.

Yo te presento esta noche
a mis amigos desconocidos,
a mis amigos encontrados.

Sé que tú los viste
cuando yo los veía,
pero un hermano tiene derecho,
¿no?
a hablar a su padre de todos sus hermanos desgraciados.

De éstos, Señor,
sólo conocía

la señal visible de sus sufrimientos ocultos.

Pero ahora conozco la herida,
que en mi frágil corazón
ellos han abierto,
sin saber
que desencadenarían una tempestad.

Porque mi corazón es un volcán,
pronto a inflamarse
y vomitar brutalmente
mil ríos de lava
demasiado tiempo aprisionados.

Tú sabes, Señor,
que sufro,

y con frecuencia querría que me dieras
un corazón tranquilo,
un corazón que latiera prudentemente...
y que me dejase dormir.
Pero estoy hecho así,
¡qué le vamos a hacer!,
y te doy las gracias.

Pero no quiero que ese fuego
que brota en mí tan frecuentemente,
se transforme en lava petrificada,
en un desierto de muerte.

Acoge también esta tarde,
mi cólera, Señor,
y mi conmoción,
y mis salidas de tono,
y de mi corazón
las palabras corrosivas.
Sólo puedo ofrecerte mi indignación
pero estoy seguro que tú puedes por tu AMOR
transformar esta fuerza indómita
en misteriosa energía,
capaz de trasladar montañas.

«Una limonada para dos»,
eran sus palabras.
Pero otras palabras,
tan frecuentemente leídas,
tan frecuentemente oídas,
y tan frecuentemente enterradas,
olvidadas,
se han despertado en mí,
y como bestias salvajes evadidas de sus jaulas,
esta tarde danzan

en mi cabeza
sus zarabandas infernales...

Un litro de agua contaminada para una o diez familias.
Un saco de trigo o de arroz para un poblado entero.
Una escuela para toda una región.
Un hospital para todo un territorio.
Una universidad para toda una nación.
...Un sacerdote para cien mil hombres.

Un,
UN,
siempre uno
para diez,
para cien,
para mil y diez mil,
mientras que otros tienen diez,
cien,
mil...para uno.
Y al final de esas cifras, la suma
y la cuenta exacta
terriblemente exacta.

Porque grupos numerosos de hombres sabios
calculan,
saben calcular,
y calculan exacto,
con sus máquinas exactas.

Hombres en todas partes, que se sientan,
reflexionan,
discuten
y a base de cifras exactas escriben informes exactos,
y miles de hombres los leen
y dicen: «las cuentas están bien hechas».
Y esas cuentas,
esas cifras,
son hombres,
centenares de millones de hombres

que mueren y ¡no tendrían que morir!

Centenares de millones de niños,
el vientre hinchado,
piel y huesos,
sobreviviendo dos o tres meses
o dos o tres años...,
mientras que algunos minúsculos bebés
en sus incubadoras a la última
podrán vivir toda su vida
gracias a un ejército de médicos
y de enfermeras solícitos.

Centenares de millones de analfabetos
que serán unos *retrasados*,
mientras que otros a millares
rondan y se atropellan
en las universidades.

Centenares de millones de enfermos
que agonizan,
mientras que una muchedumbre sensibilizada
se moviliza generosamente
en favor de un solo corazón
que va a cesar de latir,
o un solo niño
cuyos ojos se han apagado.

Centenares de millones de hombres
que querrían conocerte más,
Señor,
a ti que dijiste:
«He venido para que tengan VIDA
y para que la tengan en abundancia»
y nadie me va a convencer
que se trata solamente
de la vida *del alma*.

¡Como si tu VIDA pudiera florecer
sobre un montón de cadáveres!
Como si tú no hubieses dicho a tus apóstoles:

«Dadles de comer»,
y a la multitud:
«Repartid el pan y los peces»,
y a todos los hombres:
«Tuve hambre...
y me disteis de comer».

...Centenares de millones de hombres
que querrían conocerte
y mientras tanto hay obispos
que dudan en enviar
uno o dos sacerdotes,
porque en la diócesis
ya no tienen los dos o tres cientos
que consideran necesarios;
y mientras tanto piadosos feligreses
hacen peticiones a su obispo
a fin de conservar para ellos solos
su abnegado párroco;
y mientras tanto un equipo de buenos cristianos protesta
porque no tienen ya
a *su* consiliario
en cada reunión.

Y durante este tiempo, Señor...
mientras mueren cada día
cierta,
inexorablemente,
millones de hombres
que no tendrían que morir,
nuestros políticos,
porque se lo exigimos,

luchan por *nuestros* problemas,
nuestros verdaderos problemas,
pero también nuestros pequeños,
nuestros pequeñísimos problemas,
aflorando sólo de paso
en sus sabios discursos
el drama primordial,
monstruoso,
insoportable,
de una parte de la humanidad
que agoniza ante nuestros ojos.

Y durante este tiempo, Señor...
tu Iglesia se lamenta
y hace mil esfuerzos,
por retener a unos millares de hijos,
que se alejan de ella
porque rechazan un concilio
y dudan de la eucaristía
cuando se cambia los ornamentos.
Tu Iglesia nos recuerda fielmente
que *usar la pildora es pecado*
y *un pecado gravísimo*
suprimir al hijo que va a nacer,
pero *no nos grita bastante*
que también es monstruoso
obligar a millones de muchachos,
de muchachas,
a prostituirse
por un pedazo de pan
y dejar *abortar la vida*
de centenares de millones de niños
que han nacido,
y *viven*
y mueren ante nosotros.

Y durante este tiempo, yo, Señor...
yo, que grito tan fuerte
estoy satisfecho de mis santas cóleras
y tan orgulloso...
Doy vueltas en la cabeza a ideas hermosas...
pero me quedo sentado.
Me tranquilizo con sabias excusas
y algunos gestos generosos,
y sin embargo sé,
sé que *las cuentas están bien hechas*
y que *las cifras son de HOMBRES*.

Dios mío,
concédeme, por favor,
que nunca más cometa la indecencia de quejarme,
aunque sea pobre
en comparación con otro más rico que yo,
que nunca más derroche
—esa vergüenza de los que poseen—
y que enseñe a mis hijos a no derrochar
mostrándoles el valor del pan
y de la mantequilla sobre el pan.
Concédeme la voluntad
de intentar ayudar en concreto
a los organismos que luchan
en favor del desarrollo del tercer mundo,
del cuarto mundo,
en vez de criticar,
juzgar,
desde lo alto de mi suficiencia,
persuadido
de que *la toma de conciencia general*,
del drama de esta parte de la humanidad que muere,
obligará a los hombres un día
a organizarse para resolverlo.

Ayúdame a no callar nunca,
a hablar sin tregua,
a gritar,
aunque moleste,
aunque algunos quieran ahogar mis gritos,
aunque algunos me califiquen de rojo
y aunque mis amigos no me comprendan.

Dios mío,
no me rechaces,
ya te había avisado.
Tú verás la cizaña y el buen trigo de mi oración,
y harás la criba.

El volcán se ha apagado,
pero te suplico
que, aunque tenga que sufrir, *no apagues el fuego.*

Ya no te tengo miedo, Señor

La religión del miedo ha terminado. Casi.

Es verdad que algunos fieles se han alejado de la «práctica» religiosa según disminuía en ellos el temor. ¿Es malo? Si «el temor es el comienzo de la sabiduría», nunca es el comienzo del amor. Y los gestos religiosos sin una fe auténtica son hipocresía mayor que los gestos de amor. El Señor lo dijo con suficiente claridad.

El pecado y la confesión no están ya de moda. Pero si se ha perdido «el sentido del pecado» no ha sido por haber hablado menos de él, sino por haber tolerado durante demasiado tiempo que se equiparara el pecado a un faltar al reglamento, a los mandamientos. En cuanto a la «confesión» se había vaciado de sentido. Muchos sacerdotes no la soportaban ya y muchos fieles viendo el ridículo en que había caído se han abstenido.

Con el Concilio, renació la esperanza. Muchos cristianos redescubrieron o descubrieron el sentido maravilloso de la reconciliación. Volvieron. Pero ¡también han vuelto las advertencias y las reglamentaciones!

Menos mal que los hombres de Iglesia no blanden de nuevo los rayos del infierno para hacer «volver a la fe». Conseguirían quizás algunos «éxitos» (!), pero es una debilidad humana querer conseguir algo del otro por temor, aunque sea su bien, y supone falta de fe creer que el amor se mide por los «méritos» del amado.

El amor de Dios es infinito y GRATUITO. Predicarlo es difícil, pero es el meollo de la fe. Y resulta más fácil ayudar a los hombres a cumplir un reglamento cuidadosamente promulgado que vivir concretamente toda su vida como una *respuesta de amor a Jesucristo* salvador.

Las prohibiciones cuando resuenan más fuerte que los cantos de amor, terminan un día por matar el amor.

*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? (Sal 26).*

Para que seamos libres, nos ha liberado Cristo. Permaneced, pues, firmes y no os dejéis someter de nuevo al yugo de la esclavitud (de la ley)...

En cuanto seguidores de Cristo, lo mismo da estar circuncidados que no estarlo; lo que vale es la fe que actúa por medio del amor.

Ibais corriendo bien; ¿quién se os cruzó en el camino para que os apartarais de la verdad? No fue, desde luego, inspiración del que os ha llamado...

Confío en que el Señor evitará que procedáis de otra manera; en cuanto al que os perturba, sea quien sea, sufrirá su castigo...

Es cierto que habéis sido llamados a la libertad: Pero no toméis la libertad como pretexto para vuestros apetitos desordenados; antes bien, haceos esclavos los unos de los otros por amor (Gal 5,1-13).

Os dejo la paz, mi propia paz.

Una paz que el mundo no os puede dar.

No se inquiete vuestro corazón: no tengáis miedo (Jn 14, 27).

* *

Ya no te tengo miedo, Señor.

Me siento ligero,

libre,

feliz,

y te doy gracias.

Porque he de confesarte que te temía un poco...
sólo un poco, eh,

pero era demasiado.

Porque en mi corazón silencioso,
de vez en cuando vagamente inquieto, pensaba
que seguirte temblando,
no era seguirte.

No es mía la culpa, Señor,
¡me dijeron tantas cosas!...
y tantas cosas que ya no se dicen,
pero que dan vueltas aún en nuestra memoria,
emponzoñando nuestros corazones.

Me dijeron que *estaba mal*
hacer tal cosa,
porque era *pecado*,
y peor aún tal otra,
porque era *pecado grave*
y que se me castigaría por el *pecado*.
De los *pequeños* un tiempo,
y de los *grandes* para siempre...
a menos que pidiera perdón
para evitar la pena.
Para lo que bastaba...
pasar por el confesonario,
y pasar cada vez,
cada vez que pecara gravemente.

Y así es, Señor, como,
de niño,
pensaba...
perdóname,
...que bastaba para evitar el castigo eterno,
no el atormentarse durante toda la vida
sino *arrepentirse* bien en el último instante

Claro que nos recordaban entonces
que no sabemos ni el día ni la hora,
como tú mismo nos habías dicho.
Y algunos predicadores sinceros y celosos
blandían al punto la *amenaza del infierno*,
para hacer que volvieran a ti
los pecadores descarriados.

A mayor miedo,
más numerosos los *retornos*
y mayor la alegría.

Esto era antes...
pero un antes
que ha marcado a nuestras abuelas de hoy.
Y si te hablo de esto esta noche, Señor,
es porque algunos «fieles»
echan de menos ese pasado.
Se quejan de que los sacerdotes sólo hablen...
de *amor*,
y no de los pecados
y de las penas eternas.
Dicen que si fueran más severos
se llenarían las iglesias que están vacías
y los hombres serían mucho mejores
si tuvieran más miedo.

Qué cosa tan horrible, Señor.
No juzgo los corazones, creo que son sinceros.
Pero ¿cómo se puede deformar tu mensaje
hasta tal punto?

Porque todo esto era verdad...
pero ¿es *la* verdad hablar a un ser vivo
sólo de enfermedad y de muerte?

¿Es *la* verdad
fossilizar el amor en gestos calculados
de los que minuciosa
y fielmente se lleva cuenta,
y medir la pureza
en función de las normas establecidas?

¿Cómo es posible, Señor,
sin desnaturalizarlo,
creer que el amor
pueda nacer un día del miedo,
y que si el cielo es amar, como se ama estando contigo,
pueda uno prepararse así?

¿Cómo es posible, Señor,
creer que para seguirte basta respetar una ley
y cumplir regularmente
unos ritos religiosos,
sin comprobar escrupulosamente
cómo vive nuestro corazón,
corazón que a veces late
regularmente
cuando avanza por los atajos,
mientras deja de latir al avanzar
por los senderos rectos y hermosos?

¿Cómo es posible creer que el cielo *se merece*,
que tenemos que *ganarlo*
poniéndole un precio,
como si el amor pudiera venderse,
y no fuera gratuito?

... Pero ¡qué duro resulta, Señor,
creer plenamente en ese AMOR
y vivir disponible, cada día
de manera que podamos
recibirlo de ti!

Señor, he de pedirte perdón,
porque si no he *temblado de miedo* delante de ti,
a veces
sí he intentado, como tantos hombres,
pensando en la muerte
y en ese más allá de la muerte,
inquietante, misterioso,
actuar como es debido,
para estar seguro.

Sin embargo, Señor,
algunos días te entrevi más de cerca.
Y tú me sedujiste.

Pero no te seguí,
a pesar de hacerme señas.
Me contenté con una vida *decente*
y con prácticas más o menos regulares,
pensando que bastaba con esto para estar *en orden*,
para poder estar en paz.

Pero tu amor es fiel, Señor,
y tú nos acompañas,
y en mi camino de cada día
poco a poco te he ido reconociendo
y lentamente te he descubierto.
ATI.

A ti, que viniste a revelar que Dios es *amor*,
y nada más.
A ti, que nos enseñaste a llamarle
Padre nuestro,
porque somos sus hijos.
A ti, que nos diste un solo mandamiento:
amar.
A ti, que al confiar la responsabilidad de la Iglesia
a tu primer representante sobre la tierra, sólo le preguntaste:
Pedro, *¿me amas?*

A TI era, Señor, a quien debía seguir,
y seguir por amor.

No me quejo, Señor,
sino que *agradezco mil veces*
a los sacerdotes que por fin me han hecho comprender,
que tú nos amaste el primero,
que el meollo de la fe consiste en creer primero
para inmediatamente *dejarse amar*,
y que lo esencial de la religión
está en amarte y en amar a todos nuestros hermanos,
como tú nos has amado.

Ya no te tengo miedo, Señor.
Y no es el temor lo que me pone en pie,
para seguirte.
Es verdad que no soy bueno,
ya lo sabes,
ni mucho menos.
Pero cuando te invoco me parece
que ya no es para cultivar
una importante relación
de la que se puede sacar no sé cuantas ventajas,
sino, me atrevo a decir...
porque te amo,
porque quiero que crezca nuestra amistad
y contigo
servir mejor a todos mis hermanos los hombres.

Y ahora sueño...
a veces,
y me enorgullece
y estoy loco de alegría,
...sueño verte cara a cara,
dejarme amar, por fin,
amarte sin reservas,
y ver un día reunidos en familia
a todos los hombres como hermanos
en torno a nuestro Padre.

El único temor que me queda,
y que me hace sufrir,
es el temor
de no amar bastante
como tú,
GRATUITAMENTE.

Señor, quisiera estar seguro de que luchas conmigo

Muchos cristianos se comprometen en la Iglesia. Cada día hacen falta más. Otros se comprometen en obras de caridad. También hacen falta. Los heridos piden buenos samaritanos. Pero los comprometidos sindical, políticamente... son muchos menos. Muchos desconfían de ellos y algunos incluso los condenan... si no opinan igual.

Dom Hélder Cámara decía sonriendo: «Cuando me consagro a los pobres, dicen que soy un santo. Cuando denuncio las estructuras que fabrican a esos pobres, dicen que soy comunista».

Socorrer a las víctimas es loable, pero lo es más luchar contra las «estructuras de pecado», de las que habla Juan Pablo II, que fabrican las víctimas y ponen en peligro la paz. Es la dimensión social de la caridad.

En realidad el mundo de la economía, de lo social, de la política, son mundos duros y en su seno a veces la lucha es violenta. Algo que asusta a los cristianos. Pero no toda violencia es condenable. Los padres que *luchan* por defender a sus hijos en peligro son «violentos», pero es una violencia de amor. Y la Iglesia nunca ha condenado la guerra «defensiva» (!), ni a los pueblos que se levantan contra la opresión. Sólo el odio no es de Dios.

Ojalá los cristianos no permanezcan emboscados dejando que sus hermanos se «manchen» en las luchas justas y necesarias. Y pongan amor luchando con el Señor.

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y faltos del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les da lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe: si no tiene obras, está muerta en sí misma (Sant 2, 14-17).

*En esto hemos conocido lo que es el amor:
en que él ha dado su vida por nosotros.
Nosotros también debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos.
El que, teniendo bienes de este mundo,
ve a su hermano en necesidad y le cierra sus entrañas,
¿cómo puede decirse que permanece en él el amor de Dios?
Hijos míos,
no nos amemos de palabra o de lengua,
sino de obra y de verdad (1 Jn 3, 16-18).*

* *

Señor,
combato con mis camaradas,
fiel a mi *movimiento*,
a mi *organización*,
solidario en la lucha
por una vida más humana y más justa.
Pero la batalla es dura,
y con frecuencia temo
hacerlo sin ti.

Señor,
quisiera estar seguro de que luchas conmigo.

Hacen falta hombres para defenderse
cuando la guerra hace estragos.
Todos, quizá un día, hagan marcha atrás,
rehusando partir,
pero esto queda lejos todavía.

Y actualmente
las causas por defender son muchas,
y ahí están las guerras
que movilizan a los combatientes.

Hacen falta hombres para cuidar a los heridos
y enterrar a los muertos
porque son legión las víctimas
que precisan cuidados.

Hacen falta hombres para firmar tratados,
cuando cesan por fin algunos combates.

Pero hacen falta,
hacen falta muchos más
para *evitar las guerras construyendo la paz,*
la paz que sólo puede florecer
en una tierra de justicia.

He dudado durante mucho tiempo
antes de comprometerme en ese combate pacífico.

Con otros emboscados calmaba mi conciencia,
pretextando doctamente
que un hombre solo
no puede cargar con el mundo.

Rechazaba los grupos sospechosos...
que hacen la revolución.

El mundo de la economía,
de los sindicatos,
de la política,
para mí eran mundos contaminados,
y tenía miedo de que al adentrarme en ellos se me ensuciase el
corazón.

Pero, Señor, no estaba en paz.

¿Y no eras tú
el que a través de los acontecimientos
me interpelabas con frecuencia?

Porque tú me dijiste que hay que amar a los hermanos,

pero amarlos
no es sólo ofrecerles una sonrisa,
 tenderles la mano,
 y la primera mejilla
 que se ofrece
 y la segunda que perdona.
Si están faltos del alimento,
si son ignorantes,
 si están explotados,
 y sobre todo privados del pan
 de la dignidad,
¿cómo enviarles a su casa,
 cerrando la mano,
 diciendo: «te amo»,
 si es que no se dice:
 «rezaré por ti»?

Me he *comprometido*, pero es duro, ya lo sabes.
Porque si se admira y condecora
 a los que luchan y sirven
 cuando la guerra hace estragos,
a los que de este mundo injusto y cruel
 tratan de hacer un mundo fraterno,
 con frecuencia se les critica
 y a veces se les condena duramente.

Tú que me has lanzado, Señor,
no me dejes solo, por favor,
porque me apasiono
y en lo más fuerte de la refriega
me siento agredido...
 me llueven los golpes
 de los adversarios
 y a veces de mis amigos,
me siento mal juzgado...
 se me clasifica *demasiado a la derecha*,

demasiado a la izquierda,
o demasiado al centro,
atribuyéndome cada uno un color diferente.
Busco y me busco.
Y a veces dudo.

Porque la lucha no es químicamente pura
y ahí está mi sufrimiento,
y son tan duras las batallas
que con frecuencia, lo confieso,
te pierdo de vista.
Solo,
de noche,
ante ti,
me lamento,
siento vergüenza,
y te pido perdón.
Porque si quiero luchar
es para hacerlo contigo.

Escucha mi oración, Señor,
porque aunque sé
que nuestras construcciones humanas
no son el Reino,
sé también que la levadura
necesita de la pasta para hacer que crezca.
Y la pasta, de harina.
Y la harina, de trigo.
Y el trigo, la harina y la pasta
reclaman el trabajo de nuestras manos
para que el pan se cueza,
justamente compartido,
y que ese pan ofrecido,
tú lo conviertas en eucaristía.

Señor,

dame, por favor,
la levadura de tu amor.

Ayúdame a no juzgar ni condenar
a quienes sentados tranquilamente en la platea...
discuten,
viendo cómo combatimos en la arena,
y aleja de mí el coraje
al verles sin escrúpulos
beneficiarse de nuestras victorias,
olvidando que nos las deben a nosotros.

Ayúdame a comprender,
a aceptar,
que hermanos que viven de la misma fe
profesen ideas
opuestas a las mías,
y hazme capaz de comulgar en la misma mesa
con aquel al que combato.

Haz que la fidelidad a mi movimiento,
a mi partido,
nunca sea un absoluto para mí,
que, militante consciente,
acepto sus consignas
y obedezco fielmente,
mientras me sublevo con frecuencia
cuando habla tu Iglesia
y a veces rehusó seguir sus directrices.
Dame entonces
la fuerza de decir no
cuando mi conciencia rehusa pronunciar el sí.
Y el coraje de aceptar
los reproches de los amigos
que me acusan de traición

cuando para mí se trata
de verdadera fidelidad.

Ayúdame a recurrir con frecuencia al evangelio,
no para buscar *recetas*
que no puede ofrecerme,
sino para nutrirme de tu Palabra,
y que como buena semilla
crezca en mi tierra bien dispuesta,
florezca en buena nueva para mis hermanos,
y madure para ellos
en frutos de justicia y de paz

Concédeme, finalmente, Señor,
la gracia suprema...
que sólo tú puedes dar,
...de amar a mis adversarios
tanto como a mis aliados,
no sólo en el templo secreto
de mis buenos sentimientos,
sino escuchándoles,
tratando de comprenderles,
y creer
que la sinceridad, la generosidad,
no son exclusiva mía
sino que pueden habitar en los otros,
incluso entre mis enemigos.
Porque tú conoces mi pasión, Señor,
que demasiado fácilmente quizá bautizo
como pasión por la justicia.
Tengo tantas ganas a veces de vengarme
y de herir a quien me ha herido...
que me cuesta,
sí, me cuesta mucho perdonar.
Concédeme, Señor, la fuerza del perdón.

*Estoy contigo, dice el Señor,
estoy en tus combates,
porque acompaño a todos los que luchan
por defender a sus hermanos,
incluso si se lanzan a horizonte abierto,
lejos de la cerca protegida
donde sestean los perezosos.
Pero revisa tu corazón, hijo mío
porque yo no puedo estar presente
donde asoma el odio
y sólo el amor puede garantizarte victoria,
garantizándote el mío.*

*¿Por qué dudas, hombre de poca fe?
Bienaventurado tú,
bienaventurados todos
los que os atrevéis a correr el riesgo de mancharos
las manos y los pies
en los combates por la justicia.
Porque yo no vine
para los que han conservado
limpias las manos,
limpios los pies,
permaneciendo sentados
y con las manos en los bolsillos.*

*¡No tengas miedo! ¡No tengas ningún miedo!
Yo lavé los pies a los discípulos,
y si los pies de los que luchan
están llenos de polvo,
también se los lavaré.*

«¡Todo esto no soy yo!»

Nos desesperamos a veces ante un ser querido que destruye su vida y hiere trágicamente la de quienes le aman. Reducido a la casi impotencia humana, convertido en un mar de lágrimas, hay que suplicar a Dios que nos conceda creer en el hijo pródigo, más allá de su hundimiento.

Para Jesucristo *no se dan hombres perdidos*. Cualquiera que sea su conducta, él cree en *todos*, porque a todos mira con una mirada distinta de la nuestra. Una mirada que llega hasta el corazón de su corazón, allí donde han sido engendrados por el aliento de amor de su Padre. Cree en ellos porque sabe que sufriendo por ellos y con ellos los ha salvado a todos.

Sin despreciar los medios humanos que nuestra inteligencia nos ofrece, si somos capaces de tener esa mirada de Jesucristo hacia todos los hombres, especialmente hacia aquellos de los que desesperamos, les ayudaremos a que la vida rescute en ellos.

* *

No juzguéis, para que Dios no os juzgue. Porque Dios os juzgará del mismo modo que vosotros hayáis juzgado. Y os medirá con la medida con que hayáis medido a los demás (Mt 7, 1-2).

Amad a vuestros enemigos.

Orad por los que os persiguen.

De este modo seréis dignos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5, 44-45).

Los fariseos y maestros de la ley murmuraban y decían a sus discípulos:

—¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?

Jesús les contestó:

—No necesitan médico los sanos, sino los enfermos.

Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan (Le 5, 30-31).

* *

Heme aquí, Señor, esta noche, contigo,

ante él,

ante ella,

Es mi hijo,

mi esposa,

mi nieta

o mi amigo... ¡qué importa!

Es un pobre y gran niño perdido,

barca con las amarras rotas,

en la tempestad de la vida.

Va a la deriva,

drogado,

alcohólico,

enviciado y mentiroso,

a veces violento,

odioso...

Está ávido,

es insaciable,

abrasado por una furiosa ansia de vivir,

y a veces por una obsesiva ansia de morir,

de morir porque no puede llegar a vivir.

Busca.

¿Qué busca?

Placer.

¿Qué placer?

Felicidad.

¿Qué felicidad?

NO lo sabe.

Ya no lo sabe.

Su cuerpo ha estallado y su corazón está desgarrado.

A su alrededor, el desierto.

Los suyos, uno a uno, se han desanimado.

Lloran.

Los «bien-pensantes» lo han condenado:

enfermo contagioso del que hay que huir,

o que hay que encerrar.

Pero yo, Señor, *yo le quiero*,

y no puedo conformarme con dejarle morir.

Es mi hijo mayor,

mi hija mayor...

mi hijo pequeño,

mi hija pequeña...

Y pese a sus caídas y sus recaídas,

pese a mis miedos y mis desesperanzas,

pese a todo,

sigo creyendo en él.

Muchas veces,

mirándole, más allá de su ruina,

delante de *él* he exclamado:

¡eres maravilloso!

Ha dado un salto,

con una sombra de duda,

pero también con un relámpago de luz

en sus ojos iluminados un instante

y él, una vez...

¡oh maravillosa y minúscula esperanza en la noche!

mientras le reprochaba torpemente su vida,

...murmuré,

llorando,

desesperado:
«¡todo esto no soy yo!».

Es verdad, Señor,
es verdad, ¿no?
No es *él*.
Lo creo.
Quiero creerlo.
Pero aumenta mi fe,
mi fe en *él*,
mi fe en ti que me llamas,
me pones a prueba cada día,
a través de *él*.

Concédeme, Señor, creer que tú estás presente,
mientras él está ahí,
delante de mí,
con vida.
Concédeme creer que es Dios,
nuestro Padre,
quien le comunica en este instante el soplo de vida
como ayer,
y como mañana seguirá todavía ofreciéndoselo,
acompañándolo fielmente en sus caminos perdidos.
Concédeme creer que es como todo hombre
hecho cada día *a tu imagen*,
más allá de sus máscaras horribles
y de los barro del camino.
Concédeme creer
que en la terrible noche de tu pasión,
antaño, *tú lo salvaste*.

Concédeme creer
que hoy
pese a todo

y pese a él quizás,
en lo hondo de su corazón,
corazón enterrado en tumba de piedra sellada,
el hijo de Dios se mueve,
crece,
quiere nacer,
y que para resucitar necesita
que una mirada de amor le alcance,
que una voz le llegue
como la tuya un día
al corazón de la pecadora:
Tampoco yo te condeno...
porque te amo
y tengo confianza en *ti*.

Concédeme, Señor,
te lo suplico,
ser quien se lo diga
y lo crea.
Que lo crea con todas mis fuerzas,
porque tú, tú lo crees.

Ella le dijo:
«hijo mío, yo estaré contigo»

Jesucristo está presente en nuestras vidas. Nos lo dicen, nos lo repiten. Estamos más o menos convencidos. Pero tanto si nuestra relación con él está iniciándose como si existe ya una profunda amistad, sufrimos siempre por no «verle», por no «tocarle».

Tenemos que comprender que la presencia «física» no lo es todo en la relación de los hombres entre sí. Los que se aman de veras lo han experimentado.

El amor hace que las personas estén presentes entre sí, y la intensidad de este amor mide la intensidad de su presencia mutua.

Dios, que nos ama a todos infinitamente, está PRESENTE en cada uno de nosotros con una presencia TOTAL.

Antaño las oraciones de la mañana y de la noche empezaban con estas palabras: «Pongámanos en la presencia de Dios y adorémosle». Si nos acostumbráramos a ponernos con frecuencia a lo largo de nuestra jornada «en presencia de Dios», nuestra vida quedaría transformada.

* *

Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante (Sal 16).

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?

Dios, que nos ama, nos hará salir trinunfantes de todas estas pruebas.

Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom 8, 35.37-39).

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre (Sal 130).*

*Caminaré en presencia del Señor
en el país de la vida (Sal 114).*

* *

Señor,
el hombre salía de viaje,
para vivir no sé qué momento importante de su vida.
Inclinado sobre su anciana madre,
la abrazaba con ternura,
y ella
devolvía el abrazo con más ternura todavía.
Entonces, reteniendo su cara entre sus manos temblorosas,
musitó:
Vete, hijo mío, yo estaré contigo.
Hubo un largo silencio...
luego añadió:
¿Lo crees?
Sí, madre, dijo él:
Partió.
Y ella,
con los ojos humedecidos,
lo acompañó a distancia.

Más tarde el hombre me contó
que cada vez que emprendía un largo viaje,
pasaba lo mismo,
y que en los momentos difíciles
 encontraba fuerza
 al creer que su madre
 lo acompañaba con su amor.

Y esta noche,
meditando,
de repente me doy cuenta, Señor,
que son las mismas palabras
 que tú pronunciaste
 cuando te despediste de nosotros
 para *volver al Padre*:

Estaré con vosotros... hasta el fin de los tiempos.

Y estoy seguro de que esperas de nosotros la misma respuesta
del hijo a la madre:

Sí, lo creemos.

Tú bien sabes, Señor, que soy débil,
y con frecuencia,
en los momentos difíciles,
busco, para apoyarme, una «presencia» amiga.
Necesito una palabra,
apretar una mano,
acariciar un rostro.

Pero he comprendido ahora
que una presencia física
no es necesariamente el signo de una presencia real.

Dos seres pueden verse,
tocarse
e incluso abrazarse muy fuerte,
y quedar lejos,
muy lejos uno del otro,
separados,

si el amor entre ellos
no los une
por dentro.
¡Cuántos apretones de manos que sólo son comedia!
¡Cuántos matrimonios,
acostados desde mucho tiempo en la cama de la rutina,
que sólo son dos soledades,
acampando a ambos lados
de una fosa infranqueable!

Pero creo también
con todas mis fuerzas, Señor,
que dos seres cruelmente alejados uno del otro,
por el espacio o el tiempo,
pueden encontrarse,
unirse,
vivir en comunión profunda,
si el amor sigue vivo en ellos.

Si lo creo de los hombres, Señor,
¿cómo no voy a creerlo de ti?
Puesto que tú nos amas INFINITAMENTE,
tu presencia en cada uno de nosotros
sólo puede ser infinita.
Presencia real,
presencia total,
siempre y en todas partes.

Nada, Señor, puede separarnos de ti,
nada que venga de ti,
sino únicamente lo que viene de nosotros,
y sobre todo ...
nuestra falta de fe.

Esta noche, Señor,
tú me repites:

Yo estaré contigo hasta el fin de los tiempos.

Y en voz baja me preguntas:

¿Lo crees?

Sí, Señor, lo creo,
pero aumenta mi fe.

Concédeme vivir siempre
en tu presencia de amor.

tú que me acompañas en mis viajes cotidianos
como aquella anciana madre
acompaña a su hijo con su amor fiel.

Ayúdame a trabajar *en tu presencia*,
a alegrarme *en tu presencia*,
a descansar *en tu presencia*,

porque si pensara que tú estás ahí, Señor,
si me abriera a tu amor que se ofrece,
ya nunca estaría solo,
ya nunca sería débil,

y no podría ya, *ante ti*,
hacer el mal que tengo ganas de hacer,
no como el niño pequeño
que tiene miedo de que su madre *le vea*
y teme ser *castigado*,

sino como el hijo mayor
que descubriendo el inmenso amor de su madre,
en su vida sólo desea una cosa:
darle gracias.

Todavía, Señor, no he alcanzado la alegría

El placer es relativamente fácil de conseguir. Bajo formas muy variadas es sobre todo alimento del cuerpo. Pero tales alimentos por lo general se consumen muy rápidamente y con frecuencia dejan un poso de insatisfacción.

La alegría es huésped de nuestra alma. Difícil de conseguir. Es virtud que se conquista y, misterio incomprensible para quienes no lo han experimentado, *puede coexistir en un mismo corazón con los mayores sufrimientos.*

Sólo Dios es la felicidad perfecta, ALEGRÍA perfecta. Únicamente los hombres de corazón puro, pese a las limitaciones humanas, pese al sufrimiento de entrever en la tierra sólo algunos destellos de la belleza y de la grandeza de Dios, pese al dolor de ver sufrir a sus hermanos, pueden acceder a esa ALEGRÍA, abriéndose a Dios y recibéndola de él. ¿No es lo propio de los santos?... Pero nosotros, ¿podemos decir lealmente que «hemos alcanzado la ALEGRÍA?».

Jesús les dijo a sus discípulos:

—No andéis preocupados pensando qué vais a comer para poder vivir, ni con qué vestido vais a cubrir vuestro cuerpo.

Porque la vida es más importante que el alimento, y el cuerpo más que el vestido...

*Buscad más bien su reino, y él os dará lo demás.
No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha querido daros
el reino (Le 12, 22-23.31-32).*

*—Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros.
Permaneced en mi amor.*

*Pero sólo permaneceréis en mi amor, si obedecéis mis mandamientos,
lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y
permanezco en su amor.*

*Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo, y vuestro
gozo sea completo (Jn 15, 9-11).*

* *

Se dice, Señor, que hay que sonreír,
sonreír cada día,
y seguir sonriendo todavía.
Se dice que la alegría es virtud cristiana fundamental,
y que «un santo triste
es un triste santo».
Se dice que nadie puede ser tu testigo,
si su rostro y su vida
no irradian tu alegría.
Quiero creerlo...
pero todavía, Señor,
no he alcanzado la alegría.

Con demasiada frecuencia, la alegría es para mí
compañera infiel,
huye,
vuelve,
para huir de nuevo.
En el momento en que creo haberla por fin alcanzado
desaparece,
y en el cielo azul de mi corazón
aparecen unas nubes
y a veces las nubes

estallan en tormenta...
lloviendo sobre mi alegría.

Señor,
si todavía no he alcanzado la alegría,
¡la culpa es tuya!
Tú me dijiste que los hombres eran mis hermanos,
y que hay que amarlos a todos,
incluso a los enemigos.
Lo he intentado, lo intento, y a veces creo que lo consigo.
Pero entonces descubro, Señor,
que aceptar amar
es aceptar
sufrir el sufrimiento de aquellos a los que se ama
...y con frecuencia su sufrimiento es inmenso.

Señor,
no entiendo nada.
Cómo ser plenamente feliz,
cuando en el corazón de los días apacibles
o en el silencio de la noche,
lacerantes como gemidos,
desgarradores como gritos,
nos llegan, tenaces,
los murmullos de los parados,
los gemidos de los hambrientos,
los llantos de los esposos separados y de los hijos dispersados,
los estertores de los agonizantes,
los alaridos de los torturados,
el espantoso fragor de los combates...
atroz concierto mil veces disonante,
que hasta nosotros se eleva,
sin cesar,
de esa inmensa humanidad desgarrada,
miembros diseminados,
miembros sangrantes,

de un cuerpo que tú quisiste unido y feliz.

Señor,
no entiendo nada.

Tu apóstol Pablo dijo:
*Cuando un miembro sufre,
todos los miembros sufren con él.*

Y yo sufro... un poco,
y sé que sufriría más,
si amara más,
pero dejaría de sufrir, creo,
si mis hermanos dejaran de gemir.

No, no puedo ser plenamente feliz,
mientras tantos y tantos miembros de mi familia
son infelices...

Algunos lo consiguen, Señor.
Dicen durante la comida, mirando la televisión
y las imágenes de horrores
que cada día difunde:

¡Es horrible!...
y luego tras un silencio embarazoso:
¿Qué tenemos hoy de postre?
Exclaman abriendo el periódico
y leyendo los titulares:

Otro atentado con muertes inocentes.
¡Es espantoso!
y un minuto después:

*El domingo ponen por televisión
una película interesante.*
¡Habrá que verla!
Proclaman durante una reunión importante:
Lo que habría que hacer es...
Mientras no se haga...
discuten durante dos horas...

luego, antes de ir a acostarse, beben la copa de la amistad,
riendo con los chismes que corren de boca en boca.

Rezan normalmente,

los buenos cristianos, en la oración universal,
por todos los desgraciados de múltiples rostros...
y cantan luego la alegría de estar juntos,
contigo,

y de poder ofrecer al Padre tu sacrificio redentor.

Dicen y dicen:

¡hay que vivir a gusto!,

¡ser feliz no es pecado!,

¡culpabilizarse es nocivo,

y más aún culpabilizar a los otros!,

¡ya hemos colaborado!,

¡hay que tener confianza!,

Jesús ha vencido a la muerte, ha resucitado,

¡cantemos, abracémonos, seamos felices!

Dicen y dicen...

y yo también digo, Señor,

y yo también vivo,

y yo también río,

pero tengo miedo algunos días

de que mi alegría sea una alegría prefabricada,

estallido de risa ruidosa,

para ocultar el llanto de los hombres.

Tengo miedo de que mi alegría

sea ceguera de una «buena conciencia»,

satisfecha de haber ofrecido unos dones

y haber realizado buenas acciones.

Tengo miedo de que mi alegría momentánea sea fantasía,

evasión a través de sueños dorados,

arrastrados por la ilusión de una fe profunda.

... Señor, todavía no he alcanzado la alegría.

Señor,
si todavía no he alcanzado la alegría,
es también porque...
tú nos has hecho demasiados pequeños
para tu enorme alegría.
¿Cómo ser plenamente feliz,
cuando en nuestros cuerpos y en nuestros corazones
nos atenazan tantas hambres
que no se pueden calmar
ni saciar jamás?
¿Cómo ser plenamente feliz,
cuando la vida nos provoca cada mañana
haciendo bailar ante nosotros inaccesibles sueños,
que, al llegar la noche, permanecen aún sin realizarse?
¿Cómo ser plenamente feliz,
cuando un apretón de manos,
cuando unos labios unidos,
sólo hacen que aflore el misterio inviolado
del otro ante nosotros?
¿Cómo ser plenamente feliz,
cuando tu rostro,
entrevisto algunos días de oración,
se esconde inmediatamente
en la excesiva larga noche de nuestros días?

*

*Hijo mío, dice el Señor,
acepta tus limitaciones,
tú no eres Dios,
tú no eres todo,
sino que eres miembro de mi cuerpo
y cada miembro recibe
algunas briznas de alegría,
como bocado de pan nutritivo,
como sorbo de vino refrescante.*

*Acógelos.
Yo te los doy.*

*Pero es verdad, hijo mío,
que si yo soy para ti y para todos vosotros
el viviente resucitado,
también cada día en mis miembros
sufro la crucifixión.
Mi pasión no habrá terminado
mientras sufran mis hermanos
y tú sufras conmigo.
Es la herencia del discípulo,
ya os lo previne.*

*No tengas vergüenza de sufrir,
pero haz lo que tengas que hacer
de tu parte,
generosamente,
en favor de tus hermanos.
Entonces conocerás la paz,
una inmensa paz.*

*MI PAZ,
la que os prometí:
La PAZ os dejo,
mi paz os doy.*

*En cuanto a la alegría que pides,
hijo mío, la ALEGRÍA plena y total,
quizá te haga falta esperar el día
en que te diga:
Bien, siervo bueno y fiel,
ENTRA EN LA ALEGRÍA DE TU SEÑOR.*

Señor, esos dos se aman

Mediante el cuerpo, las palabras y los gestos, los hombres se dicen y se transmiten amistad y amor. El apretón de manos y sobre todo el beso de los enamorados son «signos» maravillosos cuando son auténticos. Lamentablemente los hombres no siempre ponen lo mejor de sí mismos en esos gestos que tendrían que ser «sacramento de humanidad». Entonces son contrasignos e incluso a veces traición.

Dios también tomó «cuerpo». Se «reveló» con palabras de hombre. Transmitió su amistad, su afecto, con gestos humanos. Pero él se entregaba totalmente con sus palabras y con sus gestos: «di *una sola palabra* y quedaré curado». Continúa en su Iglesia dándose totalmente a través de palabras y de gestos: los sacramentos.

Si nuestros gestos de amistad y de amor fueran verdaderos y si Cristo habitara en nosotros plenamente, por medio de ellos podríamos transmitir a nuestros hermanos un poco de la «temura de Dios», quien para estar con nosotros se hizo «carne».

* *

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a usar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡De ninguna manera!... ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habéis recibido de Dios y habita en vosotros? Ya no os pertenecéis a vosotros mismos. Habéis sido comprados a gran precio; dad, pues, gloria a Dios con vuestro cuerpo (1 Cor 6, 15.19-20).

*La Palabra se hizo carne,
y habitó entre nosotros,
y hemos visto su gloria,
la gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14).*

Un fariseo invitó a Jesús a comer. Entró, pues, Jesús en casa del fariseo y se puso a la mesa. En esto, una mujer, una pecadora pública, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, se presentó con un frasco de alabastro lleno de perfume, se puso a los pies de Jesús y, llorando, comenzó a bañar con sus lágrimas los pies de Jesús y a enjugárselos con los cabellos de la cabeza, mientras se los besaba y se los ungía con el perfume (Le 7, 36-38).

* *

Señor, esos dos se aman.

Yo lo sé.

Tú lo sabes.

Se han abrazado delante de mí.

Los he mirado.

Los has mirado.

Y nos sentíamos felices,

porque es hermoso, Señor, el gesto de besarse
cuando es sacramento del amor.

Aliento intercambiado:

te doy mi vida y acojo la tuya.

Labios unidos:

me ofrezco en alimento y tú me sacias.

Así los enamorados

comulgando uno y otro

intentan realizar su sueño de unidad.

Sí, es hermoso, Señor,

porque esos dos se aman,

a plena luz hoy

lo han *proclamado*,

y yo en voz baja
te doy gracias por nuestro cuerpo,
que sin frases y sin palabras
puede musitar *te amo*
a todos los que ama.

Porque tú, Señor, nos has dado un cuerpo,
y manos,
y labios,
para hacer hablar a nuestro corazón que late,
pero no puede decirse.

Nuestra alma sin cuerpo, de hecho sería muda,
y nuestro amor quedaría aprisionado,
y sin cuerpo nadie podría conocer
ni el amor del otro,
ni su canto de ternura.

Y tú también, Dios mío,
misterio inefable,
tú tan grande,
tan lejano,
tan inaccesible,
al que nadie ha visto jamás (Jn 1, 18),
ni oído,
ni tocado,

un día,
por nosotros,
tomaste cuerpo,
y por medio de tu Hijo,
tu Palabra hecha CARNE,
nos declaraste tu amor infinito.

Tú, Jesús,
que un día quisiste
con tus labios anhelantes
sobre el pecho de María,
alimentarte de la leche
de una madre como las nuestras,

tú que más tarde con tus manos
puestas sobre los enfermos
les devolvías la salud
dándoles tu vida,
tú que te dejaste tocar
por la multitud de pobres y de ricos,
de justos y de ladrones,
de adúlteras,
de prostitutas...,
tú que acariciabas a los pecadores,
abrazabas a los niños,
tú que por medio de tu cuerpo crucificado
crucificaste nuestros pecados,
tú que ofreciste ese cuerpo a todos
en un *signo eficaz*,
sublime beso de amor
al hombre que lo acoge,
alimento de VIDA,
común-unión,
comunión,
tú, en fin, que hoy no tienes carne,
ni manos,
ni labios,
para decir tu amor,
pero que *por medio de los nuestros*
quieres todavía susurrarlo a todos,
te lo suplico,
enseñanos a amar con nuestro cuerpo rebelde,
cuerpo creado para expresar nuestra ternura
y para *hacer* el amor,
pero que con frecuencia, desgraciadamente,
demasiado pesado, demasiado ávido,
busca alimentarse más que ofrecerse,
y revela nuestras hambres en vez de mostrar nuestra alma.

Perdónanos por todos los signos de amistad,
de afecto o de amor

que con demasiada frecuencia son apariencias engañosas
de las que la vida ha huido,
cuando no son mentiras
y contrasignos
para quienes los reciben
y quienes nos contemplan.

Perdón por los apretones de manos maquinales,
distribuidos a lo largo de nuestros días,
sin que ni siquiera se crucen
nuestras miradas huidizas.

Por los apretones de manos comercializados,
ansiosos de protagonismo,
buscando la atención de los otros,
remedando afecto.

Por los apretones de manos engañosos,
comedia de amistad,
cuando el corazón rechaza,
pero el cuerpo hace igual.

Perdón, sobre todo,
por los besos robados a los otros por sorpresa,
por los besos golosos
que sólo buscan placer.

Por los besos traidores
encubridores de rupturas,
y esos esbozos de besos banalizados,
cosificados,
malgastados,
vacíos de la sangre del afecto
y del amor.

Sí, Dios mío,
enseñanos a amar con ese cuerpo rebelde.

Mañana, Señor, si tú no me ayudas,
volveré a recorrer el camino de cada día,

con el alma y el cuerpo no sé dónde,
extraviados,
yo que con frecuencia me ausento de mi cuerpo,
finjo sus palabras
y le hago entonar falsamente
canciones de amor.
Con todas mis fuerzas,
una vez más esta noche,
te pido
que laves mis manos y purifiques mis labios,
tantas veces prostituidos.
Abre mi alma a tu amor infinito,
y re-une mi cuerpo y mi corazón
tantas veces separados.
Entonces, rico de mí y enriquecido de ti
me acercaré a los otros
y con mis gestos de ternura,
les diré algo
de tu amor hecho CARNE

Me abrazó muy fuerte y me dijo: «te adoro»

Muchos cristianos toman en serio el mandamiento del Señor de amar a todos nuestros hermanos. Pero se acercan a ellos con «la cabeza». Es decir, llevan a cabo los actos fraternales que su «alma» les dicta, sin ningún calor, sin ninguna sensibilidad que satisfaga a quien tiene hambre. Cumplen un «deber». Pero no sólo los niños, sino todos los hombres necesitan amistad, necesitan ternura. ¡La echan tanto de menos!

Tendríamos que ir hacia los otros con *todo nuestro ser*, cuerpo, corazón, alma *unificados*, y no sólo con una parte de nosotros mismos, y Jesús que se dejaba «tocar», abrazar y él mismo sabía abrazar, por medio de nosotros podría seguir abrazando a los hombres con un «corazón de carne».

* *

Tomó a un niño, le puso en medio de ellos y, abrazándole, les dijo:

—El que acoge a uno de estos niños en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado (Me 9, 36-37).

Dios es testigo de cuan entrañablemente os quiero a todos vosotros en Cristo Jesús (Flp 1,8).

Y aunque podríamos haber dejado sentir nuestra autoridad como apóstoles de Jesucristo, nos comportamos afablemente con vosotros, como una madre que cuida de sus hijos. Tanto os queríamos que an-

siábamos entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas. ¡A tal punto llegaba nuestro amor por vosotros! (1 Tes 2, 7-8).

* *

Es un niño pequeño, Señor,
un niño abandonado,
que una familia bondadosa acoge con afecto en su hogar.
Está marcado por un pasado de sufrimiento,
y su rostro
es todo un grito en busca de ternura.
Intenté mirarle,
como creo
que tú lo habrías mirado.
Le sonreí, le escuché,
y en unos instantes
nos hicimos amigos.
De repente,
se echó en mis amplios brazos abiertos,
me abrazó muy fuerte y me dijo:
Te adoro,
mientras a mi vez le decía:
Yo también.
Sólo se adora a Dios, repetía mi madre,
y no sé por qué
me acordé de repente.
Pero esta noche, al rezar, me atrevo a pensar, Señor,
que el niño a través de mí,
y yo a través de él,
juntos,
hemos descubierto y alcanzado algo tuyo.
Porque tú, Señor, sufres con él,
a través de él,
y su grito es tu grito,

que creo reconocí
por la mañana.

Señor,
quisiera estar a los pies del niño crucificado,
como al pie de la cruz.
Pero quisiera también que el niño,
por fin separado del leño muerto,
al que el mal lo ha clavado,
pudiera entre mis brazos desbordantes de ternura
descubrir y *tocar* un poco de tu amor.

He deseado tanto, Señor,
recoger todo mi ser,
para ir hacia los otros,
rico de toda mi vida,
rechazando amar con *la cabeza* sólo,
seca respuesta al mandamiento del amor,
pero temiendo amar sólo con mi corazón sensible
o con mi cuerpo demasiado ávido.

Ayúdame, Señor,
a reunir en mí
todo lo disperso,
a unificar mis fuerzas
y a correr la aventura de ofrecer a los hambrientos,
no algunos gestos de caridad,
prudentemente programados,
sino mi corazón de carne,
para que puedan alimentarse.

Ayúdame a abrirme del todo a tu amor de hermano,
para que comulgando con mi vida,
con la tuya,
comulguen un poco.

Porque tú, Señor,
ya no tienes brazos para acoger a los hijos de la tierra,
y sobre todo a los rechazados,

como antes apartaban los apóstoles
a los que se cruzaban en tu camino.
Tú ya no tienes rodillas para que se sienten,
ni ojos para contemplarles,
ni palabras para hablarles
y para hacerles reír,
ni labios por fin
para besarles con ternura.
Pero tú has querido, qué maravilla,
necesitarnos,
necesitarme,
pobre espejo,
para reflejar algunos destellos de tu ternura.

Esta noche, te doy gracias, Señor,
por haber podido por la mañana
ofrecerte un poco de mí, *vivo*,
para abrazar al niño
que en secreto buscaba acercarse a ti
y tocarte.
Pero, perdón, Señor,
por haber malgastado tantas veces,
o por haberme reservado,
lo que tenía que dar a los otros.
Porque si me resulta fácil, con frecuencia,
no rehusar nada al niño,
lamentablemente sí me resulta difícil dar y darme
a *todos* mis compañeros de camino.

Y sin embargo, Señor, sé que todo hombre
es un niño,
que crece hasta que muere,
y, sea pequeño o grande,
rostro puro o rostro deformado,
sé que es un hijo de Dios
que espera su ternura.

Oración por mis «hermanos desconocidos»

Lo queramos o no, todos somos hermanos. Pero la familia humana es amplia y múltiples las fronteras de todas clases que nos han alejado a unos de otros y nos convierten en enemigos.

Aun a nivel humano, es un deber ir al encuentro de nuestros «hermanos desconocidos», anudar lazos con ellos, y de hombres dispersos hacer una familia. Jesús vino para esto. Pidió que amáramos a *todos* nuestros hermanos como a nosotros mismos y como él nos amó. Para que lo consiguiéramos dio su vida por nosotros y, quienes la acogen, se hacen «hijos de Dios» en él. Pueden, juntos, cualquiera que sea su raza, su medio social, su comportamiento... dirigirse a Dios llamándole Padre «nuestro».

Ya no existen extranjeros.

* *

*El que ama a su hermano permanece en la luz
y nada le hará tropezar.
Sin embargo, el que odia a su hermano está en las tinieblas,
anda en las tinieblas,
y no sabe a dónde va,
porque las tinieblas le han cegado los ojos (1 Jn 2, 10-11).*

*Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues
todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo habéis sido*

revestidos. Ya no hay distinción entre judío o griego, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo (Gal 3, 26-28).

* *

¿Es verdad, Dios mío,
que desde siempre,
antes incluso de que llegáramos a ser hombres,
de pie sobre el planeta,
antes incluso de que el universo
surgiera de la nada,
con tu amor infinito,
tú pensabas y soñabas en cada uno de nosotros?

¿Es verdad que desde siempre,
antes incluso de que tu Hijo,
tu Verbo,
viniera a estar con nosotros,
antes incluso de que lo anunciaran
los profetas,
en él tú nos *veías*
y a todos
nos amabas ya como hijos?

¿Es verdad que en la aurora del mundo,
tú diste esta tierra
no a algunos sino a todos los hombres,
patria única de múltiples rostros,
para que juntos la habitáramos
y juntos la transformáramos?

¿Es verdad que cuando apareció Jesucristo,
hombre como nosotros,
como hermanos nos acogió a todos,
incondicionalmente,

llevándonos en su corazón,
tan lejos,
tan profundamente,
que en él fuimos *incorporados*,
convirtiéndonos en miembros de su cuerpo,
hasta tal punto que desde entonces
no podemos tocar a uno de nosotros
sin que él diga: «¡Soy yo!»?

¿Es verdad,
por fin,
que todos, en él,
habiendo atravesado la muerte,
con él hemos entrado en la resurrección,
invitados para siempre a vivir en la casa de nuestro Padre,
reunidos en familia,
amándole y amándonos
como se ama en su casa?

Si es verdad, Dios mío,
y creo que es verdad,
¿cómo podemos llamar
extranjero a alguien,
siendo como somos todos hijos de un mismo Padre
y todos hermanos, unos de otros?

... ¿Y con qué *derecho* nos atrevemos entonces,
¡perdónanos, Dios mío!,
a decretar que este o aquel territorio
es para siempre el nuestro,
y que para entrar en él es necesario tener un «visado»?
¿Que este trabajo está reservado para nosotros
y que nadie puede *quitárnoslo*
a no ser que lo rehusemos
como poco digno para nosotros?

¿Que este hombre por fin *merece* ser acogido,
mientras que aquel otro
tiene que ser *expulsado* lejos de nosotros?
¿Cómo podemos hacerlo, Dios mío,
sin desgarrar tu familia,
mutilar gravemente el cuerpo de tu Hijo,
y mutilándolo
herirnos *mortalmente* a nosotros mismos?

Dios mío, perdónanos, pero trata de comprendernos.
La tierra que tú nos diste nos resultaba tan grande,
cuando éramos pequeños,
que crecimos alejados
unos de otros.

Adoptamos colores diferentes,
distintas lenguas,
costumbres diversas.
Nos fabricamos dioses falsos,
ignorando con frecuencia que sólo teníamos *uno*,
y que ese Dios es Padre.
Hoy finalmente
cuando todos podemos conocernos
e incluso visitarnos,
cuando uno,
con el que nunca nos hemos encontrado todavía,
indiferente u hostil,
se presenta ante nosotros
lo llamamos *extranjero*...
en vez de saltar de gozo,
dichosos por poder abrazar a un *hermano desconocido*.
Sin embargo, Padre nuestro,
tú sueñas desde siempre
con esos encuentros gozosos,
y tu Hijo nos dijo

que seremos juzgados por nuestra acogida
a ese hermano desconocido,
que, sepámoslo o no, es El (Mt 25, 31-36).

Pero *yo sí sé*, Dios mío, y tengo vergüenza de saber,
sin vivir lo que sé.

Porque si proclamo en voz alta,
y a veces muy fuerte,
en las fáciles discusiones:
¡no soy un racista!,

por lo bajo pienso con frecuencia:
que todo tiene sus límites...,
que es deber nuestro preservar...,
que dadas las circunstancias...,

y descubro que en mi corazón se levantan todavía
infranqueables fronteras.

Ayúdame, Dios mío.
ayúdame a cambiar mi corazón egoísta
en un corazón fraterno
para que nunca de mi comunión
quede nadie excluido.

Ayúdame a respetar a los otros, diferentes,
sin querer modelarlos a mi imagen,
orgullosamente persuadido
de que esa imagen
es la del hombre *como debe ser*.

Ayúdame, por el contrario,
ante los hermanos que se me parecen tan poco,
a reconocerme pequeño y pobre,
hasta que no me haya enriquecido
con sus diferencias.

Ayúdame a aprovechar todas las ocasiones de encuentro,
que hoy tan frecuentemente se presentan,
para salir de mí mismo
y caminar hacia los otros,

para convertir en *prójimos* a los que me son lejanos.

Ayúdame a no juzgar, menos aún a condenar,
a los que en su vida,
mucho más que en la mía,
tienen que sufrir tanto por ser hermanos diferentes.

Ayúdame a tener lucidez en las dificultades,
y, sin negar los problemas,
que luche desde donde estoy,
con mis pequeñas o grandes posibilidades,
para que nunca se redacten reglamentos,
ni leyes,

que impidan que nos acerquemos
los *hermanos desconocidos*.

Ayúdame, por fin,
a abrirme cada día más a la VIDA de tu Hijo,
porque creo
que esta VIDA que él nos ofrece
nos hace hermanos.

Y podré entonces, Dios mío,
como fiel artífice de tu proyecto de amor
repetir cada día
al darte las buenas noches:

PADRE NUESTRO.

Soy incapaz, Señor, de «dar toda mi vida» poco a poco

Lo que no sirve, se desecha. Nosotros queremos que nuestra vida «sirva» a quienes amamos, pero también en lo posible a todos nuestros hermanos. ¡Hay tanto que hacer en esta tierra, en la que el sufrimiento bajo múltiples formas aplasta a tantísima gente!

¿Quién no ha soñado un día «dar su vida» por los otros y por el Señor? Pero tropezamos violentamente con nuestras limitaciones y nos resignamos muy pronto, pensando que la generosidad total está reservada a los héroes y a los santos.

Lo que nos espanta sobre todo es la continuidad. ¿Es posible ofrecer cada día, cada instante de nuestra vida? Humanamente, no. Con Cristo, sí, porque podemos dárselo *todo*: lo mejor de nosotros mismos, lo menos bueno e incluso el pecado. Y Él, de lo positivo y también de lo negativo, puede hacer una ofrenda.

* *

Jesús reunió a la gente con sus discípulos y les dijo:

—Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la buena noticia, la salvará.

*Pues ¿qué aprovecha a uno ganar todo el mundo, si pierde su vida?
¿Qué puede dar uno a cambio de su vida? (Me 8, 34-37).*

Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, muertos como estábamos por nuestros pecados, nos volvió a la vida junto con Cristo —¡pura gracia es vuestra salvación!—, nos resucitó y nos sentó con él en el cielo (Ef 2, 4-6).

* *

Me parece, Señor,
que sería capaz de llevar a cabo
algunos actos extraordinarios...
de una vez.

Una acción que movilizaría todo mi ser,
al conmoverme una miseria,
al rebelarme ante una injusticia,
ante el peligro de uno de los míos.

Creo algunos días
que sería capaz de arriesgar mi vida,
incluso darla,
en bloque, de golpe,
por un ideal,
por la persona amada,
por mi hijo

...y hasta quizá por el de otros.
Y si esta idea,
secretamente,
me permite sentirme algo orgulloso,
también me tranquiliza,
porque tú nos dijiste, Señor,
que *dar la vida por los otros*
es la mayor prueba de amor que puede existir.

Pero lo que me humilla,
y me desanima con frecuencia
es que soy incapaz de *dar mi vida*
poco a poco,

en trocitos,
día a día,
hora a hora,
minuto a minuto,
dar,
dar siempre,
... y *darme*.

No puedo,
pese a ser lo que seguramente me pides.

¡Es tan sencillo lo que tú deseas de mí, Señor!
Es demasiado sencillo
...y demasiado difícil.

Hacer cada día lo que tengo que hacer,
paso a paso hoy,
paso a paso mañana,
por el camino de cada día.

Caminar cada día con los que están a mi lado,
mi marido, mi esposa, mis hijos,
mis compañeros de trabajo,
mis vecinos
y los múltiples hermanos de mi vida.

Cada día a cada instante,
luchar para vivir
como tú quieres que viva,
y luchar con los otros
para que todos los hombres puedan vivir humanamente.

Dar cada día mi vida poco a poco
a través de mil gestos posibles de amor,
que no se ven
de tan ordinarios como son,
y que no llaman la atención
por lo banales,

pero que has dicho que los necesitas
para tejer una ofrenda
y para que un día, pueda decir de veras:

di toda mi vida por mis hermanos.

¿Por qué inventaste, Señor,
la duración del tiempo,
la fidelidad en las pequeñas cosas
y el amor exigente?

Soñé dar toda mi vida

a otro,
a otra,
a los otros,
e imaginaba, inconscientemente,
que para conseguirlo bastaba
un solo sí,
un solo gesto,
un solo ofrecimiento.

Pero descubro que se necesitan millares,
millones quizá.

Soñé una vida que ardiera
en grandes gestas,

y descubro que tiene que irse consumiendo
lentamente,
alimentada con minúsculas astillas
que sin cesar reanimen la llama
para que no se apague.

Volver a empezar siempre,
siempre.

No puedo, Señor,

y sé,
y tengo miedo
de que cuando delante de ti,
a tu luz, contemple toda mi vida,
descubra entonces que junto a algunos instantes de entrega
habré rechazado miles

... y no habré *dado toda mi vida...*
sino únicamente
algunas esquirlas de ella.

*

*Es verdad, hijo mío,
que en alguna ocasión,
algunos
han tenido la oportunidad
de ofrecer toda su luz
en algunos flashes fulgurantes.
Pero a la mayoría se les pide
que enciendan mil pequeños destellos de amor
en la profunda noche de su vida.
No te quejes.
No juzgues.
Porque ¿quién te dice que millones de lamparillas
encendidas a lo largo de una larga vida
no iluminan más
que el estallido de un castillo de fuegos artificiales?*

*Además, hijo mío,
no te pido que triunfes siempre,
sino que lo intentes.
Y sobre todo, escúchame,
te pido que por fin aceptes tus limitaciones,
que reconozcas tu pobreza
y me la des,
porque dar la vida
no consiste sólo en dar las propias riquezas,
sino también la pobreza,
e incluso los pecados.
Hazlo, hijo mío,
y con esquirlas de vida derrochadas*

*y por ti entregadas a todos los que esperan,
yo llenaré los vacíos,
dándoles plenitud,
porque en mis manos
tu pobreza ofrecida se convertirá en riqueza
... por toda la eternidad.*

No hemos terminado de amarnos

Nada hay más cruel para unos esposos que se aman, unidas sus vidas durante muchos años, que verse separados por la muerte. Pero no por ello han terminado de amarse, porque el amado «desaparecido» vive con otra vida, más allá de la muerte, y el amor no puede morir cuando se trata de un auténtico amor en Cristo.

Pero amar, sin la presencia física de aquel a quien se ama, es una prueba terrible, un «purgatorio»; la última purificación del amor antes del reencuentro eterno. Dichoso quien quedando solo en esta tierra, permanece fiel (lo que no quiere decir que «rehacer la vida», como se dice en el lenguaje popular, suponga infidelidad) y continúa viviendo en la noche su amor. Puede dar a los hijos, y a todos los que dudan del amor o que no saben lo que es amar, el testimonio de que el amor puede vivir y florecer más allá de dos cuerpos que caminan a la par, sonríen y se unen, y que llega a su culminación en la pura gratuidad: «sufro con la ausencia del amado, pero soy feliz sabiendo que él es feliz».

En cuanto al caudal de ternura disponible, puede servir para aquellos que están privados de ella.

* *

Si Cristo no ha resucitado, tanto mi anuncio como vuestra fe carecen de sentido...

Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado, vuestra fe carece de sentido y seguís aún hundidos en vuestros pecados. Y por supuesto también habremos de dar por perdidos a los que

han muerto en Cristo. Si nuestra esperanza en Cristo no va más allá de esta vida, somos los más miserables de todos los hombres (1 Cor 15, 14.16-19).

No viváis con esa inquietud que turba vuestro corazón. Confiad en Dios y confiad también en mí.

En la casa de mi Padre hay lugar para todos; de no ser así, ya os lo habría dicho; ahora voy a prepararos ese lugar.

Una vez me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo (Jn 14, 1-3).

* *

Me he despertado, Señor,

... y «él» ya no estaba.

En la cama me he dado la vuelta,

...pero su lugar estaba vacío,

y mis dedos solitarios todavía buscaban los suyos.

Mi amor está contigo; así lo creo, y lo espero,

pero no puedo acostumbrarme, Señor, a su ausencia,

y cada vez que me despierto siento un desgarró,

como el desgarró del despertar

de un enfermo al que le han amputado un miembro.

¡El ya no está!

Ya nunca oiré la melodía sin voz.

Ya nunca seré su tierra disponible

para las tareas cotidianas.

Ya nunca recorreré el rostro amado,

los surcos de sus arrugas,

en los que espigaba la vida,

los últimos granos de vida,

que día a día, en la alegría y la pena,

habíamos sembrado, recogido,

mil frutos del amor.

Ya nunca buscaré en lo hondo de sus pupilas
la suave luz de su mirada de atardecer,
tras las claras mañanas,
el incendio del mediodía,
y a veces la sombra del día,
cuando se amontonaban las nubes
y estallaba la tormenta,
antes de que naciera en nuestros corazones
el arco iris de paz.

Nos amábamos... pero, Señor,
¡no hemos terminado de amarnos!

Nos amábamos, Señor, y vivíamos juntos,
él estaba en mí, y yo estaba en él,
y Tú,
tú sellabas
nuestras vidas
para hacer con ellas una sola.
Pero «él» se ha ido hacia la orilla lejana,
que nadie puede alcanzar
sin atravesar la muerte,
y desde mi orilla, los pies en esta tierra,
ni siquiera puedo divisar a mi amado... desaparecido,
lejos,
tan lejos,
en la bruma del infinito.

¡Ya no está aquí!

Dicen que uno se acostumbra, Señor,
que el tiempo lo borra todo,
pero yo bien sé ahora,
que ni el tiempo ni la muerte pueden vencer el amor,
porque una mañana yo susurré «siempre»
y él me dijo «siempre»,

y Tú nos prometiste
que nos amaríamos hasta la eternidad.
Sin ver, Señor, quiero creer, creo.

¡No hemos terminado de amarnos!

Porque antes estábamos juntos, cada día, ayudándonos,
porque si buscábamos hacer feliz al otro,
frecuentemente encontrábamos nuestra felicidad.
Nos dábamos a veces y a veces nos tomábamos,
pero nuestros esfuerzos renovados acrecentaban nuestro amor.

Hemos entrado ahora en un purgatorio,
sufro al estar sola, él sufre al estar lejos,
porque ¿puede ser feliz sin mí,
que soy tan desgraciada sin él?
Pero él, Señor, está en tu Luz que purifica nuestro amor,
mientras que yo debo purificarlo en la noche.

Ayúdame, Dios mío, a amarlo ausente en la ausencia,
hoy más aún
que ayer presente en su presencia.
Amarlo en definitiva por él, sin buscar la correspondencia,
feliz de que sea feliz estando tan cerca de ti,
recogiendo para mí sólo la alegría de su Alegría.

Sí, mi amor sigue intacto, en mi corazón ardiente,
la muerte es impotente,
y ahí está mi sufrimiento,
porque mi manantial no se ha agotado, Señor,
corre y rebosa,
y me sobran palabras de amor
y mil gestos de ternura,
una reserva de sonrisas que permanece disponible
y una lluvia de lágrimas que me inunda el corazón
hace crecer con más rapidez todavía
todas esas flores de amor.

No dejaré, Señor, que se ajen, que se marchiten,
en mi corazón cerrado,
las cogeré cada día,
mies maravillosa para mis hijos y para mis nietos,
mis amigos, mis vecinos
y todos los pordioseros olvidados que buscan briznas de amor
en las orillas de mis caminos.

Pero mi sufrimiento, Señor, sigue siendo mi sufrimiento.
La horrible soledad, y los largos días, y las densas noches,
LA AUSENCIA,
cruel ausencia,
vacío profundo en el que mi corazón algunas noches
se hunde enloquecido sin hacer pie
... lo echo de menos, Señor, ¿comprendes?
lo echo de menos.
«¿Por qué me has abandonado?»

Perdón, Señor,
perdón por mi descorazonamiento,
Tú que desde la cruz me miras siempre.
Cuando olvido mirarte, la noche me invade.
Tú me esperas, y «él» junto a Ti me jnira,
y con su amor me invita,
me guía y me sostiene.

Gracias a Ti, Señor, gracias a «él», mi sufrimiento no se perderá
porque *ofreceré ese suplemento de amor*
que arrastra consigo,
amor que vive y aumenta más allá de mi pena.
Lo ofreceré por los jóvenes anhelantes de amor,
que buscan sin encontrar,
perdiéndose, inocentes, entre espejismos de un instante.
Por los que no saben, Señor, que amar
es salir de uno mismo para darse al otro
y abrirse para acoger su don.

Por los que no saben que el amor muchas veces es sufrimiento
antes de que llegue la alegría,
alegría de una vida nueva que se hace carne
en dos vidas que se unen,
sin destruirse jamás.
Por los que no saben que no hay amor
que no suponga un «siempre»,
y que sólo Tú puedes dar al amor su dimensión de infinito.

Quisiera decirles esto, Señor, decírselo con mi vida,
y puesto que junto a Ti mi amado me espera,
con paz, yo también, esperaré el reencuentro,
y con este nuevo noviazgo,
cruel y dulce noviazgo,
convertiré esta espera en una ofrenda
antes de que en brazos de mi amor fiel,
nos amemos por fin, Señor, como se ama en tu casa,
INFINITA Y ETERNAMENTE.

Dejaré que me tomes en tus brazos, Señor

Corren muchas «expresiones de fe» que tomadas al pie de la letra y repetidas sin explicación alguna son muy inadecuadas y a veces falsas. Sobre todo en lo que se refiere al sufrimiento. De hecho los cristianos que las pronuncian son sinceros y descubren —¡ojalá así sea!— su sentido profundo a través de lo inexacto de las palabras. Pero para los no creyentes que se quedan en las fórmulas, resultan escandalosas. Muchos se han alejado de ese Dios que se les presentaba así y que les resultaba monstruoso.

El sufrimiento siempre es un mal, un «fracaso». Dios no se alegra de él, lo «soporta». Pero no nos ha dejado a solas frente al sufrimiento. Jesucristo «ha asumido los fracasos». Cargando con sus propios sufrimientos ha «cargado» los nuestros también. Los ha convertido en «materia prima de la redención». Pero, cuidado, Jesucristo no salvó el mundo «mediante sus sufrimientos», sino *por el amor con que cargó sus sufrimientos y los nuestros*. Sólo salva el amor y sólo el amor da vida.

Frente al sufrimiento lo primero que tenemos que hacer es *luchar con todas nuestras fuerzas para hacerle retroceder*. Cuando en nuestra vida vemos que se obstina en no dar marcha atrás, supliquemos al Señor que se nos haga presente. El sufrió ya nuestro sufrimiento. Descubriremos entonces que podemos dejarnos llevar por Él y cargar con la prueba. Podremos entonces, en medio de la noche, no «ofrecer nuestro sufrimiento» —no se ofrecen los fracasos— sino ofrecer nuestra fe en

SU AMOR SALVADOR.

Ninguno, al ser puesto a prueba, diga: «Es Dios quien me incita al mal». Porque Dios no puede ser incitado al mal, ni él incita al mal. Cuando uno es incitado al mal es por su propia pasión que le arrastra y le seduce. Después la pasión concibe y da a luz el pecado, y el pecado, una vez consumado, origina la muerte (Sant 1, 13-15).

Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba. Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas (Is 53, 4-5).

Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, muertos como estábamos por nuestros pecados, nos volvió a la vida junto con Cristo —¡pura gracia es vuestra salvación!—, nos resucitó y nos sentó con él en el cielo (Ef 2, 4-6).

* *

Estaba mirándolos, Señor...

Eran dos amiguitos,
pero hoy se peleaban.
Cayeron al suelo,
y ambos quedaron levemente heridos.

Lloraban,
sollozaban
y ...
acudieron sus madres.
La una intentó tomar en sus brazos al hijo
pero el pequeño la rechazó pataleando, golpeándola.
Se quedó solo.
Cerrado,
encerrado
y llorando más aún.
El otro se dejó envolver
en un torbellino de ternura,
su madre le cubría de besos.
Desaparecieron las lágrimas.

De vez en cuando sonreía diciendo:
«tengo pupa, tengo pupa».
Era el que estaba más herido.

Señor
algunos dicen que Dios
«quiere más a los que sufren más».

No es así, ¿verdad?
Tú no puedes querer más o menos,
puesto que nos amas personalmente a todos
y a *todos infinitamente*,
pero cuando sufrimos,
tu amor,
como el de una madre cariñosa,
se hace *más cercano*,
más disponible.

Y nosotros podemos, como aquellos pequeños,
dejarnos llevar por ti
y llevar nuestros sufrimientos con nosotros,
o rechazarte
y permanecer solos, abatidos, indignados.

Así es como un gran sufrimiento
puede acercarnos a Dios
o alejarnos de él.

Muchos se han alejado, Señor...
No han creído en tu amor.
Y más aún quizá
que quienes sufrían,
los que impotentes
ven sufrir cruelmente a quienes aman.
Y yo,
orgulloso,
seguro de mí,
¡digo que creo!

Pero resulta fácil decirlo
cuando no se sufre,
y sé
que si un día
me crucifica un gran dolor,
suplicaré,
gritaré
y quizá,
como el niño herido,
yo también me rebele.

¿Te acusaré, entonces, Señor
como si tú *quisieras* el sufrimiento
y nos *lo enviaras*,
tú que nos quieres felices
y nos das la vida?

Quizá me pregunte:
¿qué hice para *merecer* esta prueba?
Como si tú nos *castigases*
como los profesores *sin autoridad*
castigan a sus alumnos,
como los padres que *no se hacen oír, ni respetar*,
y compensan *sus* imperfecciones
con su severidad,
como si no nos castigáramos bastante nosotros mismos
y tuvieras tú que *completarlo*,
como los padres que abofetean a los hijos desobedientes
que al caer se lastiman...
y sufren.

¿Te voy a pedir, acaso, un *milagro*
como si no nos dejaras a todos libres
para construir nuestra vida,
para luchar contra los males de la tierra,
para luchar contra el pecado

que misteriosa,
implacablemente,
emponzoña el mundo
y hace que surjan innumerables sufrimientos?

¿Te tildaré entonces de insensible,
a ti que eres bueno,
como si no sufrieras
viéndonos sufrir,
como sufren los que aman
al ver sufrir a los que quieren?

Puesto que hoy puedo, Señor,
volverme hacia ti,
libres las manos y el corazón de las cadenas del dolor,
te pido,
te suplico,
prescindiendo de piadosas y falsas consideraciones
que hacen arrodillarse a algunos fieles,
pero que hacen rugir de indignación
a tantos y tantos hermanos nuestros,
ilumíname.

Entonces, en el día de la gran aflicción
quizá comprenda
que el sufrimiento en sí
nunca es una gracia,
NUNCA,
porque es un *desecho*,
desecho de un mundo
y de una humanidad imperfectos,
puesto que no son más que criaturas
y han de ser rescatadas,
recreadas por ti.

Quizá comprenda,
que tú,
Jesús,
no bendijiste tu sufrimiento
recibiéndolo como un don,
que tú *no lo buscaste,*
sino que *lo padeciste.*

Porque tu cruz, oh Jesús,
cayó sobre ti,
sobre tus espaldas,
TU atado,
clavado a la cruz,
sin poder escapar.
TU, cuerpo y alma crucificados,
desarmado,
temblando de miedo y de dolor,
gritaste,
suplicando a tu Padre que «hiciera un milagro»...
y El no lo hizo...
no pudo hacerlo
porque un padre no impide que su hijo
permanezca hasta el final,
solidario con sus hermanos.

Te pido entonces creer
con todas mis fuerzas
que tú no viniste a suprimir nuestros sufrimientos
sino, tras habernos ayudado a luchar *contra* ellos,
viniste a vivirlos con nosotros.
Porque en aquellos días, Jesús,
tú llevabas
no sólo tu cruz, sino las nuestras,
las grandes y las pequeñas,
las de ayer, de hoy, de mañana,
las de toda la humanidad,

porque tú nos amas,
y *víctima* de tu amor
todo sufrimiento humano
se ha convertido en tu sufrimiento.

Oh Jesús gran enamorado,
era preciso tu amor para llevar todas esas cruces
hasta el final;
era preciso tu amor infinito
para elevarlas,
enderezarlas,
cuerpo elevado sobre la tierra,
corazón elevado hasta el cielo;
era preciso la OMNIPOTENCIA de tu amor,
para penetrarlas,
quemar, desintegrar
y liberar la VIDA.

Porque no es el leño muerto
lo que da calor y luz
sino la llama.

No es el leño muerto lo que hay que ofrecer
sino el FUEGO,
el FUEGO del AMOR que lo quema TODO.
Lo conseguiste,
totalmente.

¡El sufrimiento y la muerte han sido vencidos!

Pero, Señor, ahora no sufro...

Y si mañana
no puedo hacer más que sufrir,
dame, te lo pido por anticipado,
el valor de ofrecer
mi impotencia,
y como niño herido
dejaré que me tomes en tus brazos
y *tu amor* me arrebatará
eternamente.

Dios te salve, María

Una mujer de nuestra familia está en el cielo, madre de Dios en Jesucristo, contemplándolo eternamente con su mirada purísima.

Es nuestra hermana y también es nuestra madre, porque cada día nos engendra en su Hijo, si nos abrimos a su vida.

Hija de la tierra, cuerpo y corazón unidos, su ternura sigue ofrecida en cada uno de nosotros.

No se puede vivir sin madre.

* *

María dijo:

Mi alma glorifica al Señor,

y mi espíritu se regocija

en Dios mi Salvador,

porque ha mirado

la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán

dichosa todas las generaciones,

porque ha hecho en mí

cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo (Le 1, 46-49).

Jesús, al ver a su madre y, junto a ella, al discípulo que él tanto quería, dijo a su madre:

—Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Después dijo al discípulo:

—Ahí tienes a tu madre.

*Y desde aquel momento,
el discípulo la recibió como suya (Jn 19, 26-27).*

* *

Dios te salve, María.

María del sí,
para proscribir los «no»
y acoger siempre
el amor que florece.

María silencio,
silencio en semillas
para que germine en nuestra tierra
la palabra de vida.

María la hermosa,
hermosa de luz
para iluminar los rostros nublados
al sol del Hijo.

María de cada día,
para desgranar
mil instantes de la jornada
en cuentas de rosario.

María ternura,
para nuestros besos
vuelos de pájaros
hacia frentes desiertas.

María sonrisa,
para vivir en flores,
flores que los caminantes
recogen a su paso.

María de las lágrimas,
caudal de lágrimas
que riega
los corazones agostados.

María la excelsa,
la bien situada,
ruega por mí
tan mal situado.

María recuerdo,
recuerdo fiel,
acuérdate de mí
cuando, cubiertos los pies de polvo,
entre en la VIDA.

Dios te salve, María,
María madre,
María a quien amo.
Amén.